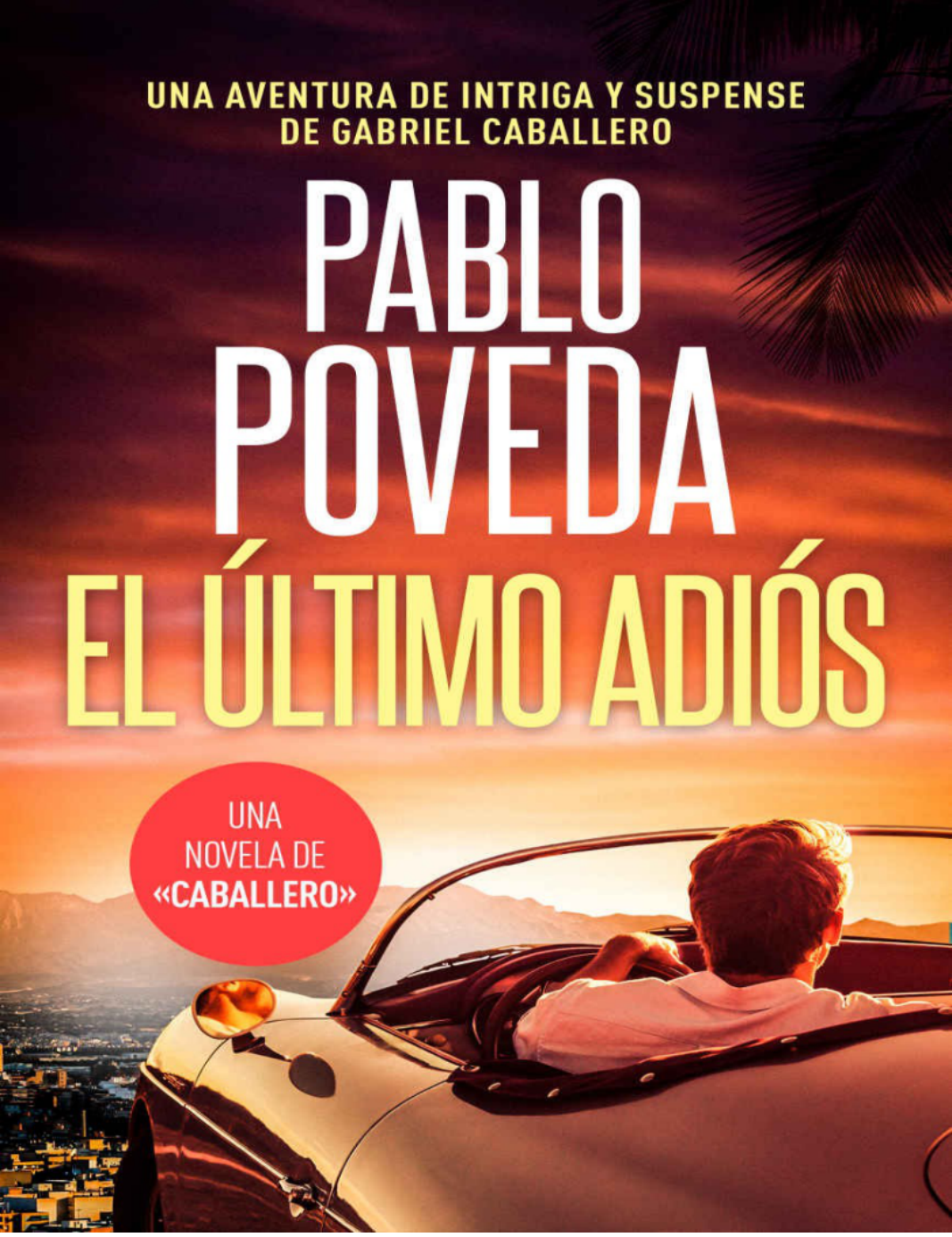
UNA AVENTURA DE INTRIGA Y SUSPENSE
DE GABRIEL CABALLERO

PABLO POVEDA

EL ÚLTIMO ADIÓS

UNA
NOVELA DE
«CABALLERO»



Pablo Poveda

El Último Adiós

First published by Pablo Poveda Books 2021

Copyright © 2021 by Pablo Poveda

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

Proofreading by Ana Vacarasu
Cover art by Pedro Tarancón

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Pablo Poveda Books

A mis lectores, siempre.

Hay que dejar la vanidad a los que no tienen otra cosa que exhibir.

—Honoré de Balzac

1

La vida me había enseñado que los días sin placer no valían tanto la pena. Ignorar el néctar de cada jornada o permitir que otra abeja se lo llevara, era como observar a otro disfrutando de una copa helada de vino blanco en una calurosa noche de agosto. Sin embargo, la vida también me había dado otras lecciones. Ni todo el monte era orégano, ni el placer era siempre tan puro como creíamos encontrar. La vanidad del ego, presente y molesta me recordaba cada cierto tiempo que ya no era el mejor de todos en mi profesión. El final de esa vida hedonista, pendenciera y libertina, un cuento de hadas que yo mismo me había creído durante años, se avistaba a lo lejos, como el bote que aparece en el horizonte de la playa, como el último día de cada mes.

En resumen: me había quedado sin dinero.

El vuelo estaba siendo tranquilo, sin turbulencias y sin acompañantes al costado, un pequeño detalle que supe valorar. Me irritaba en exceso viajar con desconocidos, y más si eran propensos a invadir mi espacio del reposabrazos, a moverse de aquí para allá, a roncar sin descaro y a hacer ruidos mientras masticaban. Me irritaba todo lo que irrumpiera mis momentos de calma, durante unas horas, en lo más alto del cielo, como también lo hacían muchas otras cosas. Pero era yo quien pagaba el viaje y mi billetera no se podía permitir un asiento en clase business.

Malos tiempos para la lírica.

Vivía un verano atípico y solitario, sin aventuras, sin aquellos romances idílicos que terminaban bajo un atardecer naranja. Un verano sin señales de vida por parte de Rojo, mi amigo el inspector de policía, quien desaparecía sin previo aviso hasta que requería mi presencia.

Los ahorros comenzaban a tocar fondo en la cuenta corriente. Mis intentos por estirarlos como una goma de mascar resultaban en vano. Las regalías de mis libros eran cosa del pasado y, aunque Alicante no era una ciudad excesivamente cara para habitar en ella, cada día me costaba más evadir la necesidad de buscar un empleo. Como no me veía regresando de rodillas a la redacción de un periódico local, probé suerte en el interior de la Península, aunque sin acierto alguno. Había rozado la fama de cerca, sin abrazarla demasiado. Nunca me había importado ser el segundo, incluso el quinto, mientras mi nombre

recorría las columnas de los diarios, alimentando mi cuenta corriente, ya fuera por mis obras o por los chismes que se ventilaban sobre mí o por los distintos escándalos, en su mayoría inventados, que se relacionaban con mi persona.

Pero eso era historia y aquel verano me estaba sentando fatal.

El avión comenzó a girar. Contemplé el Mediterráneo de color esmeralda, bordeando la costa, a lo lejos, y un manto de nubes que quedaban entre el azul celeste del cielo y la distancia que nos separaba de la tierra. En el pasillo, la azafata empujaba un carrito de bebidas, llamando la atención con una falsa sonrisa, mientras los pasajeros la miraban con indiferencia o fingían estar dormidos. Busqué sus ojos almendrados y le pedí que se acercara. Después abrí la revista que nos habían dado al principio del viaje y le señalé lo que deseaba.

—Estamos llegando, señor —dijo, confundida, al comprobar que le había encargado una botellita de ginebra y una tónica—. ¿No prefiere otra cosa?

—Me aterran los descensos —contesté y sonreí. Su rostro dibujó una mueca de complicidad y asintió.

Suspiré para mis adentros, poniendo la mirada en el resplandor de los rayos de sol sobre un mar picado que se movía a cámara lenta, hasta que sentí que alguien se acercaba a mi asiento. Sin preguntar y con el mismo descaro de quien no respeta los pasos de cebra, una mujer con gafas de sol se dejó caer como un saco de arena en el asiento contiguo.

El halo del perfume rebajó el enfado, pues esa dama olía tremendamente bien y yo era un tipo de fácil convicción y de berrinches ligeros.

Además del uso de gafas de sol en el interior del avión, me llamaron la atención sus muñecas, delgadas, huesudas y llenas de pulseras, y unos dedos largos y finos que le daban cierta fineza.

Cruzó las piernas, cubiertas por la tela de unos viejos vaqueros acampanados que bebían del mismo estilo psicodélico que la camisa de seda que vestía, y por la que mostraba su bronceada piel. A la altura del cinturón dejaba ver un perfecto y redondo ombligo. Esa mujer, de melena larga, tirabuzones rubios y pómulos marcados, parecía sacada de una foto ibicenca de los años setenta, pero lo peor de todo era que ni se había disculpado por irrumpir en mi sana soledad. Perplejo ante la visita, clavé mis ojos en su rostro, a la espera de una reacción y de la llegada de mi trago. Enseguida supe que la mujer notaba mi recelo, no parecía dispuesta a disculparse por lo que había hecho.

La azafata regresó con un vaso de plástico con un hielo, una lata de agua tónica y una botellita de ginebra. Al ver a la pasajera, sus

cejas se encogieron y su mirada se dirigió a mí.

—Gracias —dije, estiré el brazo para recoger mi pedido y le entregué un billete.

Del flirteo anterior sólo quedaban cenizas.

La azafata continuó su camino hacia el otro extremo del avión.

Ante el silencio, destapé la botella. Después la lata de refresco, forzando el gaseoso sonido. Lo vertí todo junto al hielo, agarré el vaso y le di un trago. Sentí el amargor en mis papilas gustativas, el burbujeo tonificante y el poso dulzón del combinado, antes de dar lugar a la presencia de la ginebra. No era el mejor *gin tonic* que había probado, pero sí el mejor que tomaría allí dentro.

—¡Ah! —exclamé, lleno de placer después del trago y de un chasquido de lengua que oyeron hasta en la cabina de mando. Finalmente, conseguí que mi acompañante se moviera.

Harta de mi presencia, se volvió hacia mí.

—¿Puedes parar, por favor? —preguntó, molesta, bajando las monturas por el puente de la fina nariz y clavándome unos ojos tan verdes como el mar que había al otro lado de la ventana—. Intento dormir.

Esa mujer se había equivocado de fila y de acompañante.

—¿Por qué no lo haces en tu sitio? —pregunté, entornando la vista y dando un segundo sorbo a mi bebida—. Estaba muy tranquilo, disfrutando del viaje, hasta que has llegado tú… Ni siquiera me has preguntado.

—¿Acaso lleva tu nombre el asiento?

La contestación me resultó tan soberbia que preferí no seguir con la conversación. Una disculpa me habría bastado, pero parecía la clase de persona acostumbrada a que todo el mundo le lanzara pétalos de rosa al caminar.

Estaba cometiendo un error conmigo.

—Lamento decirte que aquí tampoco conciliarás el sueño —respondí y miré al frente pretendiendo ignorarla, para continuar haciendo ruidos.

La desconocida suspiró profundamente, se quitó las gafas y apretó los puños.

En mi enésimo trago, la miré de reojo y encontré un rostro abatido, destrozado por el cansancio, por una vida llena de kilómetros y falta de descanso. Empaticé con ella, pues yo también había tenido momentos como ese y sabía lo que era odiar a la especie humana, aunque fuera por unas horas.

—Oye, mira, lo siento, de veras… —comentó, mostrándome las palmas de las manos a modo de sumisión—. Lamento haberme sentado sin avisar. No era mi intención molestarte, pero la señora que había a mi lado no paraba de roncar y no podía aguantarlo más.

—Disculpas aceptadas —dije, entregándole la pipa de la paz—. ¿Un trago? Puede que te ayude.

Sin palabra de por medio, sus falanges huesudas agarraron el vaso y después se bebió el contenido de un trago. Entonces me fijé en su largo cuello.

—Gracias —contestó, dejando el recipiente sobre mi muslo—. Estaba sedienta.

—No hace falta que me lo jures.

—Voy a pedir otro. Deja que te invite a uno, por las molestias.

—No es necesario, estamos a punto de aterrizar.

—¿Desde cuándo importa eso?

2

Esa dama tenía un nombre y era el de Claudia Miramontes, modelo de profesión y una bohemia aspirante a actriz que había subido en Madrid en el mismo avión que yo, tras un trasbordo que la había traído desde París. Los dos combinados corrieron por su cuenta. El mío duró un poco más que el suyo. El brebaje revitalizó sus facciones, así como una simpatía que había ocultado desde el principio.

La vida de la modelo era muy diferente a la mía.

La suya estaba llena de glamour y de momentos idílicos.

La de un servidor plagada de párrafos torcidos y páginas en blanco.

Pero lo que más me sorprendió era su viaje al Levante.

Sin menospreciar la tierra de mis amores, Alicante ya no era el lugar preferido de las estrellas para pasar sus vacaciones. En todo caso, la provincia era el escondite de los faros fundidos como yo. Miramontes tenía sus razones. El viaje no era por ocio, sino por negocios.

—Me ha salido un papel en un videoclip —comentó, sin dar más detalles sobre quién estaba detrás del proyecto.

Cauteloso, no insistí en el asunto y me quedé en lo superficial, remando con la corriente de las aguas de nuestra conversación.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

La pregunta me dejó tan helado como el hielo del vaso de plástico.

En otra ocasión, en un pasado no muy lejano, me habría agriado su ignorancia. Pero los escritores tenemos la virtud de ofendernos por todo. Si el reconocimiento, cuando es vigente, ya duele, nadie puede imaginar lo doloroso que resulta ser un olvidado de la sociedad.

Con valentía y sin que se notara demasiado, me presenté con nombre y apellido y le expliqué que era periodista, aunque hacía tiempo que no me dedicaba a ello a jornada completa. Mi viaje a Madrid en busca de colaboraciones editoriales había sido un fracaso, pero me guardé esa anécdota para mí.

—Seguro que te he leído en alguna parte. Me suena tu nombre de algo.

—Puede ser… Soy como una gota de lluvia. Me oyes, sabes que existo, pero nunca ves exactamente dónde caigo.

Los efluvios del alcohol a tanta altura comenzaron a sacar una vena lírica que decidí posponer para otro momento. La charla se

enfrió. Las azafatas recogieron la basura de los pasajeros y entendí que a la modelo le importaba más el esmalte de sus uñas que lo que tenía que contarle.

—Tengo que retirarle el vaso, señor —dijo la azafata que nos había atendido. Miramontes le dio el suyo, ya vacío.

Pegué el último trago y cuando se lo acerqué para meterlo en la bolsa, el hielo se deslizó, cayendo sobre el ombligo de la modelo.

—¡Oh! —gritó ella, sorprendida por el frío.

—¡Perdona! No era mi intención… —dije y le miré la tripa, totalmente plana como una tabla de cortar embutidos. Acerqué los dedos a su ombligo para retirar el hielo, pero la torpeza me jugó una segunda mala pasada y el cubo de hielo se deslizó hacia su entrepierna —. Esto…

—Déjalo, ya me encargo yo —contestó, deteniendo mi próximo movimiento y quitándose de encima el dichoso cubito.

Cansada de esperar, la azafata me miró con reproche y ordenó que nos pusiéramos los cinturones de seguridad. Levanté las manos como un niño travieso y asentí para regresar a mi asiento. Una vez que se marchó del pasillo, mi acompañante me dirigió la palabra:

—¿Eres siempre tan torpe o lo haces a propósito?

Por su tono de voz, supe que estaba poniéndome a prueba.

—Sólo cuando me gusta una mujer.

Ella sonrió, pero no demasiado, y me enseñó una dentadura blanqueada.

—Buen intento, pero tendrás que esforzarte más con la próxima candidata.

Por el altavoz sonó la voz del piloto. El descenso comenzaba.

—¿Te quedarás mucho por aquí?

La mujer se recostó en el asiento, se puso las gafas de sol y miró al frente.

—No intentes buscarme.

* * *

El aterrizaje se realizó con normalidad y me sentí de nuevo en casa cuando vi las torres de control y los edificios de la terminal del aeropuerto de Elche-Alicante. Claudia Miramontes se despidió con un breve adiós que supo a poco y se metió en una cola de pasajeros ansiosos por evacuar la nave.

Me quedé pensativo, reflexionando sobre el ridículo que había

hecho, pero no me arrepentí por ello. Sus curvas desaparecieron por la puerta delantera y lamenté la pérdida de otra aventura estival que había terminado antes de empezar. A pesar de los tropiezos sentimentales que la existencia me propinaba a menudo, todavía creía en las casualidades. Sentí la necesidad de buscar su nombre en Internet a través del teléfono, de saber más de ella, pero puse freno a mis impulsos antes de caer en otra decepción. Era mejor así, me dije, y supe que la olvidaría en cuanto pusiera los pies en las calles de la ciudad y me fijara en otro rostro.

Cuando bajé las escaleras del avión, noté el tórrido aire mezclado con la humedad de la costa y ese olor a salitre tan común en el Levante. La sensación de encontrarse de nuevo en el hogar no tenía por qué ser agradable, pero resultaba reconfortante.

Con un mar de dudas en la cabeza sobre cómo gastaría las siguientes semanas de un verano aburrido en la capital de la provincia, caminé por el pasillo que llevaba a los pasajeros hacia la recogida de maletas. Mi viaje había sido tan breve que no cargaba con equipaje. Busqué sin éxito el rostro de la mujer entre el resto de los pasajeros que esperaba a que la cinta se pusiera en marcha, pero no la encontré por ninguna parte. Desairado, abandoné el aeropuerto y me dirigí a la parada de taxis que había en el exterior.

—¿A dónde lo llevo?

—A mi casa, a no ser que tenga una idea mejor.

3

La ciudad de mis amores brillaba como una carretera recién asfaltada, humeante y llena de matices incapaces de apreciar en la distancia.

Me abandoné a la sensación de estar abrazado por las palmeras que decoraban el trayecto, por los viandantes que cambiaban de vestimenta a medida que nos alejábamos del mar y nos adentrábamos en el centro de la ciudad. Los rostros sudados de los oficinistas embutidos en sus trajes, los vestidos veraniegos, y la algaraza de las turistas americanas que convertían sus vacaciones en una película romántica de Hollywood. A medida que subíamos hacia la Plaza de Toros de Alicante, el panorama era bien diferente, los viandantes se transformaban en seres molestos por trabajar bajo un sol infernal, deseando estar en otra parte, a la espera de que su pausa llegara.

Alicante era una de esas ciudades que sólo descansaba en invierno, si es que lo hacía, y en la que resultaba imposible que todo el mundo estuviera de buen humor a la vez. Si en verano nos quejábamos por el calor, en invierno lo hacíamos por la fuerte humedad y la ausencia de turistas. El mar formaba el carácter, y la sal, como muchos otros aspectos de la vida, nos oxidaba más rápido que al resto, igual que sucedía con los bajos de los coches.

Pagué al taxista, me apeé del vehículo y encontré el apartamento tal y como lo había dejado: destartalado y con la nevera vacía.

Subí las persianas del salón, abrí la ventana para que la corriente aireara las habitaciones y miré a la balda de libros escritos por mí, polvorienta e intacta.

—Con lo que tú has sido, Gabriel —murmuré.

No tuve tiempo a lamerme las heridas allí plantado. El teléfono me sacó del embrujo y puse la atención en el aparato. Al comprobar la pantalla, me pregunté quién querría saber de mí un jueves veraniego a primera hora de la mañana.

—Caballero al habla.

La voz carraspeó.

—¿Gabriel? Soy Esteban Ricarte, el subdirector de la revista Rockódromo.

Tragué saliva, extrañado, y caminé hacia la ventana en un acto inconsciente.

Tampoco recordaba haberles rogado hacerme un hueco en su

publicación.

La revista Rockódromo era la versión cañí y la competencia directa de la famosa Rolling Stone, a diferencia de que ésta última no tenía rival alguno en el país y no porque Rockódromo no lo hubiera intentado.

La publicación española era de sobra conocida en el sector editorial por la escasa calidad que ofrecía entre sus páginas, por los cuestionables reportajes que habían hecho sobre multitud de bandas en el pasado y por los zafios críticos musicales que ponían a caldo el panorama musical patrio. Pese a todo, la suerte les había acariciado el hombro y, poco antes de la quiebra total, la redacción de Rockódromo quedó absorbida por uno de los grupos de comunicación más grandes del país.

Sí, las incongruencias existen y aquella era una de ellas, pero su fortuna se debía a la cantidad de publicidad que metían entre líneas. Tal vez como revista no tuviera reconocimiento alguno, pero era una gran fuente de ingresos dentro de una industria que se apagaba lentamente.

—No recuerdo haberos llamado.

—No, no lo has hecho.

—Soy todo oídos.

El directivo tomó aire y un tono de voz más grave para darle contundencia a lo que iba a soltar.

—Me han chivado que has estado por Madrid en los últimos días.

—Tiene buenos espías.

—También que estás desesperado por encontrar un trabajo en alguna redacción estatal.

—¿Me ha telefoneado para algo en concreto?

—Me gustaría ofrecerte una oportunidad en el número del próximo mes.

«Caballero firmando en Rockódromo. La sepultura».

—¿Una oportunidad, dice?

—Me has oído bien. Hay un reportaje que queremos publicar y por tu historial y carrera, eres la persona idónea para ello.

Sopesé la respuesta. Un trabajo era una remuneración, pero aún podía subsistir antes de vender mi alma al mismísimo diablo. Si lo hacía, mi reputación se iría al traste.

—Se lo agradezco, Ricardo…

—Es Ricarte, ¿no le han dicho que no tolero las negativas? Siempre consigo lo que quiero.

Aunque mi interlocutor pretendía ser gracioso, lo cierto era que no tenía gracia alguna.

—Me temo que ha habido un malentendido con la información que le han dado. Estoy fuera del ámbito musical y nunca he trabajado

como crítico. Lo mío es la literatura, la novela negra, la prensa de sucesos… ya sabe. Creo que me ha confundido con otro Caballero.

—No, Gabriel, no hay otro patán en este país que firme con tu apellido. Te pagaremos bien, te lo aseguro. Además, para ti será coser y cantar. Te sale fácil eso de vomitar palabras.

Me resultaba difícil sentirme alagado con su propuesta.

—¿De cuánto estamos hablando? —pregunté, curioso. Sólo quería mostrarme interesado.

—¿Me estás dando un sí?

—¡Por supuesto que no! Ni siquiera sé cuál sería mi trabajo.

—Veamos… —dijo y aguardó unos segundos—. Este fin de semana se celebra el Costa Blanca Live, un macroconcierto que reúne al grupo musical más potente del país. Un pajarito nos ha chivado que la banda Desmembrados va a aprovechar el viaje para filmar su próximo videoclip en los estudios de la Ciudad de la Luz, ¿te va sonando el nombre?

—Sí, supongo que sí. Están en la radio a todas horas. Ni que fueran Led Zeppelin…

Por algún casual, recordé las palabras de esa modelo y la intención de su viaje.

—Claro, claro, todos los años hay unos nuevos Led Zeppelin, pero Led Zeppelin sólo hay uno…

—¿Qué es lo que quiere?

—Que vayas tras ellos y que les hagas un reportaje sobre la vida en la carretera. Es una banda prometedora y queremos que nos consigas confesiones de los miembros, anécdotas y, bueno… ya me entiende… un poco de salsa para alimentar a los más chismosos. La formación tiene fama de ser una bomba de problemas.

La propuesta resultó tentadora.

Por un instante, me vi rodeado de estrellas del rock, de aventuras en los camerinos y de una barra libre de tragos a cuenta de la editorial. Pero no lo tenía del todo claro. A pesar de que no era mi especialidad, no me importaba hacerlo si no fuera porque el trabajo me lo estaba encargando aquel tipo y no otro. No es que yo fuera el hombre con los principios más sólidos de la faz de la Tierra, pero conocía las prácticas de aquella revista y eran de lo más desalentadoras.

—Déjeme que lo piense, Ricarte. Acabo de llegar a mi casa y no puedo tomar decisiones con el estómago vacío.

—¿Pensarlo? ¿Qué demonios tienes que pensar? Mi tiempo es oro. Descuelgo el teléfono y salen cientos como tú. Te estoy haciendo un favor.

—Pues descuélguelo… Quizá deba hacérselo a otra persona.

—No, Caballero, eres mi hombre, no me puedes dejar de esta

manera.

—Tan sólo le pido unas horas.

—Iré hasta tu casa a buscarte, si es necesario.

—No se tome la molestia. Prometo llamarle más tarde.

—Ya lo puedo imaginar… Tu nombre en portada, el reportaje del verano y una buena remuneración. Reinvéntate, Gabriel, y piénsalo. A todos nos viene bien de vez en cuando.

—Veré qué puedo hacer.

—Así me gusta… Puedes empezar visitando los estudios cinematográficos que tenéis allí. Si mis cálculos no fallan, deberían de estar allí preparando el vídeo.

—Le he dicho que le llamaré, no que vaya a hacerlo.

—Hazme caso, sé que te gustan esos ambientes. Di que vas de nuestra parte.

—¿Cree que eso ayudará?

—¡No tardes en devolverme esa llamada o te arrepentirás!

Asentí y colgué, cansado de escuchar la voz ronca de aquel domador de fieras y guardé el aparato en el bolsillo del pantalón.

Volví a pensar en esa mujer, en el perfume goloso que me había tenido obnubilado durante nuestro encuentro y en sus últimas palabras.

Sentí el pálpito de una corazonada certera.

¿Ella? No lo sé, pero yo sí seguía creyendo en las casualidades.

4

El viejo Porsche Boxster rojo seguía aparcado en la plaza de garaje del aparcamiento subterráneo del edificio, tal y como lo había abandonado poco antes de emprender mi breve viaje a la capital. Aquel deportivo era el recuerdo de una trayectoria brillante, aunque efímera. Un capricho, al fin y al cabo, que pagué con gusto y sin remordimientos.

El dinero, después de todo, era para eso.

Arrancó con dureza, advirtiéndome de que la batería se encontraba en sus últimos días. Después encendí la radio y la trompeta de Chet Baker tocó las primeras notas del único compacto que llevaba en el coche.

Con mis gafas Wayfarer puestas para protegerme de la claridad del exterior, abandoné el edificio y me puse de camino a los estudios cinematográficos de Ciudad de la Luz, en busca de respuestas. Tenía la excusa perfecta para presentarme allí sin previo aviso. Pensé que después de echar un vistazo por los alrededores, decidiría qué hacer con la oferta que me había propuesto aquel hombre.

Crucé el centro de Alicante, tomé la nacional que bordeaba la costa y giré en dirección hacia la vieja estación de trenes. La ciudad estaba empapelada de carteles que anunciaban el evento del que Ricarte me había hablado. En ellos había una fotografía enorme de la formación en cuestión. Cuatro melenudos con poses de macho que rozaban lo ridículo. No entendí cómo era posible que no me hubiese dado cuenta de ello antes. Los años pasaban, me dije y supuse que tendría la atención puesta en otras banalidades.

Con la capota descubierta, me dejé acariciar por el aire fresco que soplaba en mi contra. Al fondo, los pescadores lanzaban sus cebos a las rocas de la playa de San Gabriel, en busca de suerte y entretenimiento. La vida se podía resumir en aquel acto: tirar la caña hasta que piquen los peces. El problema es que muchas veces no logramos ver que nos encontramos en el lugar equivocado.

No sabía mucho de aquella banda que el subdirector me había mencionado, por no decir nada, aunque mi caso era particular. Llevaba tanto tiempo viviendo en mi propia película que había perdido el contacto con las tendencias actuales. De haber sido por mí, el calendario se habría quedado atascado en los años setenta del siglo

anterior.

Hasta donde llegaba mi conocimiento, los Desmembrados era una formación de rock suave que había emergido en un panorama musical en el que las guitarras ya no tenían cabida. Los ritmos latinos, las bases electrónicas y la líquida fama de la Red se habían llevado por delante los cimientos de una industria en decadencia.

La música rock ya no estaba de moda y no hacía falta ser un visionario para ver que, del mismo modo que los discos de vinilo y las fotografías en papel, quedaría en el recuerdo de muchos nostálgicos del género.

Siempre existían excepciones.

Desconocía el éxito que los rodeaba o cuál era la fórmula que les había permitido abrirse un hueco entre tanto artista transgresor, pero pronto lo descubriría.

Una vez fuera de la ciudad, tomé la salida que me llevó por una cuesta y que se alejaba de la costa que ahora quedaba a mis espaldas. Al llegar a una gran rotonda, contemplé el horroroso edificio de la entrada principal que impedía el paso al interior. Una enorme garita de vigilancia, de color turquesa y con el rótulo de los estudios en plateado. A su alrededor no había más que unas tristes palmeras de baja altura, una verja que delimitaba el terreno, un conglomerado de edificios en la lejanía y un descampado de tierra árida que daba la sensación de estar en el desierto de un western.

Me acerqué despacio hacia la entrada y me encontré con un guardia jurado que controlaba el acceso.

«Muéstrate seguro, Gabriel, como tú sabes».

—Buenos días, ¿tiene acceso?

—Estoy aquí por el videoclip —dije, con un tono de voz tan confiado que hizo dudar al vigilante—. El de los Desmembrados.

El empleado se fijó en la matrícula del deportivo y me miró de reojo varias veces. Lo más probable era que allí se celebraran diversos proyectos a la vez, pensé, pero debía insistir si quería entrar. De lo contrario, no tendría una segunda oportunidad para colarme dentro.

—¿Me puede decir su nombre?

—Vengo en representación de la revista Rockódromo —contesté y saqué el brazo por la ventanilla—. Venga, por favor. La banda me está esperando.

—¿Es de la prensa? No tengo noticias de que fuerais a venir hoy.

—Y está en lo cierto, esto es un proyecto privado.

—Ya veo… ¿Me dice su nombre?

Titubeé y accedí.

El hombre sacó un *walkie-talkie* y lo comunicó por la radio.

—Lo siento, señor, pero no puedo dejarlo pasar —respondió, segundos después—. Su nombre no figura en ningún registro.

—Hay que fastidiarse… —espeté, me quité el cinturón de seguridad y bajé del coche. El guardia, que tendría unos veinte años más que yo, retrocedió unos pasos y movió la mano hacia la porra que llevaba en el cinto. Impasible, me acerqué a él con la única intención de alcanzar un acuerdo—. Vamos a ver, ¿qué tengo qué hacer para que me permita entrar?

La conversación se vio interrumpida con la llegada de un segundo vehículo.

Un taxi se presentó junto a nosotros y de él bajó un rubiales de cabello ondulado, tupé hacia atrás y unas gafas similares a las mías. Reconocí aquellos zapatos Chelsea y esa camisa de corte inglés que le venía como un guante, pero el sol me impedía ver su rostro.

—¿Caballero, eres tú? —preguntó el hombre, a quien no pude identificar hasta que se separó del sol que provocaba el contraluz. Jamás pensé que volvería a coincidir con él en esta ciudad—. ¿Qué se te ha perdido aquí?

A diferencia de la mía, la voz de Jaime Picaporte no había cambiado un ápice. Nuestra historia había sido breve, una vez que los dos tomamos caminos diferentes al acabar los estudios de Periodismo.

Yo me dediqué a los sucesos, a limpiar el barro de la redacción y a hacer el único periodismo que conocía como auténtico: el de la calle. Picaporte, por el contrario, lo tuvo más fácil y supo elegir mejor.

Criado entre algodones, terminó un máster de Crítica Musical en una prestigiosa universidad de Madrid mientras que yo malvivía en la redacción del diario. Se cambió el apellido por el de Peralta, que era el de su madre, consciente de que no llegaría muy lejos con el de su padre. Las amistades que hizo, los contactos que supo manejar y ese afán por adular y sentirse agasajado por los artistas a los que apoyaba, propulsaron al crítico novato al estrellato.

Ahora, muchos años después, el crítico me miraba con el mismo descaro que había empleado en nuestro último encuentro, poco antes de que le dijera que ninguno de los dos llegaría a nada en este país.

Tan sólo acerté la mitad del pronóstico.

—¿Picaporte? Eso mismo me pregunto yo.

El rubiales, con sus andares adquiridos en un campamento de verano en Bristol, se acercó al guardia y le mostró con gentileza el pase de acceso que llevaba en su mano.

—Él viene conmigo —indicó, señalándome con el dedo.

El vigilante frunció el ceño, perplejo, y se tragó las palabras.

—Se lo he dicho —respondí, con mofa en mi voz—. Recuerde esta cara como si fuera el Padre Nuestro.

Después me dirigí al descapotable e invité a mi excompañero a que subiera en él.

La barrera de la entrada nos permitió el acceso.

—Veo que no has cambiado ni un pelo, Gabriel —comentó, observando la tapicería del coche—. ¿Y esto? ¿Un Porsche? ¿Tanto da de comer el periódico?

—Algo sí que he cambiado, Picaporte.

—Es Peralta. También veo que sigues escuchando la misma música que hace diez años.

—Me alegro de verte, pero todavía no me has dicho qué haces aquí.

—Es mi trabajo. Soy articulista en la Rolling Stone.

—No te hagas el modesto.

—Humildad, la justa, que hablo contigo… ¿Has venido a merodear?

—Yo también tengo trabajo que llevar a cabo.

—Me pregunto cuál… Hace tiempo que no leo tu nombre por ninguna parte…

Debía contenerme, antes de perder la compostura ante sus despropósitos.

Picaporte y yo nunca habíamos sido grandes compañeros. La rivalidad entre nosotros siempre estuvo presente, incluso en el trato con las mujeres.

Jamás digirió que Lara Membrillos me hiciera más caso a mí que a él.

—¿Desde cuándo una revista mediática envía a uno de sus críticos más prestigiosos al culo de la costa?

—Desde que quieren publicar un reportaje en exclusiva de la formación más prometedora de la última década. Van a ser un pelotazo a nivel iberoamericano y yo seré quien lo cuente. Con este encargo pienso darme a conocer de forma internacional.

Sin quererlo, presentí que no haría falta que Esteban Ricarte se personara en la ciudad para convencerme con su oferta para trabajar en la revista Rockódromo.

Primero esa mujer y ahora el papanatas que tenía al lado.

Quizá estuviera equivocado y aquel verano no estuviera siendo tan soporífero.

Tal vez el aburrimiento hubiese llegado a su fin.

5

Cruzamos el aparcamiento y advertí los furgones abiertos que había junto a los estudios de televisión. Jaime Picaporte guardaba silencio en el asiento del copiloto. Nunca había sido una lengua suelta como yo. Más bien era de los que mataba callando. Puede que ahí residiera su talento, siempre pensativo tras esa mirada felina que conspiraba contra el resto.

Aparqué en una llanura de asfalto, lejos de los camiones de montaje. Los operarios descargaban el equipo técnico y lo llevaban al interior del recinto con una lentitud extrema, como si no tuviera prisa alguna por empezar.

Era normal, era verano.

En unas horas, estar bajo aquel sol resultaría insoportable.

—Todavía no me has dicho qué se te ha perdido en este lugar —comentó, desabrochándose el cinturón de seguridad.

Apagué el motor, miré al horizonte y no vi más que el mar. Estábamos en lo alto y desde allí las vistas eran hermosas.

Decidí acabar con las dudas.

Si no se lo contaba en ese momento, tarde o temprano se enteraría y eso sería mucho peor para los dos.

Para entender la relación que Jaime Picaporte y yo teníamos, había que conocer el pasado. No sólo bastaba con hacer referencia a algunos momentos puntuales de la carrera universitaria, sino que era necesario excavar un poco más en el historial personal de cada uno.

Que Picaporte hubiera tenido una vida más cómoda, no significaba que para él hubiese sido más fácil. Sus padres jamás aprobaron que fuera periodista y tampoco crítico. Él iba encaminado a ser médico, como su padre. Pero Picaporte era terco como yo, incapaz de rendirse ante el primer obstáculo y lo suficientemente orgulloso como para renunciar a todo a cambio de su propósito. Por supuesto, sus allegados no fueron tan severos y terminaron cediendo a sus plegarias sin cortarle las alas. Era el pequeño de los tres hermanos y ya había médicos de sobra en el seno familiar.

Por mi parte, lo tuve más fácil. Nunca me exigieron más que unos estudios universitarios para labrarme un futuro incierto en el inicio de una crisis económica y social que lo iba a cambiar todo. Tampoco depositaban demasiadas esperanzas en que terminara la carrera.

Nunca confié en los títulos, en los diplomas ni tampoco en la acumulación de papeles exentos de vida y de experiencia. La universidad me dio algunas herramientas, me afiló los ojos, el estilo, y me hizo comprender que aquello no era más que un entrenamiento suave y que el partido se jugaba en la calle, en la redacción y en los despachos.

Nuestros caminos se cruzaron en alguna parte de la historia y la colisión fue inevitable. Éramos tan jóvenes que la sangre hervía hasta en el frío invierno. De alguna manera, él tenía que demostrarse a sí mismo, y a los suyos, que era el mejor en lo que hacía, para poder sobrevivir en su fuero interno, para cerciorarse de que había tomado la decisión correcta. Por otro lado, yo debía sobrevivir, siendo el mejor en mi terreno, que no era otro que la asignatura de redacción de noticias, para convencerme de que tenía algún talento entre tantas áreas insulsas.

Si Picaporte no hubiera sido tan cretino, si no hubiera venido a orinar en mi territorio, nada de aquello habría sucedido.

Pero tuvo que hacerlo.

Yo tenía la mejor puntuación de media de cara al examen y podía aprobar la asignatura sin presentarme a éste, pero quería batir una marca personal. El examen era sencillo: entrábamos en grupos de veinte en una sala de ordenadores separados por filas. Nos entregaban una nota de prensa, abríamos un documento en blanco en el procesador de textos y desmembrábamos aquel batiburrillo de datos hasta convertirlo en una noticia que cumpliera las reglas. Disponíamos de cuarenta y cinco minutos para elaborar un titular agudo, un subtítulo evocador y redactar una noticia que atrapara al lector de principio a fin sin dejar cabos sueltos. Para mí, era pan comido. Para mis compañeros, una pesadilla que los ponía tan nerviosos hasta bloquearlos.

Picaporte lo tenía todo planeado desde el principio.

Se sentó delante de mí y esperó a los últimos minutos para girarse y desconectar el cable de mi ordenador.

Un accidente premeditado que no vi llegar.

Una zancadilla que no pude justificar y un fracaso que me acompañó para el resto de mis días.

Un cabronazo en toda regla.

Mi enfado fue tan grande, que lo manifesté asestándole un puñetazo en la cara.

Pasé el examen, pero no con el resultado que esperaba. Desde entonces supe que Picaporte estaba dispuesto a hacer lo que fuera para ser el número uno y deseé no cruzarme con él nunca más.

Con el tiempo, tenemos la percepción de que la madurez nos ayuda a sanar ciertas heridas y a perdonar las injusticias de otros, como

también esperamos que los afectados por nuestras insensateces perdonen las nuestras, pero no siempre es así.

Ahora, pasados los años, dejando las rencillas atrás, nuestra relación no iba a ser diferente, aunque disimuláramos con elegancia.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Caballero? —insistió, bajando del coche y ajustándose el cuello de la camisa.

Nos dirigimos hacia los platós y sopesé la explicación.

Antes de responder a su pregunta, una fuerte discusión en el interior del edificio desvió la conversación.

Un hombre alto con monturas de pasta, melena lacia y vestido con una camisa blanca y abierta hasta el estómago gritaba al personal y daba órdenes a los operarios, como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué está pasando? —pregunté a uno de los hombres que descargaba el equipo de grabación, desconcertado por el bullicio que había allí dentro.

—Vamos con retraso. La banda no está y el director echa humo.

Dinero. Ese era el centro de los problemas.

—Es Arnaldo Lombardo, ¿no lo conoces? —cuestionó Picaporte a mi lado, con su particular tono de desprecio.

—¿Debería?

—Pues sí. Es uno de los *filmmakers* más aclamados del panorama actual.

—Querrás decir un director de cine.

—No, no es lo mismo.

—Por supuesto… —respondí, eludiendo la discusión. Detestaba la moda de utilizar anglicismos hasta en el desayuno—. Bueno, ¿y qué le hace especial?

—Dirige una de las productoras de vídeos musicales más conocidas del país. Ha ganado varios premios.

Me fijé en los ademanes de aquel hombre de rostro alargado, mentón notable y mirada tosca. Otro que estaba acostumbrado a que los demás hicieran todo lo que pedía.

Nos aproximamos a él y el crítico tomó la ventaja para saludarlo. Por su confianza, tuve la impresión de que ya se conocían.

—¿Qué sucede, Arnaldo? —preguntó, estrechándole la mano. El hombre dio un trago a la botella de agua que sujetaba y se meció el pelo hacia atrás, mostrando el estrés que sufría y el calor que padecía allí dentro. Me aparté a un lado, esperando a que Picaporte me presentara, pero el director no se molestó en mirarme—. Este es Gabriel Caballero.

—Estoy hasta los mismísimos huevos de esta gente, ¡joder! —exclamó, enfadado, limpiándose con la mano el sudor del labio superior que hacía brillar su rostro—. ¿Qué se creen? ¡Ni siquiera son los jodidos Beatles! No debí firmar este maldito encargo otra vez.

—¿Te refieres a los músicos? —pregunté.

Él me miró, esperó unos segundos, estudió mi cara y respondió:

—Sí. Llegan tarde. Es una falta de respeto hacia mi persona —explicó, enfadado—. Cada minuto que pasa, me cuesta *cash*.

«Y dale con las palabras raras».

—Y hacia los que trabajan aquí… también —añadí.

Volteó la vista clavándome su odio.

—¿Quién diablos es éste?

Picaporte chasqueó la lengua.

—No importa —comentó y la conversación se vio interrumpida por una llamada de teléfono.

De repente, alguien entró en el edificio y los ojos del director se voltearon hacia la puerta.

No fueron los únicos.

No era para menos.

6

Su entrada no pasó desapercibida. Los operarios dejaron lo que hacían para verla.

Giré el rostro hacia el taconeo de unas botas que captaron la atención de los que estábamos allí y encontré a una mujer de melena oscura, lacia y brillante como la de una faraona, vaqueros ajustados y una camiseta blanca que marcaba su torso. Tenía el aspecto de una aficionada a la música rock y lucía un caminar confiado, propio de quien sabe lo que busca en la vida y no se anda con tonterías.

—¿Dónde está tu gente? —preguntó el director.

—Cálmate, ¿quieres? Ya están llegando —respondió la mujer.

Su voz era grave y segura, como el impacto de una apisonadora.

Cuando se acercó a nosotros, noté que sus hombros se alzaban por encima de los míos. Las personas más altas que yo me imponían respeto.

Observé su rostro, castigado por el trabajo, y una mirada hundida por las ojeras. El halo que desprendió, mezclado por el perfume y la nicotina, me dio a entender que esa mañana llevaría varios cigarrillos encima.

—Es la mánager de la banda —me susurró el crítico, de soslayo.

Me sentí tan perdido como un occidental en el cruce de Shibuya.

—Hola, Peralta —dijo la mujer—. Siento comunicarte que hoy los chicos no tendrán tiempo para tus preguntas. Las dejaremos para la prueba de sonido de mañana por la tarde, ¿vale?

—Pero…

—Gracias por entenderlo… Mañana.

—Claro —contestó él, tragándose la réplica. Le faltaban horas en la calle y enfrentamientos más peligrosos que aquí. Lo cierto era que a Picaporte le imponía esa mujer y a mí él me hacía reír—. Sin problema.

—Unas preguntas no estorban a nadie —comenté.

Ella giró el cuello hacia mí y se fijó en que no llevaba ningún pase de prensa encima.

—¿Y tú? Dejé muy claro que hoy no quería seguidores merodeando por aquí.

—Soy Gabriel Caballero —respondí y le ofrecí la mano, pero no me correspondió—. Trabajo para Rockódromo.

Los tres me miraron con desprecio, preguntándose lo mismo a la vez.

—¿No te avergüenza escribir para esa basura de panfleto?

—Es periodismo —discutí, indiferente ante el ataque.

—Será por la periodicidad mensual —replicó Picaporte.

Por fortuna, estaba preparado para un encuentro así.

A lo largo de mi carrera me habían insultado de todas las maneras posibles.

Nada me sorprendía.

—He venido con él —respondí, cargándole la responsabilidad a mi excompañero—. Prometo no incordiar.

—Ya lo has hecho —comentó ella, suspiró molesta y puso los brazos en jarras—. Dejé claro que el reportaje era exclusivo para la Rolling Stone, así que debes marcharte.

—Un momento… —insistí, buscando una voz que me salvara, pero Picaporte se quedó mudo como un maniquí de escaparate.

—Vamos, largo de mi vista —indicó, chasqueando los dedos.

Antes de que los guardias de seguridad me acompañaran a la salida, se oyó un traqueteo que procedía del exterior.

Los cuatro integrantes de la banda irrumpieron como un tercio de Flandes, arrastrando los pies y las fundas en las que cargaban sus instrumentos.

Sin duda, unas estrellas de la música que comenzaban a interiorizar todos los clichés que conocía la sociedad: el aspecto greñudo, la ropa de marca de apariencia destartalada y la soberbia de quien cree que el sol gira a su alrededor.

Tanta vanidad me producía gastritis.

Uno de ellos, el último, se hacía fotos con los operarios que requerían un momento de atención. Por sus andares, intuí que sería el más conocido de los cuatro y era muy probable que también el más intratable. En una banda, algunos miembros destacaban más que otros y eso solía generar las envidias y los celos que desembocaban en rupturas definitivas.

—Ya estamos aquí —dijo uno de ellos, encabezando al grupo y cargando con lo que parecía la funda de una guitarra—. Esta maldita ciudad tiene un tráfico que da asco.

—¿Qué le pasa a ese gilipollas? —preguntó el director, señalando al que seguía haciéndose fotografías a la vez que firmaba autógrafos con el personal de limpieza—. ¿Se cree que esto es un parque de atracciones?

—¡Richi! —gritó la mánager con voz férrea.

Sonriente, el músico se acercó a nosotros.

—Relajaos un poco, chicos. Hay que cuidar a los fans.

—Vete al carajo, colega —dijo otro de ellos.

—Venga, en movimiento —ordenó la representante y pusieron rumbo a uno de los platós que había al lado de la sala. El director desapareció tomando otro camino y la mujer esperó unos segundos para dirigirse al crítico musical—. Vamos con el tiempo pegado a las suelas, Peralta, pero puedes quedarte y acompañarnos más tarde a la firma de discos…

—Sólo voy a tomar notas, Mariela.

—¿Dónde es la firma de discos?

—Y tú, ya me has oído antes —me dijo, advirtiéndome de que no estaba de humor para más negociaciones.

—Conozco el camino.

Ella siguió la estela de sus cachorros y Picaporte se quedó a mi lado, mirándose la punta de sus botas inglesas, aguantando la risa para no hacerme sentir peor.

—¿Era esa la razón por la que no querías decírmelo?

—No seas necio, Picaporte… ¿Desde cuándo eres un pelele?

—Es Peralta… —corrigió y carraspeó—. Diantres, Caballero, te hacía más inteligente, ¿cómo has caído tan bajo?

—Lo he hecho para ponerme a tu altura.

—¿Acaso sabes quién te paga? De ahí no sale nada bueno, pero… tú mismo. Si crees que voy a defenderte cuando lleguen las calumnias, la llevas clara, amigo.

—Sé cómo hacer el trabajo, así que no me des lecciones.

—No, para nada —dijo y rio—. Ya no soy el de antes, ya no lo necesito, al menos contigo.

—Precisamente por eso. Yo tampoco lo soy. Ha pasado mucho tiempo.

—Que te vaya bien, Caballero.

—No te despistes, Picaporte —dije y me marché de allí, con las mismas ganas de hace diez años por chafarle los nudillos en ese cutis embalsamado de crema facial.

* * *

Abandoné el edificio desanimado, con la cabeza llena de dudas y la sensación de encontrarme donde no debía.

¿Qué se me había perdido allí?, me cuestioné, recordando las palabras del cretino de Picaporte. Me sentía dolido por el trato que había recibido, ya no por aquellos desconocidos con egos

desmesurados, sino por el crítico, alguien a quien, desde un rincón de mi alma, había perdonado por los episodios anteriores.

Subí al coche con un cierto desdén en mis movimientos y conduje hacia la salida. Allí encontré a un trío de ingenuas y apasionadas jóvenes que no alcanzarían la mayoría de edad. Vestían camisetas del grupo, las tres muy parecidas, aunque de diferente color. El áspero vigilante de seguridad les impedía el paso sin entrar en razón con ellas.

Toda la vida me ha fascinado el fenómeno que arrastran los personajes musicales, capaces de nublar la mente de quienes admiran su trabajo, hasta el punto de llegar a enloquecer para seguirlos al último rincón del globo.

Nunca le pedí eso a la vida.

Más bien, me bastaba con una persona que me acompañara el resto de mis días con tanto ímpetu. Pero ésta no me dio ni una cosa, ni la otra.

La elegancia de mi vehículo no pasó por alto.

Conforme advirtieron mi marcha, los ojos adolescentes se dirigieron a la carrocería del deportivo que, aunque ya tenía sus años, seguía manteniendo el porte de la marca alemana. Por algún casual, creyeron que era alguien importante.

—¿Eres del grupo? —preguntó la más lanzada, una enclenque de melena rubia que se convertiría en adulta pronto—. ¿Podemos entrar?

—¡Fuera, fuera de aquí todas! —insistió el guardia, de malas maneras—. ¡No podéis pasar! ¡Ya os lo he dicho!

Detuve el vehículo y la joven se acercó.

—Lo siento chicas, pero a mí tampoco me dejan estar ahí dentro.

—¿Conoces a Richi? ¿Eres amigo suyo?

—No, no conozco a ninguno.

—¡Oh! Es tan guapo… —dijo otra, sujetando un álbum en vinilo de la banda.

—¿Sabes cuándo saldrán? —preguntó la tercera.

El ruido de todas las voces al unísono se convirtió en una frecuencia única y homogénea. Debía irme de allí antes de que me fundieran las neuronas. Entonces, se me ocurrió una idea.

—Por casualidad no sabréis en qué hotel se hospedan, ¿verdad?

La chica rubia entornó los ojos. Conocía esa mirada de negociación.

—Si lo supiera, ¿crees que te lo diría?

—Soy de la prensa, estoy escribiendo un artículo sobre ellos. Quizá podamos llegar a un acuerdo.

Mis palabras la convencieron.

—Te lo diré si me dejas entrar en su habitación.

«Diablos, eso podría meternos en problemas legales a todos».

—Veré lo que puedo hacer, pero tienes que decirme dónde duermen.

Ella se mordió el labio y las amigas le dieron un tirón en la manga de la camiseta.

—Si consigues que entremos las tres.

—¿Y qué tal unos discos autografiados? He oído algo sobre una firma más tarde… —contesté, un poco dolido por defraudar a esa admiradora. Su falta de experiencia con la vida ayudó a que mordiera el cebo. De haber sido más madura, habría destapado mi voz de embustero—. Puedo saltaros la cola…

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿En serio?

—Y también queremos una foto con Richi —añadió una segunda joven.

—Sí, todo el lote. Vamos, suéltalo, niña.

—Nos han dicho que están en el hotel Meliá.

—¿El de la playa?

—Sí —respondió y descubrió algo en mi expresión—. ¡Oye! ¿Y cómo sé que no me has mentido? Si realmente eres de la prensa, deberías conocer esa información de primera mano…

—No lo sabes… —dije, sonreí y me puse las gafas de sol—. Hazme caso, chica, nunca confíes en los desconocidos.

Después arranqué y salí disparado hacia la glorieta.

El zumbido del motor las apartó y pronto vi cómo blasfemaban a lo lejos, convirtiéndose en motas diminutas en el espejo retrovisor.

El fin no siempre justifica los medios, pero esa vez sí lo hizo.

Algún día, con un poco de suerte, agradecería que las salvara de un trágico episodio musical. La manera más rápida de detestar a alguien a quien admiras es conociéndolo en persona.

7

La temperatura comenzaba a subir en el interior del deportivo y, a pesar de conducir al descubierto, la tapicería se calentaba como un pan en el horno. Encendí la radio para distraerme con las noticias y la cuña publicitaria dio paso al presentador del informativo del mediodía. Tras un repaso a un puñado de teletipos superfluos y acordes a la época estival, el periodista dio paso a la sección cultural, anunciando la celebración del concierto del día siguiente.

«La banda madrileña Desmembrados será la estrella de un cartel que espera reunir miles de fanáticos de las guitarras eléctricas y los acordes pesados en la Plaza de Toros de Alicante. El Ayuntamiento de la ciudad pondrá a más de doscientos agentes para asegurar la normalidad de una noche llena de melodía y decibelios. El concejal de turismo estima la llegada de miles de turistas procedentes de distintos puntos del país que pasarán el fin de semana en la ciudad, un hecho que ha provocado que se agoten las reservas hoteleras para los próximos días».

Quise continuar oyendo lo que esa voz decía, pero una llamada entrante en el teléfono móvil provocó que la emisión se cortara, dando paso a la señal del terminal que ahora sonaba por los altavoces de las puertas.

—¿Sí? —pregunté, sin tiempo a comprobar el número de la pantalla.

—¿Y bien? ¿Es un mal momento para hablar? —bramó la voz que sonaba como un tubo de escape. Esteban Ricarte parecía cansado de esperar—. ¡No, yo sé que no! ¡Te estás haciendo de rogar! ¡Venga, dime que sí y no perdamos más tiempo!

Sediento y desganado, sentí que el momento de paz interna que había logrado al volante, volaba como una bandada de estorninos.

Miré el reloj y vi que se acercaba la hora de la comida. Sin darme cuenta, no había pegado bocado todavía y las tripas comenzaban a rugir.

—Lo he estado pensando, Ricarte, y creo que…

—¡Crees que sí, que es lo correcto! ¡Lo sabía! Es que lo sabía, Caballero. No esperaba menos de ti.

—Ni siquiera me has dejado hablar.

—Odio hablar por hablar, ¿sabes? —preguntó y prosiguió con su monólogo—. La gente habla mucho, en ocasiones demasiado, y eso es malo, muy malo. Si lo piensas dos veces, te arrepientes. Si lo piensas tres, ¡la cagas! Y tú no quieres cagarla, ¿verdad?

—¿Puedes ser menos explícito? Agradecería que utilizaras otros términos. Aún no he comido.

—¿Términos, de qué? ¿Dinero? Eres rápido, sabes lo que quieres. Me gusta, me gusta.

Sus palabras sonaban por el altavoz como el martillo de un albañil derrumbando los tabiques.

—Verás, he estado en los estudios y no le ha agradado mi presencia a ninguno de los que había allí. Ni a la mánager, ni al director, ni a la banda… ¿Cómo esperas que haga mi trabajo? Además, no tengo ni la más remota idea de todo este asunto de guitarras, vanidades y problemas de autoestima. Creo que tendrías que…

—¿Y qué esperabas, gañán? —interrumpió con saña—. ¿Eres tú el que hace alarde del periodismo de calle? ¡Porque eso es lo que dice la entrevista que te hicieron hace unos años en esta maldita revista! ¿Quieres que te la mande por correo?

—¿Por qué lo llevas todo al extremo?

—Te considero un tipo con agallas, Caballero, uno de los nuestros, *uno di nos*…

—*Uno di noi*, querrás decir.

—No, sé lo que quiero transmitir y punto —remarcó, molesto por la corrección—. Escucha, compadre, ¿te vas a achantar por el primer obstáculo que te pongan? ¡Vamos, hombre! ¿Dónde han quedado tus principios?

—Nunca los tuve.

—¡Caballero!

Ni siquiera sabía por qué hablaba con él.

Luego descubrí que sí. La presencia de Picaporte seguía ahí, como la comezón que nunca se va del todo.

—Lo voy a intentar, pero no te prometo nada. Si no colaboran, no habrá reportaje. No tengo ganas de meterme en líos.

—¿No tienes ganas de cobrar?

—¿Por qué creéis que todo se soluciona con dinero en esta vida?

—En ésta, no lo sé, pero en la tuya sí —sentenció, recordándome los problemas económicos que sufría. La frase fue tan contundente como un puñetazo en el hígado—. Conozco a los tipos como tú, llevo más años que tú en esto y sé que hacéis lo necesario por un plato de gambas a la plancha. No te falles a ti mismo.

Ricarte colgó y sentí un profundo alivio al ver que no tenía que seguir con aquel tipejo. Sus palabras dolieron, pero no estaban faltas de razón. Llevaba demasiado tiempo viviendo de unas rentas que

habían dejado de dar sus frutos. Demasiado tiempo fuera del terreno de juego y de la acción. Por un momento, me cuestioné qué había hecho para hundirme en el fango y conseguir que el mercado me olvidara.

La respuesta llegó al instante.

Vivir, eso era a lo que me había dedicado. Y no había estado nada mal. Sin embargo, el placer se convierte en banalidad cuando uno olvida sus orígenes. Era el momento de regresar a los míos.

* * *

Abanderando el nombre de la peor publicación periodística a nivel estatal no llegaría muy lejos, así que opté por guardarme las credenciales para cuando la ocasión lo requiriera, si es que se daba el caso. Tenía una pista, mucho por hacer y ningún contacto al que llamar para que me echara una mano. Desentenderme del gremio a lo largo de los años había provocado mi total desconexión. Mis exposiciones públicas me convirtieron en persona *non grata* para quienes fueron mis compañeros en el pasado.

Sin recursos y sin información, decidí empezar desde el principio, como en los viejos tiempos.

Regresé a mi barrio, aparqué el deportivo y caminé hacia la única tienda abierta 24 horas que había cerca.

El local se sentía fresco, a diferencia de la calle. Fui directo a la nevera de los congelados, la sección predilecta de los tipos como yo.

Menú del día: pizza Buitoni congelada y una lata de cerveza helada.

Un lastre de los tiempos de facultad, un pecado que llevábamos muchos en secreto.

A la hora de pagar, dejé los productos en el mostrador y eché un vistazo a las revistas que había debajo de éste. Las temáticas eran variadas: moda, decoración, deportes, política, automoción, jardinería, bricolaje, informática, musculación, armas, cocina, videojuegos y, apartadas en un rincón, música.

La mejor manera de saber con quién tratabas, la encontrabas a través de la palabra escrita.

El mejor modo de conocer a tu oponente, estudiando su pluma.

Saqué un ejemplar de Rolling Stone y otro de Rockódromo. La diferencia era abismal entre ambas.

La primera destacaba por su diseño, por la profesionalidad de la fotografía de la cantante que salía en portada, una joven que mezclaba flamenco y pop y que estaba arrasando en las listas internacionales.

La segunda llamaba la atención por los titulares llamativos que se sobreponían a la imagen de un famoso cantante de canción popular, conocido por la extensa familia de hijos sin reconocer.

Abrí la portada de Rolling Stone y busqué con la punta del dedo el nombre de Picaporte entre la lista de figurantes de la redacción. Allí estaba.

Tensé los labios con cierto recelo. Formar filas entre esos nombres, no era un asunto fácil.

—¿Te las vas a llevar? —preguntó el empleado, esperando una respuesta.

Alcé la mirada y cerré la revista.

—Cóbrate todo, anda.

Una vez llegado a casa, encendí el horno, lo puse a calentar y abrí la lata para darle un largo trago. A medida que alzaba el brazo, mis ojos se inclinaron hacia las revistas que había dejado sobre la encimera de la cocina.

Regresé a la publicación para la que trabajaba Picaporte y fui directo a leer su artículo.

La pieza estaba relacionada con los Desmembrados y entonces entendí por qué los conocía de antes: les había escrito una crítica favorable del último álbum publicado hasta la fecha.

Me leí la entrevista de principio a fin, consciente de que aquel trabajo no era otra cosa que un publireportaje pactado para transmitir una imagen positiva de la formación.

En un párrafo mencionaban el concierto de la plaza de toros:

«Pase lo que pase, hay que seguir adelante. No creo que ninguno de los cuatro seamos imprescindibles».

«El concierto de la Plaza de Toros de Alicante marcará un antes y un después en nuestras trayectorias. No me cabe la menor duda. Nuestros seguidores nunca lo olvidarán».

Eso fue todo lo que destaqué. El resto del artículo se centraba en las canciones, en la vida en la carretera y en el estrepitoso éxito que estaban viviendo:

J.P: ¿Qué nos podéis contar del próximo disco? Se rumorea que Ricardo ha tenido bastante peso en él.

C.A: Somos una gran familia. Todos aportamos nuestro granito de arena a la hora de componer.

R.R.: Si la canción es buena, ¿por qué descartarla? No importa quién de los cuatro la haya escrito.

J.P: ¿Habrá sorpresas?

R.R.:Ya lo creo.

Picaporte era un lamebotas profesional, pero no escribía mal.

Arranqué la página de la entrevista para guardar los nombres de aquellos melenudos, la doblé en varios pliegos y la guardé en mi billetera.

Con el horno caliente, coloqué la pizza congelada, di un segundo trago a la cerveza y me decidí por el ejemplar de Rockódromo.

No había por dónde coger aquello.

La revista era horrible, cargada de anuncios publicitarios y de artículos sensacionalistas que hablaban más de las vidas privadas de los artistas que de sus trabajos.

La cerré y me fui al despacho.

Después me senté en el escritorio y encendí el ordenador portátil mientras la masa congelada se cocinaba.

Me pregunté qué habría hecho Picaporte en mi lugar y comencé tecleando el nombre de la banda musical en el buscador del navegador.

Lo primero fue ubicar la tienda donde se celebraría la anunciada firma de discos.

No era muy complicado, sabiendo que todas las firmas se organizaban en los grandes almacenes FNAC que había en el bulevar del centro. Comprobé la hora del evento y calculé que tenía tiempo de sobra para seguir con mi tarea.

Para mi sorpresa, no todas las noticias estaban relacionadas con el trabajo. Más bien, la mayoría de los titulares que encontraba en mi búsqueda, formaban parte de los tabloides digitales del corazón y del sensacionalismo.

La banda acumulaba tantos problemas como el expediente de un reo de la prisión de Foncalent.

Muchos de los artículos mencionaban al tal Richi, el último de los miembros que había llegado y, al parecer, tal y como iba entendiendo por lo que leía, el componente más querido por la legión de fans que apoyaba al grupo.

Ricardo Ribelles, catalán de nacimiento y madrileño de adopción, conocido como Richi entre sus acólitos, era el batería del grupo y, a sus treinta años, el músico más joven que había tenido un episodio amoroso en el pasado con Malenna, la diva americana del pop, durante una gira que la cantante hizo por Europa. La lista de conquistas sentimentales no terminaba ahí. Ribelles también había salido con actrices, presentadoras de televisión e incluso una conocida concejala de cultura de Madrid.

No obstante, sus relaciones no duraban en el tiempo, según relataban los diarios, a veces a causa de la vida desenfrenada que

llevaba y del coqueteo constante con los estupefacientes.

El batería se había ganado la fama de mujeriego, como también la de poseer una personalidad complicada que funcionaba cual yoyó. En definitiva, un aspirante a artista que había sido devorado por el personaje que se había creado.

La historia me resultó de lo más familiar y me prometí no juzgar a esa persona hasta que escuchara su testimonio.

Media hora después de ingerir toda la información que encontré ante mis ojos, me levanté para sacar la pizza de jamón y queso del horno y me prometí que no invertiría más tiempo en los chismes insustanciales. La última noticia que leí sobre él albergaba un poco de esperanza para todos. Ribelles afirmaba, días antes de su llegada a la ciudad, que el concierto de la Plaza de Toros de Alicante sería el primero después de mucho tiempo, en el que tocaría sobrio. Dos semanas ingresado en una clínica de desintoxicación le habían hecho reflexionar sobre los hábitos perniciosos y ahora regresaba limpio y con energía para brindar a sus seguidores la mejor versión de sí mismo.

—¿Cuántas veces habré escuchado esas palabras? —me pregunté en voz alta y agarré un triángulo de pizza. Llenar el estómago me ayudó a saciar el hambre y los demonios que pesaban dentro. Llegué a la conclusión de que me encontraba ante una banda cliché a la que no le auguraba muchos años de vida.

Lo había visto antes y la historia se repetía una y otra vez.

Busqué vídeos de la banda en la Red y abrí una de las canciones que más reproducciones tenían. El tema pertenecía al disco que Picaporte había reseñado. Luego me separé del ordenador y me recosté en la silla de oficina para disfrutar de la obra.

La música me sedujo desde los primeros segundos de canción.

Reconocí el talento entre los acordes, que me recordaban a las bandas del pasado, a una mezcla de Rolling Stones, Thin Lizzy y Los Bravos.

La letra iba dirigida a una mujer, como solían hacer todos los grupos del estilo, y hablaba del color de sus ojos, del tacto sedoso de su pelo y de si sería capaz de vivir sin ella cuando todo hubiese terminado.

Y aunque tú no lo sepas,
Hace tiempo que vengo pensando,
Que todas las historias llegan a su fin,
Y aunque hablen de nosotros en el futuro,
Me temo que este es el último adiós.

Una fórmula clásica que evocó en mí lo que pretendía, llevándome a

otro plano mental y trayéndome de vuelta la mirada turquesa de Claudia Miramontes, la confidente pasajera que podía haberse convertido en un amor de verano y que, por desgracia, decidió no serlo.

Me pregunté dónde estaría, en qué rincón de la ciudad se escondería y si nuestros caminos se cruzarían de nuevo. Una pérdida de tiempo necesaria que me apartó por unos minutos del embrollo en el que me estaba metiendo.

Pero nada es para siempre y la fantasía terminó en cuanto la canción llegó a su fin.

Aunque no tenía la mejor lírica del mundo, me hubiese gustado quedarme flotando en sus estrofas unos minutos más.

Antes de cerrar la pestaña del navegador, esperé a que los créditos del videoclip terminaran y encontré un nombre que me resultó familiar.

«Arnaldo Lombardo, director».

Aquel sí que fue un descubrimiento.

No era la primera vez que trabajaban juntos, lo cual tampoco me sorprendió. La fama se alimentaba de la endogamia de quienes rebosaban de éxito.

Estaba dispuesto a continuar con mi búsqueda hasta que tuviera material suficiente para sacar algo que mereciera la pena, pero sentí cómo el almidón y la grasa de la pizza comenzaban a pesar en mi estómago. La comida me provocó una lenta digestión y una profunda somnolencia que me impidió seguir con el trabajo. Los rayos de sol que entraban por la ventana me calentaban el rostro y los párpados se volvían más y más pesados.

El teléfono vibró sobre la mesa, pero no alcancé a ver quién llamaba.

Pensé que no tendría mucho que hacer hasta que la banda abandonara los estudios cinematográficos. Cualquier excusa era buena para realizar un alto en el camino.

Sin defensa alguna, cerré los ojos y me dejé atrapar por una profunda siesta.

8

La larga siesta me dejó agotado y con pesadez en el estómago. Tenía la sensación de que había dormido más de la cuenta, aunque la verdad era que esa masa de harina, tomate, jamón y queso, nunca me sentaba bien. Aturdido por la somnolencia, abandoné el cuarto y fui directo a la ducha. Tras varios minutos bajo el chorro de agua fría y la mente en blanco, logré que el flujo sanguíneo devolviera la vida a mis extremidades. Luego encendí el tocadiscos y coloqué el vinilo del Blue Train de Coltrane para animarme la velada. Minutos después, con la cabeza más despejada, comprobé mi aspecto, el cual no era el peor que había tenido, vestido con el uniforme de trabajo: camisa azul celeste, con un botón abierto para que el tejido transpirara; vaqueros estrechos y los Clarks marrones de siempre. Por la ventana se apreciaban los últimos coletazos del atardecer, dejando un sol dorado a lo lejos, que se apagaba lentamente dando paso a un húmedo y caluroso crepúsculo. Sería una velada larga, pensé, como antaño. Una solitaria noche de bloc de notas, zapatos desgastados y mucho ingenio. Cierto era que no me entusiasmaba la idea, pero es que nada lo hacía desde un tiempo atrás. La edad me había convertido en un ser arisco y vago al que todo le parecía una montaña por escalar. Pero la realidad era otra. Mi cuerpo echaba de menos la aventura, como también añoraba los tiempos en los que el trabajo era el eje de mi vida y no el restaurante en el que iba a cenar ese fin de semana.

Sin darme cuenta, una llama se apagó en mi interior con el paso de los años. Una llama que había prendido mi carrera, mis sueños y la ilusión por levantarme cada jornada. Con ella, no sólo se marcharon los aires de grandeza, sino también mis compañías y mis parejas sentimentales. Lentamente, lo perdí todo, el fuego se apagó y las brasas se convirtieron en cenizas. Ahora me sentía incapaz de encender esa hoguera y, peor incluso, de devolverle el fuego que merecía.

«Deja de pensar como una momia, Gabri».

Salí del apartamento con la esperanza de que aún quedaran fans haciendo cola en los bajos del bulevar, aguardando a que los músicos les firmaran un disco. Con la desmesurada siesta, había perdido la noción del tiempo y la oportunidad de acosar a la banda. Calculé que desde mi casa hasta el hotel había un buen paseo a pie, pero aún era

pronto para ello. Los artistas llegarían tarde a sus habitaciones, no sin antes pasar por los bares del viejo Barrio para edulcorar sus oídos con los elogios de quien quisiera regalárselos.

Replanteé mi estrategia y decidí encontrarlos más tarde en el hotel.

Bajé por la calle de Pintor Velázquez, iluminando los ojos al ver a las chicas lozanas y bronceadas que pasaban a mi vera. El verano era la mejor temporada del año porque llevábamos menos ropa, olíamos mejor y estábamos más guapos. El verano nos sentía a todos bien, sin excepción alguna, y el salitre del Mediterráneo proporcionaba un brillo al cabello y a la piel que nos convertía en estrellas vibrantes de la noche, aunque fuera por unas horas.

Pasé por delante de la puerta del bar Guillermo y miré hacia la barra en busca de una silueta amiga, de un rostro familiar que hacía tiempo que había desaparecido de mi día a día. El camarero, que entraba y salía de la barra con bandejas de cervezas que llevaba al otro lado del comedor, me saludó con una mirada silenciosa. Los recuerdos me traicionaron y, en un instante de fragilidad, me vi allí, mucho tiempo atrás, en un rincón de esa barra de madera, junto a la vitrina de los encurtidos y bajo los jamones que colgaban de la pared. Encontré a alguien que ya no era y que había sido durante mucho tiempo. A un hombre más feliz, tal vez, pero yo sabía que no era así. En aquella sonrisa ficticia había demasiados episodios de dolor y soledad. Sacudí la cabeza dos veces, antes de ponerme melancólico frente a la fachada de aquel sitio, y continué andando en dirección al paseo de la Explanada.

La pesadez estomacal me obligó a detenerme frente una tienda 24 horas y compré una botella de agua para quitarme el sopor con el que cargaba. En un estante vi un montón de folletos brillantes de tamaño cuartilla anunciando la firma de discos.

—¿Me puedo llevar uno? —pregunté al dependiente.

Pensé que me podría ser de utilidad más adelante.

—Como si los coges todos —contestó, desinteresado—. Van directos a la basura.

Agarré un folleto, lo enrollé en un cilindro y pagué.

Después me bebí de un trago la botella, la tiré a una papelera y guardé el papel.

Por mi paso, crucé en varias ocasiones con diferentes carteles publicitarios que anunciaban el concierto que se celebraría en dos días. Eran idénticos al folleto que guardaba. La imagen principal era la banda Desmembrados y debajo aparecían los nombres del resto de grupos que también actuaban ese día.

A la altura de la rambla, me detuve delante de un póster y me fijé en un detalle que había pasado por alto en los anteriores. El grupo de músicos posaba en el centro, pero a diferencia de lo que había visto a

lo largo de mis años en todos esos suplementos musicales, el cantante no era el centro de atención de la cámara. Reconocí los rostros que vi por la mañana en los estudios cinematográficos y comprendí que, en esa pose de rebeldía había una evidente lucha interna de poder.

Ribelles estaba a un lado de la foto sujetando las baquetas, apoyado en el compañero que cargaba con la guitarra y que había aparecido por la mañana. Al otro costado, aunque ligeramente detrás, reconocí al resto, que posaban ante el objetivo con una expresión más suave y tímida. ¿Cómo era posible que el batería fuera más importante que los demás?, me cuestioné. Rara vez ocurría, pensé, pero cualquier cosa era posible en el rock and roll. Por todos era sabido que los baterías y los cantantes eran quienes solían recibir los focos. Sobre el escenario, aislado en el fondo y oculto entre los hierros, el batería marca el ritmo como un director de orquesta militar. Para el público, y sobre todo para el más apasionado, existía un aura mística, tribal y seductora alrededor de la persona que golpeaba con saña los tambores.

Continué mi camino, dejé atrás el Banco de España, la calle de Castaños y el fulgor de los callejones cargados de vida que llenaban de ruido la ciudad a esas horas. De pronto, acorde con el pronóstico de las noticias de la radio, por mi paso encontré seguidores de la banda, vistiendo con satisfacción camisetas de manga corta igualitas a las que lucían las adolescentes con las que había hablado por la mañana. Hordas de melómanos que se enorgullecían de su gusto musical, como forofos de un equipo de fútbol o activistas de un partido político.

Un sentimiento que desconocía, pero que admiraba con recelo.

Jamás sentí devoción por nada ni por nadie. Y Coltrane no era persona, ni tampoco un músico cualquiera.

Para etiquetarlo de alguna manera, habría que reinventar el lenguaje.

El hotel al que me dirigía se encontraba a espaldas del casino de la ciudad, en el puerto. Un largo conglomerado de habitaciones que se abría paso entre los carteles luminosos del casino y sus bares y la iluminación que bordeaba la playa. No era un símbolo público, pero todo el mundo lo reconocía por su localización a orillas del mar y la buena fama por las vistas de las que gozaban los huéspedes al despertar cada mañana: la playa del Postiguet a un lado, el horizonte azul del Mediterráneo enfrente y la isla de Tabarca entre las brumas.

Comprobé la hora. Debía apresurarme. Pronto alcanzaría la medianoche y no quería que los músicos me reconocieran en el hotel, si era cierto lo que esas adolescentes me habían contado. Qué tristeza, pensé. Ni siquiera tenía fuentes con quienes contrastar aquel soplo.

Mi objetivo de aquella velada era el de sacar un titular, unas líneas sobre las manías y los fetichismos de los músicos para así completar

las dos páginas que ese Ricarte me había encargado. Esa era la clase de información que les gustaba a los seguidores. Conocer los trapos sucios, el color de las sábanas, el tipo de bebida que toman y si se duchan una o dos veces al día. La Red había abierto una ventana a la intimidad, rompiendo con la magia del misterio y de la fantasía, pero la sociedad seguía atrapada en el Jardín del Edén después de haber mordido la manzana, mostrando la vanidad y ocultando las partes que más pudor generaban.

A escasos metros de la enorme entrada del hotel, me cercioré de que la pista era cierta cuando vi a un extenso grupo de seguidores de edades variadas por los alrededores del edificio. Todos esperaban lo mismo y estaban dispuestos a acampar allí por conseguir una fotografía o una firma de sus artistas favoritos. Sentí cierta pesadumbre por haber confiado tanto en esa joven.

Dado mi aspecto impoluto y desenfadado, no tuve problemas para acceder a la puerta giratoria cuando el botones de la entrada me pegó un vistazo. Parecía un huésped más.

—Buenas noches, ¿y esto? —pregunté, fingiendo mi fascinación.

—Están esperando a que lleguen unos músicos —dijo el empleado del hotel—. No los podemos echar de aquí porque es la vía pública, pero hay que fastidiarse… ¿No había otro lugar?

—Ánimo —respondí y pasé al interior.

En los sofás del vestíbulo encontré rostros de turistas extranjeros que poco tenían que ver con el espectáculo de la calle. Una vez dentro, el siguiente paso era enterarme del número de las habitaciones en las que se hospedaban. Por supuesto, era consciente de que los recepcionistas no soltarían prenda, así que puse en marcha mi ingenio para descubrir dónde se encontraban los músicos. Tenía experiencia en los lugares como aquel. No podía ir planta por planta llamando a cada puerta. Tampoco podía hacerme pasar por uno de los empleados sin que me cazaran en el intento. Debía ser más agudo de lo habitual.

Eché un vistazo a mi alrededor con la intención de encontrar un rostro familiar, pero no tuve suerte, así que me dirigí hacia el bar que había junto a la piscina. Las barras de los bares de los hoteles representaban otro de los estereotipos que más les gustaban a los músicos famosos: cócteles caros a cuenta de la discográfica que pagaba los caprichos, gente anónima alrededor y la intimidad que proporcionaba la fortaleza del interior de un hotel.

Subiendo por las escaleras, escondidos en un pasillo junto a dos desconocidas, sorprendí a dos miembros de la banda coqueteando con ellas. Las muchachas tenían aspecto de extranjeras y una actitud predispuesta a entablar algo más que una conversación sobre el clima.

—¿Me firmáis un autógrafo? —pregunté al acercarme. Ellas no entendieron nada, pero los músicos no se alegraron de verme

interrumpiendo el cortejo.

—¿Te importa? Estamos ocupados —respondió uno de ellos.

—Es para mi hermana —dije y saqué el folleto que había conseguido en aquella tienda—. Es una gran seguidora.

Los dos se miraron, impacientes por continuar con sus ligues, y decidieron despacharme lo más rápido.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Lucía —improvisé.

Uno de ellos sacó un rotulador del bolsillo del pantalón y escribió una frase con desgana.

«Para Lucía de Jonás López y Arturo Pérez».

Después marcaron sus rostros en el papel con dos garabatos.

Intuí que eran el bajista y el cantante.

—Ahora, ¿nos dejas un poco de intimidad?

—Sois muy amables —dije y apunté a Ricardo Ribelles y al tercero —. ¿Y los otros?

El bajista frunció el ceño.

—Y yo qué sé, tío. Estarán por ahí —contestó con hostilidad y señaló a las chicas—. Tenemos invitadas, ¿es que no lo ves?

—Claro… Gracias de todos modos.

Me despedí, oí las risas femeninas al darme la vuelta y continué con mi búsqueda.

Cuando llegué a la planta del bar, la música disco que salía por los altavoces me recibió con espanto. El agua de la piscina estaba quieta como un manto de cristal sobre los azulejos. A lo lejos quedaba la panorámica de la ciudad iluminada por el castillo de Santa Bárbara. Allí, la realidad era muy distinta a la de la calle. Oí conversaciones en idiomas exóticos y me crucé con ojos ansiosos por un romance veraniego.

Apoyado en la barra con un vaso de cóctel, reconocí a uno de esos melenudos mirando al infinito. Era el mismo que aparecía en el folleto junto a Ribelles. El mismo que había llegado por la mañana cargando con esa guitarra. La suerte me sonreía. Me aproximé como un huésped cualquiera, intentando no asustar a mi presa y me situé a su lado.

—Ginebra con tónica, por favor —pedí al barman cuando me vio llegar.

El músico levantó la mirada para comprobar que no iba a molestarlo y se bebió la copa de un trago. Me pregunté cómo habrían llegado al hotel sin que los fans se hubiesen enterado.

—*Affrunttalo en la doschientosuuno* —dijo, borracho y con la lengua trabada—. Toodo…

—Sí, señor… —respondió el barman y le retiró el vaso. El músico se levantó con torpeza y miró hacia la piscina.

Quise detenerlo antes de que sus intenciones terminaran en

remojo, pero entonces apareció alguien por la entrada del bar y sus ojos cambiaron de rumbo.

Arnaldo Lombardo, el conocido director que trabajaba con la banda, se presentó acompañado de una hermosa mujer bajita, delgada, de piel pálida y con aspecto de bailarina rusa. Lombardo negó con la cabeza y su melena se movió con el viento. El músico se acercó a él, lo acusó de algo que no logré oír.

Lombardo le sacaba una cabeza de altura.

—¡Vete a dormir, desgraciado! —exclamó el director, avergonzado del músico—. Estás montando un numerito.

—*Erres un creetinoo, Arnuualdo*…

—¡Patético! ¿No ves lo borracho que estás?

—*Hemoos terminaado*…

La chica intentó apartar a Lombardo para evitar la confrontación, pero el músico seguía dirigiéndose a él.

—Lárgate, estrella de pacotilla.

El guitarrista desapareció con dificultad por la puerta que yo había cruzado momentos antes, bajo la mirada de quienes estábamos allí, y el barman me sirvió el combinado.

—Son quince euros, señor —dijo y sus palabras me devolvieron a la realidad.

«Diablos, cómo cuesta la fama».

* * *

Pagué con un billete de veinte euros y me dije que aquel cóctel iría en la cuenta de ese Ricarte.

Esperé un buen rato, di un par de sorbos a la bebida y me puse en marcha para seguir con mi investigación, lamentando abandonar aquella copa a medias. Un trago nunca se desperdicia.

Ahora que sabía dónde dormía y en el estado que se encontraba el guitarrista, era la ocasión perfecta para acorralarlo.

Busqué la salida de emergencia que daba a las escaleras y subí los peldaños hasta llegar al pasillo de las habitaciones. Con un poco de habilidad, no tardé en dar con el corredor donde se encontraba la estancia que había mencionado. Un sudor frío me recorrió la espalda, producto de los nervios y del fuerte aire acondicionado que aclimataba las instalaciones. Conté los números a medida que cruzaba el corredor, hasta que me planté frente a la puerta que tenía el 201 grabado en metal. La tranquilidad del angosto lugar era aterradora.

Pegué la oreja a la madera para confirmar la presencia del artista, pero no oí nada. Dispuesto a golpear con los nudillos para que me abriera, percibí un ruido que procedía de dentro. Tentado, no pude evitar quedarme quieto y la curiosidad hizo el resto. Respiré hondo y procedí a actuar.

Para mi desconcierto, cuando golpeé la puerta, me di cuenta de que estaba abierta. Ésta se desplazó hacia dentro unos centímetros y la luz del interior alumbró la punta de mis zapatos. No logré ver mucho más allá de la moqueta, de la televisión encendida y de los pies de una cama.

El corazón se me disparó.

Existen ciertas líneas que uno no debe cruzar si quiere evitar los problemas.

Llevaba demasiado tiempo portándome como un ciudadano ejemplar para no sobrepasarlas y, sinceramente, mi vida se había vuelto de lo más aburrida.

Eché un vistazo a mi alrededor, me aseguré de que nadie me encontraría allí y tomé aire.

Abrí la puerta del todo, crucé el umbral de la habitación y un fuerte olor a suciedad me dio de bruces.

Entonces lo encontré.

El sudor frío se convirtió en un manto helado de escarcha sobre mi pecho y los latidos de mi corazón tomaron la velocidad de un Ferrari.

«Maldito seas, nunca vas a cambiar».

9

Dejé la puerta entreabierta y pasé al interior con cuidado.

La escena me sobrecogió.

Ricardo Ribelles, el batería de los Desmembrados estaba tirado en la cama, inconsciente y con el rostro apagado. A su alrededor había un montón de basura: bolsas de patatas fritas, una botella de bourbon sobre la mesa de noche, varias latas de refresco de cola abiertas, una goma elástica y una jeringuilla usada. En la mano, Ribelles sostenía un botellín verde de cerveza. Pensé en pedir ayuda, sentí lástima por él. Todo apuntaba a que había vuelto a caer en el infierno de la drogadicción. Pero parecía como si una apisonadora hubiera pasado por allí.

Bordeé la cama, abrí la ventana para que el aire viciado se limpiara y me acerqué con miedo a buscarle el pulso en el cuello. Evité tocar nada más que lo necesario. Sentía aversión por los momentos como ese.

Cuando quise encender la robusta lámpara de madera que había en la mesilla de noche, descubrí que no funcionaba. La bombilla estaba fundida. Ribelles no respiraba, a pesar de que tuviera la boca abierta. Desplacé su cuerpo pesado y entonces supe que no estaba inconsciente.

Una mancha de sangre cubría la parte trasera de su cabeza, impregnando las sábanas y la almohada. Me aterroricé, di un paso hacia atrás y retrocedí hasta la puerta de la habitación. Ribelles estaba muerto, era un maldito fiambre y yo estaba siendo partícipe de la escena de un crimen.

Me aterró la situación y decidí buscar ayuda.

Sobrecogido por la imagen, alcancé la entrada y procedí a abandonar la estancia antes de que me encontraran allí. Por desgracia, advertí la presencia de alguien que se acercaba a la habitación. Me asomé por la puerta y entonces lo vi. Sus ojos prendieron al verme.

—¡Eh, espera! —exclamé dirigiéndome a un empleado del hotel que arrastraba una mesa auxiliar con ruedas, para servir la cena. Su reacción fue más extraña que la mía y eso me hizo dudar de él.

El hombre entendió el grito de auxilio de mis ojos.

Atemorizado por las consecuencias de lo que podría haber ocurrido en esa habitación, dejó la mesa, dio media vuelta y corrió despavorido

por las escaleras.

«¡Será cabrón!»

Respiré profundamente con unos temblores que me recorrían todo el cuerpo y me dije repetidas veces que era inocente.

Regresé a la estancia y busqué el teléfono de la habitación para avisar a la recepción, pero el cable estaba cortado.

Alguien había asesinado a ese batería. No podía abandonar el cadáver sin antes pedir ayuda. Saqué mi teléfono, busqué el número del hotel y marqué para que vinieran a por nosotros. Pero entonces oí un sollozo que procedía del baño. Miré al suelo y comprobé que la luz del interior del cuarto estaba encendida. El estómago se me encogió. El efecto de la ginebra había desaparecido de mi cuerpo. Suspiré de nuevo, acongojado, y giré la manivela de la puerta. No daba crédito a lo que veía.

Encogida de rodillas en el interior de la bañera, una chica temblaba de frío con el cabello mojado y la mirada perdida. Se encontraba semidesnuda, sin pantalones, aunque con ropa interior. El maquillaje de su rostro se había corrido con el sudor y las lágrimas, dejando su cara como la de un payaso triste. Me acerqué a socorrerla, agarré un albornoz que había colgado en la pared y le cubrí los hombros.

—Tranquila, todo está bien…

—Los galopes… Ha entrado galopando…

—¿Cómo dices?

—El caballo, el ruido del galope…

Ella seguía intoxicada y temblando. Sus dientes rechinaban tan fuerte que podía sentir el dolor.

—Escucha, pon atención a mis palabras, ¿cuál es tu nombre?

—Carla…

—¿Qué ha pasado aquí dentro, Carla? ¿Por qué estás así?

—No lo sé… Estoy muy colocada… Necesito ir a mi casa.

—Estupendo… —murmuré, la agarré del brazo y comprobé el pinchazo en el interior de su codo—. Tengo que sacarte de aquí, chica. No sé cómo, pero debemos largarnos.

—¿Quién eres, un ángel? —me preguntó, levantando sus ojos, clavándome la mirada angelical de dos pupilas tan grandes como dos girasoles.

—Sí, tu ángel de la guarda.

—Quiero dormir en mi cama…

—¡Venga, vamos! —exclamé, levantándola por la cintura con dificultad. Su cuerpo pesaba como un saco de harina, pero su delgada figura permitía que pudiera moverlo con facilidad—. Tenemos que irnos…

Un estrépito nos sorprendió al otro lado del cuarto.

Reconocí las pisadas y sentí el golpe de un fuerte recuerdo del pasado. No eran buenas noticias. Ni para ella, ni para mí.

—¡Alto, policía! —gritó uno de los hombres que nos sorprendió en el interior del baño—. Las manos quietas y en alto.

Después lo vi a él. Enfadado, con la mirada tosca y el cuello erguido.

—Me temo que no vais a ninguna parte —dijo el inspector Rojo, observándome desde atrás, por encima del hombro de su compañero y con una clara preocupación en su rostro.

10

Hay lugares a los que siempre se vuelve, aunque uno no quiera. La comisaría de Benalúa era uno de ellos.

Antes de que los pasillos del hotel se convirtieran en un foco de curiosidad y desconcierto, Rojo y su compañero nos sacaron a Carla y a mí de allí y nos metieron en un coche. No echaba de menos el olor a plástico, a tapicería usada y a suciedad del zeta en el que tantas veces me habían metido. Esta vez, aunque la situación era más tensa de lo normal, me sentí tranquilo, con el remordimiento a un lado y la conciencia en su sitio. Era inocente, yo no había matado a nadie y encontrarme allí era fruto del destino. Pero la muchacha que estaba a mi lado, somnolienta y aguantando la compostura para no marearse y salpicar el asiento de vómito, al contrario, lo tenía muy crudo. La policía no la dejaría en paz hasta que recordara qué había sucedido, si es que lograba recuperar alguna imagen del disco dañado de su cabeza.

La berlina francesa partió por la carretera que cruzaba el paseo, mostrando un manto de bellas luces a ambos lados de las ventanas, contrastando la tranquilidad de los muelles y sus barcos, con el desenfreno y el gozo del paseo de la Explanada. Y lo más curioso de todo era que, mientras la vida se celebraba a escasos metros de nosotros, en el interior de aquel coche cargaba el peso de una muerte premeditada.

El inspector no me dirigió la palabra hasta que llegamos a las inmediaciones de la comisaría provincial. Su compañero aparcó el coche en batería y se llevó a la detenida hacia el interior del enorme edificio de cemento que seguía iluminado a esas horas. Fue en ese momento cuando Rojo detuvo mi paso, agarrándome del hombro, para que no entrara todavía. Congelé mis movimientos y dirigí la mirada a su mano, que seguía apretándome.

Me soltó, ladeó el rostro, asegurándose de que los otros dos pasaran al interior de las oficinas y comprobó que el bar de enfrente ya había cerrado. Finalmente, dio un respingo.

Ninguno de los dos sabía cómo romper el hielo.

—Ya puedes empezar a hablar.

—Yo también te he echado de menos, Rojo.

Encogió el rostro, arqueó una ceja y lanzó la mirada al asfalto.

—¿Por qué demonios, cuando aparece un cadáver, tienes que estar metido en el asunto?

—Te juro que en esta ocasión ha sido una coincidencia.

—Siento que he oído eso antes, como cientos de veces.

—Soy inocente, de verdad.

—¿Conoces a esa chica?

Negué con la cabeza.

—La he encontrado encerrada en el baño cuando he llegado a la habitación —expliqué, intentando recordar cada detalle. Estaba agotado, sediento y tenía la boca pastosa a causa del estrés y de la ginebra. El calor húmedo de la noche tampoco ayudaba a recuperarme —. Estaba aturdida y semidesnuda en la bañera… De verdad, no pensaba que ese tipo estuviera muerto, sólo colocado, pero me he dado cuenta de que no despertaría al intentar animarlo.

—¿Lo has tocado?

—Con mucho cuidado.

—Sigues siendo el mismo idiota de siempre.

—¿Qué habrías hecho en mi lugar?

—Para empezar, no habría entrado en esa habitación. Además, yo soy policía y tú no. Me puedo tomar ciertas libertades. ¿Has tocado algo más?

—Puede ser.

Rojo se frotó la nariz. Entonces supe que también me echaba de menos.

—En fin, ¿viste algo, a alguien?

—No lo sé, Rojo… Todo ha pasado tan rápido…

—No me calientes, Caballero —respondió de mala manera—. Sabes de sobra que una cosa es lo que me digas ahora y otra lo que declares más tarde. Pero necesito que me cuentes lo que tengas. Los listillos como tú siempre veis algo.

—Un empleado del hotel se ha acercado a la habitación, poco después de que entrara yo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, ese ha sido el problema —continué—. En cuanto me ha visto, ha huido corriendo como una culebra. Supongo que es la persona que os ha avisado.

Rojo murmuró algo ininteligible y se rascó el mentón.

—No, no ha sido él. Alguien se ha quejado del ruido que procedía de esa estancia. Dado el desmadre que había en la calle y debido a la falta de personal de seguridad, nos hemos comido el marrón nosotros… No obstante, tengo una duda que no consigo aclarar…

—Dispara.

—¿Qué diablos hacías ahí?

El pulso se me disparó.

—Es una larga historia.

Rojo me fulminó con la mirada.

—Está bien, te la contaré… —dije, cuando un taxi se detuvo junto a nosotros. Nuestros ojos se dirigieron a la puerta trasera. Del interior apareció una mujer. Reconocí esas piernas y el embrujo de un perfume que aún seguía impregnado en mi memoria.

No podía creerlo.

Claudia Miramontes se detuvo ante mí.

—Tú, ¿qué haces aquí? —preguntó, desconcertada. Rojo cruzó los brazos.

—Las casualidades existen.

Ella meneó la cabeza como si hubiese escuchado una estupidez que no le hizo la menor gracia. Ignoró mi presencia y caminó hacia los peldaños que llevaban a la entrada. Fui tras ella y la agarré por el codo, pero se deshizo de mí.

—¿Se puede saber qué ocurre?

Sus ojos la delataron. Estaba nerviosa.

—Ricardo está muerto. Eso es lo que pasa.

Para ella, Ricardo no era Richi y eso lo explicaba todo.

—¿Qué tiene que ver contigo?

—Déjame en paz, ¿quieres? —contestó con voz seca y desapareció de mi vista.

Me quedé helado y descompuesto, preguntándome hasta dónde llegaría la relación con el músico.

Rojo se adelantó unos pasos y se puso a mi lado.

—Vaya… ¿También la conoces?

—No como me gustaría.

—Será mejor que vayamos dentro, no sea que conozcas a alguien más.

11

La llegada de Claudia Miramontes rompió todos mis esquemas mentales. Rojo decidió esperar a más tarde, cuando tuviéramos otro momento de privacidad.

Subimos hasta la primera planta, donde se encontraba el despacho del inspector, y vi cómo dos agentes se llevaban a Miramontes para interrogarla. En algún lugar, no muy lejos de allí, estaría Carla, la chica que había viajado conmigo en el coche patrulla, y recé para que las dos mujeres no se encontraran de frente.

Rojo me metió en su despacho, que permanecía igual que la última vez que lo había visitado: aséptico, con los mismos muebles y con un ordenador tan viejo que me cuestioné si funcionaría.

Me ofreció un vaso de agua y atendió la llamada del teléfono que había sobre el escritorio.

—Sí, estoy aquí… Entendido, te espero —dijo y colgó.

Segundos más tarde, la puerta de la oficina se abrió.

Una mujer de cabello oscuro y mirada de color café entró con varios documentos en la mano. Aunque no iba vestida de uniforme, podía reconocer a una policía a kilómetros. La agente tenía un aire desenfadado. Por su aspecto, intuí que era mucho más joven que Rojo y varios años menor que yo. Llevaba unos vaqueros ajustados, unas botas de tacón y una camisa blanca que marcaba sus brazos. En la parte trasera de su cintura, bajo el pantalón, advertí la pistola. Cuando me vio allí dentro, no pareció agradarle mi presencia. Era la primera vez que la veía y tuve la sensación de que no sería la última.

—Caballero, te presento a la subinspectora Blasco —comentó y cogió los papeles que ella le entregó. La mujer volteó el rostro para estudiarme de nuevo. No parecía estar dispuesta a comenzar una bonita amistad—. Te advierto que es la mejor tiradora del Cuerpo.

—Un placer, subinspectora —dije, mostrando mi simpatía, pero ella ignoró el comentario.

No se lo tuve en cuenta.

Desde los inicios de mi amistad con Rojo, nunca había logrado dar una buena impresión a las mujeres del Cuerpo. Sé que era una cuestión de tiempo que las asperezas se limaran, pero eso no significaba que esa mujer me lo fuera a poner fácil para caerle bien.

Esta vez me prometí no pasarme de la raya.

—Tenemos la testificación de esa chica, Carla Lizón, pero tendremos que repetirla más tarde. Sigue demasiado colocada como para articular una frase coherente —explicó, dirigiéndose a él—. Los compañeros están interrogando a la novia de la víctima.

—¿Claudia Miramontes?

La subinspectora tensó la mandíbula al oír mi voz.

Rojo me miró.

—¿Algo que nos debas contar, Caballero?

—No demasiado. La he conocido esta mañana en el vuelo de Madrid. No sabía que tuviera una relación con el músico.

—Pero la chica que estaba en el hotel…

—Una amante —apostilló la subinspectora—. No me sorprende, la verdad. Es algo habitual en estos círculos. No me gustaría estar en los zapatos de la novia.

—Me pregunto si estará al corriente de las aventuras de su pareja… —dijo Rojo.

Levanté la vista hacia el otro lado de la oficina y vi el encuentro que estaba a punto de acontecer.

Carla abandonaba la sala de interrogatorios acompañada de un agente, cuando se cruzó con la mirada hostil de la modelo.

Conté hasta tres y el Big Bang sucedió.

—¡Zorra! —gritó Miramontes, abalanzándose hacia ella para golpearla, pero un segundo policía la contuvo. Carla Lizón apenas se enteraba de lo que sucedía—. ¡Desgraciada!

—Me temo que ahora sí —comenté, observando el espectáculo.

Rojo se mostró ausente, sin importarle el drama que rodeaba a la muerte del músico y optó por terminar con aquello.

—Blasco, que tomen la declaración de esa mujer y que lleven a la otra al hospital para que le hagan un lavado de estómago o lo que tengan que hacerle para que espabile… —ordenó, señalando la escena con el mentón—. Que ninguna de las dos abandone la ciudad en las próximas horas. De momento, hay mucho trabajo por delante.

—Entendido. ¿Y él?

Los cuatro ojos se giraron hacia mí.

—Ya me encargo yo.

—Ha sido un placer, subinspectora.

—Le mantendré informado —respondió, indiferente, y abandonó el despacho. Vi cómo la subinspectora se acercó a las mujeres y la discusión desapareció al instante. No logré oír lo que les dijo, pero bastó para que les cambiara el semblante.

—Tiene carácter —comenté, observando el espectáculo.

—Es buena. De lo mejor que ha pasado por aquí últimamente —respondió el inspector y estudió mi expresión—. No te molestes en intentarlo. No eres su tipo.

—¿Qué? No, no, sólo pretendía ser amable —respondí, aunque no le convencieron mis palabras. Rojo sabía que me gustaban los retos—. ¿Qué quieres decir con que no soy su tipo?

—Os conozco de sobra a los dos.

—Lo digo en serio. No estoy interesado en más policías.

—Además, sale con alguien.

—¿Desde cuándo ha sido ese un problema?

Rojo dio un respingo.

—Desde que ese alguien es una mujer, ¿entendido? —aclaró, desarmándome en segundos. En ese caso, debía darle la razón. Mis posibilidades eran nulas. Rojo dio un vistazo a los documentos que le había entregado la subinspectora y regresó a mí—. Ahora explícame desde el principio qué hacías en esa habitación. Conociéndote, es mucha coincidencia.

—Las casualidades existen.

—Deja de repetir esa chorrada antes de que me cabrees de verdad —contestó con un tono molesto que me obligó a colaborar. No quería enfadarlo—. Mira, te lo voy a dejar claro. No estamos acostumbrados a este tipo de casos. Acaba de morir un artista y eso tiene mucha repercusión mediática…

—Bueno, eso de artista…

—No me interrumpas —respondió elevando el tono, aunque sin gritar y le hice un gesto de manos para asegurarle de que no repetiría mi impertinencia—. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Que vas a aparecer en las revistas del corazón?

—Sigue así y esta noche dormirás en una cama de cemento.

—Perdona…

Rojo suspiró, harto de mis comentarios.

Ni que se hubiera olvidado de mí, pensé.

—Esto es un marrón de los grandes, Caballero. La prensa se enterará antes de que amanezca y toda la presión caerá sobre nosotros —explicó, preocupado—. En estos momentos no contamos con el equipo suficiente para abarcar una investigación decente. El turismo de la temporada nos tiene saturados. El comisario se nos va a echar encima si no encontramos de inmediato a la persona que ha matado a este tipo. Y si no lo hacemos, enviarán a alguien de Madrid para que se haga cargo del asunto.

—Y no hay nada que te moleste más que tener a los capitalinos metiendo la nariz en tu trabajo.

—No, no lo hay. Esta es mi brigada y mi caso. Hacemos las cosas a mi manera.

Por supuesto que no lo había.

Rojo escondía demasiados secretos allí dentro como para que los de Madrid no cuestionaran sus métodos y su expediente. La llegada de

refuerzos complicaría la vida de todos, incluida la mía.

—Te juro que no tengo nada que ver esta vez. A ella la he conocido de casualidad, pero no ha llegado a aclararme el motivo de su visita. La razón por la que estaba en el hotel era sacar un poco de carnaza para el encargo que me han hecho. Un reportaje relacionado con el grupo…

—¿Tan mal te va que has vuelto a trabajar para otros?

Apreté los nudillos. Rojo estaba de mal humor y eso lo volvía irascible y déspota. Preferí no tomárselo en cuenta. Después de todo, eso es lo que hacen los amigos de verdad.

—Es algo excepcional. La revista Rockódromo ha insistido en que les envíe una pieza sobre la banda y su visita a la ciudad.

—Olvídalo. No vas a escribir basura para esa calaña editorial, me da igual lo que te paguen por ella.

Un pinchazo se produjo en mi pecho.

Detestaba las órdenes.

—¿Desde cuándo decides lo que puedo o no hacer?

—Es una investigación policial. Sé que no harás más que complicarlo todo, y eso me incluye a mí.

—No tengo intención de buscarte problemas. Además, no soy el único que está metido en este reportaje. Si no lo hago yo, se encargará otro.

—¿Otro?

—Jaime Picaporte… Peralta, es el apellido por el que lo conocen —expliqué, a sabiendas de que estaba poniéndole en bandeja a mi némesis profesional—. Es el crítico de la Rolling Stone.

Rojo entornó los ojos y apuntó el nombre en un cuaderno.

—¿Es amigo tuyo?

—Compañero de la facultad. Un listillo.

—Como tú, vamos.

—Más influyente que yo —corregí—, así que te aconsejaría que no lo asustaras. Lleva fatal los desafíos.

—Tranquilo. Sé tratar con los juntaletras… Estáis todos cortados por el mismo patrón. Dime de una vez cómo llegaste a la habitación.

Entonces recordé la escena de las escaleras, a los dos músicos coqueteando con las extranjeras, al compañero de la banda que bebía solitario cargando las copas a la cuenta de la habitación de Ribelles, el encuentro fortuito con ese director de cine.

Mi mente era un nido de interrogantes.

Si le contaba a Rojo la verdad, no tardaría en acosarlos hasta que les diera lo que quería escuchar, y eso no traería nada bueno. Por el momento, Rojo tendría suficiente con dar explicaciones a un superior que ardía nervioso en su despacho.

—He preguntado a unos seguidores que esperaban en la puerta del

hotel —mentí, aclarándome la garganta con el vaso de agua—. Era un secreto a voces. No me cuestiones cómo, pero esa gente lo sabe todo. El problema era que no les dejaban entrar.

—Y tú has conseguido colarte, sin que te preguntaran a dónde ibas.

—Es obvio, ¿no?

Rojo volvió a leer los papeles por encima. Cuando intenté ver qué había escrito en ellos, los apartó de mi vista y resopló. Después sacó un bolígrafo y un bloc de notas.

—Apúntame tu número de teléfono. Necesito tenerte localizado.

—Después de tantos años, ya era hora de que me lo pidieras… —dije y escribí las nueve cifras—. Ahí tienes.

—Será mejor que te vayas a casa. Tengo una lista de personas a las que interrogar y un montón de mierda de la que deshacerme antes de que la situación se vuelva más turbia. Hazme un favor, apártate de las cámaras y de ese artículo. Te lo digo como amigo y como policía.

—Pero, Rojo…

—Gabriel, nunca te he pedido nada y me debes unos cuantos favores.

—Estás exagerando. Puedo serte de gran ayuda.

—Seguro que encontrarás otra pieza que escribir. Además, ¿desde cuándo sabes tú algo de música rock? Lo tuyo es el jazz ese de trompetitas y saxofones… Deja el tema para los profesionales.

—No es justo…

—No me hables de justicia, Caballero —respondió, abrió la puerta y me indicó la ruta—. Ahora, si me permites… Tengo mucho que hacer.

A pesar del malestar, el inspector tuvo la decencia de despacharme de allí con educación, un detalle que aprecié con disgusto. Antes de abandonar la comisaría, me giré para hacerle una pregunta.

—¿Dónde te has metido en estos meses? Pensaba que…

Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Se llama excedencia… y no me había pedido una en los últimos veinte años. Buenas noches, *amic meu*.

La puerta se cerró en mis narices, dejando el cristal opaco frente a mis ojos y la silueta borrosa del inspector al otro lado del vidrio.

Eché un vistazo al entorno, pero las mujeres habían desaparecido de allí.

Con un sentimiento amargo, salí de la comisaría sopesando las palabras de mi amigo e intentando comprender su preocupación.

¿Qué temía para mantenerme alejado de mi trabajo?, me cuestioné sin demasiado éxito.

Cuando alcancé el exterior, la calle estaba oscura, tranquila y desierta. Caminé hasta Oscar Esplá con la intención de parar un taxi que me llevara de vuelta a casa, pero el silencio de la noche no daba

señales de que pasara algún vehículo cerca. Dispuesto a marcharme dando un largo paseo, noté unas pisadas que se aproximaban por detrás a gran velocidad.

Di media vuelta y la vi, ahogada en el desasosiego, acercándose a mí.

—¡Espera! —exclamó Claudia Miramontes—. Necesito hablar contigo.

Me sorprendió que deseara hacerlo de nuevo, después de cómo me había tratado, pero no rechacé la oportunidad.

—Eres un mar de contradicciones, mujer.

—Por favor, será un minuto —dijo, metió la mano en el bolso y sacó una cajetilla de cigarrillos. Se puso uno en los labios y lo encendió temblorosa. Después dio una larga calada y exhaló el humo hacia arriba—. ¿Quieres uno?

—No, gracias —dije, apartando el paquete con la mano—. Eso te va a matar.

—Muy gracioso.

—Pero me puedes invitar a una copa.

Ella se quedó pensativa, como si le hubiera gastado una broma. En unos segundos entendió que no era así.

—Está bien. Vayamos al bar de mi hotel.

«No lo hagas, no te metas en más líos».

—No creo que sea una buena opción.

Ella se rio, dio una segunda calada y miró hacia otra parte.

—¿Piensas que soy tan ingenua de alojarme en el mismo hotel que Ricardo? —preguntó con desprecio—. No soy esa clase de persona.

La tentación me pudo.

Sabía que no debía acompañarla, pero su mirada, la impostada seguridad y el aura misterioso que desprendía conquistaron mi curiosidad. Le di la razón a Picaporte. Los lobos viejos nunca cambiaban en según qué aspectos.

—Está bien, pero sólo una copa.

—Ni en tus sueños llegarías a algo más.

12

Durante el breve trayecto no cruzamos palabra. El taxi nos dejó frente al plaza de Canalejas, a escasos metros del comienzo de la explanada. Entendí que la misteriosa modelo no escatimaba en lujos cuando me indicó la localización de su hotel. Casa Arberola había sido siempre un distinguido edificio de carácter neoclásico, con ventanales de estilo árabe, asociado a la alta burguesía de la ciudad. Desde hacía unos años, la cadena Hilton lo había convertido en un hotel, manteniendo el aspecto original de la construcción. Un edificio coqueto, de lujo y perfecto para despertar con el desayuno en la cama, disfrutando de las vistas que daban al puerto.

No me sorprendió que se hospedara allí.

El bar, sin embargo, me decepcionó. No es que yo fuera un asiduo de los bares de los hoteles, pero los había visto con más estilo.

Nos acercamos a la barra, decorada por unas piezas rectangulares de madera, y puse atención a la vegetación que cubría las paredes. Blanca se sentó en un taburete de terciopelo verde y yo apoyé el cuerpo en la superficie de la barra, sin tomar asiento. Era tarde cuando llegamos, así que debía darme prisa y dejar los rodeos si quería sonsacarle el motivo de su visita.

—Un gin-tonic, por favor —dije, y ella negó con la mano.

—No seas tan predecible. Parece que no hayas probado otra cosa en tu vida.

—¿Qué tiene de malo? Soy un hombre de costumbres.

Ella rechazó la comanda moviendo la cabeza.

—Dos Cosmopolitan, si es tan amable —ordenó y giró el cuerpo hacia mí—. Me lo agradecerás más adelante.

—¿Eres siempre tan mandona? ¿O sólo conmigo?

El barman agitó la coctelera y sirvió el primer combinado en una copa triangular de cristal y le dio el toque final poniendo una corteza de piel de lima. Ella no esperó a que llegara mi bebida y dio el primer trago. Puse atención a su actitud, fría y distante, como si intentara ocultar el dolor por la pérdida de su pareja. En el fondo, quería parecer fuerte, indiferente a la situación. Estaba entrenada para ello, era parte de su oficio, aunque me hubiera gustado decirle que no tenía que fingir delante de mí. No me importaba quién fuera, ni lo que hiciera con su vida, sino cómo se comportaba conmigo. Pero sospeché

que Claudia Miramontes estaba acostumbrada a que la juzgaran desde el primer minuto de su llegada.

—Es una noche extraña.

—No hace falta que lo jures —respondí y procedí a beber de mi copa, que ya estaba servida. El primer trago me supo a desinfectante. El vodka y yo no éramos buenos amigos—. Quién me iba a decir esta mañana que nos volveríamos a encontrar aquí, en estas condiciones…

La mano de Claudia se acercó a mi antebrazo y lo apretó con firmeza.

—Necesito tu ayuda, Gabriel.

—Me gustaría echarte un cable, pero…

—Es sobre Ricardo.

Sus ojos clamaban auxilio. Vi el grito de socorro en el interior de sus pupilas. Aparté la mano, lamentando no poder ayudarla.

—Creo que te has equivocado de persona. Deberías hablar con la policía.

—Ni siquiera me estás escuchando.

—Sé por dónde vas. No es la primera vez que me piden algo así, ni tampoco la primera ocasión en la que accedo sin pensar en las consecuencias. Lo siento, no es por ti.

No le gustó mi respuesta. Estaba acostumbrada a que le dieran la razón.

—He leído sobre ti. Sé que eres un buen periodista y que has ayudado a la policía en sus investigaciones.

—Por eso mismo, mujer… Eso era antes. Ahora me dedico a… qué se yo.

—A Ricardo lo han matado por celos. Estoy convencida de ello.

El vodka me golpeó la cabeza, más rápido de lo que imaginé. Dejé el cóctel en la barra antes de que causara estragos en mi organismo.

—¿Sospechas de alguien? ¿Te comentó algo?

—No, pero lo conocía bien.

Por desgracia, había oído esa explicación tantas veces que me costaba entender los motivos que tenía para seguir confiando en la persona que le era infiel. En cualquier caso, no podía permitirme socorrer a alguien que, sin conocer los motivos, estaba dispuesta a llevarme a su terreno para utilizarme.

—Te pondré en contacto directo con el inspector que dirige la investigación. Habla con él, cuéntaselo todo y eso ayudará a que encuentren a quien lo ha hecho. Es eficaz resolviendo esta clase de asuntos.

—Eso no pasará. Ricardo era un buen tipo, un trozo de pan, pero estaba rodeado de tantos problemas que hallarán cualquier motivo para justificar su muerte.

—Te recuerdo que lo han encontrado con una chica en la

habitación. Cuando se recupere, aclararán qué ha pasado para que se golpeara la cabeza. En el estado en el que estaban, pudo suceder cualquier cosa… Créeme, sé de lo que hablo.

La expresión de la modelo se encogió. Ahora me miraba con furia.

—No me crees.

—Carezco de razones para hacerlo. No descartemos el accidente.

—Llámalo por su nombre, tú estabas allí y sabes que ha sido un asesinato.

—No puedo asegurarte tal cosa, aunque debo reconocer que me ha sorprendido un detalle.

—¿Cuál?

—Había leído que Ricardo estaba limpio, ya me entiendes, que ya no consumía nada…

—Y así era. Yo insistí a la mánager para que ingresara en esa clínica —respondió—. Lo que esa fulana se metiera en la sangre, no era su responsabilidad.

Me guardé el resto de los detalles. La mujer no estaba al corriente del estado en el que había encontrado el cadáver. El abanico de posibilidades por cómo esa jeringa terminó en su brazo era infinito. Recaer en una adicción tan dura, resultaba sumamente fácil. No quise hundirla más de lo que ya estaba.

Su cuerpo rígido comenzaba a mostrar señales de fragilidad. Hablar de ello la volvía sensible y sentimental.

—¿Desconfías de alguien?

—No lo sé… pero tengo claro que esa arpía ha conseguido lo que quería. Ahora podrá controlarlos a su antojo… y, ¿sabes qué?, no serán lo mismo sin Richi. Están acabados. Ha cavado su propia tumba.

—¿De quién hablas ahora?

—De Mariela. Por Dios, no me puedo creer que me refiera a él en pasado. Esto es una pesadilla.

—¿Existían tensiones con su mánager?

Con los ojos humedecidos por las lágrimas, Claudia Miramontes dio un largo trago al cóctel hasta vaciar la copa. Después se puso en pie y me sonrió.

—Pregúntaselo a ella. Él ya no puede responderte.

—¿Saldré de dudas?

La modelo dejó el taburete a un lado e inició el paso hacia el vestíbulo del hotel.

—Empezarás a creer en mí.

Los sugerentes andares me hipnotizaron. A Claudia Miramontes le gustaba sembrar la intriga para despertar la curiosidad ajena. Su cuerpo caminó hasta la puerta del ascensor y desapareció cuando las compuertas se cerraron. Me cuestioné qué habría significado aquel teatro y si, de verdad, tenía interés alguno en demostrar que su novio

había sido víctima de un ataque.

El carraspeo del barman me sacó del ensueño. Me volteé hacia él y comprobé que estaba esperando a que me acercara.

—Estamos cerrando el bar —comentó.

Di un sorbo más al cóctel y lo dejé sobre la barra.

—Sí, ya me voy.

—¿Señor?

—¿Qué sucede ahora?

Sus ojos se dirigieron a las dos copas vacías.

—Son treinta euros.

«Menudo gol te ha colado, idiota».

Inflé los pulmones, saqué la billetera a regañadientes y le ofrecí mi tarjeta. Miramontes había sido más lista que yo, largándose sin abonar la cuenta y ocultando el número de su habitación. Debía andarme con ojo. Los tontos como yo eran los que pagaban sus facturas, pero no los que conquistaban su atención. Me pregunté a cuántos más le habría gastado la misma broma.

Guardé el recibo del pago en el bolsillo del pantalón y salí de allí.

Cuando llegué al exterior, intenté detener a varios taxis, pero todos ellos se desviaban antes de acercarse a mi calle. Levanté la vista hacia lo alto de la fachada del hotel y me fijé en la luz que había tras los ventanales de una de las habitaciones.

Suspiré molesto.

Tal vez debiera deshacerme de esa estúpida idea sobre las casualidades, me dije, y subí la calle para dirigirme a mi casa.

13

Una noche larga de insomnio, de una humedad pegajosa que se colaba por la ventana y se adhería a mi piel como una babosa. Una noche de pensamientos extraños, dándole vueltas a las imágenes que perduraban en mi retina, en el cadáver de aquel músico y en la expresión de Carla Lizón, desinhibida, débil y acurrucada en la bañera.

Después de varias horas luchando contra los vaivenes de la razón, logré relajarme unos minutos, pero la sofocante temperatura de la madrugada no fue la única culpable que me impidió acariciar el sueño.

Claudia Miramontes también tuvo una parte de la responsabilidad.

Desperté bajo los primeros rayos del amanecer y con el desasosiego por no haberme dormido del todo. Un estado extraño que me removió por dentro. Pocas sensaciones eran peores que aquella.

Con el rostro hinchado y con la lengua reseca, me fui directo a la ducha, sin pensar en las consecuencias al abrir el grifo de agua fría sobre mi cabeza. Necesitaba despejarme, aclarar las ideas y poner en consonancia unos acontecimientos revueltos y sin coherencia desde mi llegada. ¿Qué me estaba pasando?, me pregunté, con los ojos abiertos y empapados bajo el grifo de la ducha. La falta de descanso provocó que mis recuerdos de la noche anterior fueran imperfectos. Guardaba lagunas en la memoria. Había olvidado algunas conversaciones.

Salí de la ducha, agarré la tolla y me mudé con ropa limpia para recuperar la decencia. El olor a suavizante que desprendía la camisa me hizo sentir menos miserable. Después me acordé de Rojo y de sus palabras. Rara vez me pedía un favor y yo no quería faltar a nuestra amistad. Sin embargo, una fuerza tan poderosa como el campo magnético de un agujero negro, me arrastraba hacia los dos problemas que tenía delante: ayudar a esa mujer sin que mi reputación periodística se viera dañada. En cierto modo, ambas cosas estaban relacionadas entre sí, pero la única razón para renunciar a ellas seguía llevando la cara del inspector de policía.

Ser o no ser, esa era la cuestión, me dije, haciendo referencia a la famosa cita shakesperiana y añadiendo mi toque particular.

«Ser o no ser lo que fuiste una vez y lo que no volverás a ser».

Poner la amistad por encima de todo, aunque ese todo también

significara el interés propio por trascender. Una decisión difícil de tomar sin traicionarse a uno mismo. De nada servía darme golpes en el pecho para después faltar a mi promesa. Hiciera lo que hiciera, tenía que estar convencido de que era lo correcto, aunque no lo mejor, sin remordimiento alguno.

Cuando estaba parado ante la ventana del salón que daba al exterior, el teléfono móvil me asustó con una potente vibración. La insufrible melodía comenzó a sonar más y más fuerte.

Agarré el aparato y descolgué.

—¡Te doblo la oferta, Caballero! —exclamó la voz de Ricarte, antes de que tuviera tiempo a responder. Me hubiese gustado preguntarle qué desayunaba para tener tanta energía a primera hora de la mañana —. ¡Cuatro cifras!

Cuatro cifras sugerían más de lo que realmente podían ser. El espectro era amplio: desde mil a nueve mil euros. En cualquier caso, un número impensable para un periodista musical.

—Ni siquiera me dijo cuál era la oferta inicial.

—Vamos, Caballero, ¿acaso crees que no me he enterado? — preguntó, chasqueando la lengua con frecuencia y, aunque no le ponía rostro, lo imaginé babeando como un perro pachón al otro lado del teléfono—. Es la noticia del año. Una estrella del rock aparece sin vida en su habitación de hotel con una grupie dentro y nadie sabe qué ha ocurrido… ¿Has empezado ya a escribir la historia? Supongo que te habrás informado de los detalles…

—Para empezar, un poco de respeto por esa chica. Tiene un nombre y estaba en su derecho de…

—Que sí, que sí, lo que tú digas. Haz magia con tus palabras y yo me encargaré del resto. ¿Qué dice la banda?

—Esteban, no he dicho que haya aceptado su oferta —contesté y sentí cómo su corazón se congelaba, dejando el último latido en el aire —, todavía.

—¿Qué significa eso?

—Que no lo voy a hacer. No puedo, ya me ha oído bien claro.

—¿Otra vez con esas? Levanto el teléfono y salen cinco como tú.

—¿Y a qué espera para llamarlos, Ricarte? —cuestioné sin vacile. Su actitud era deleznable. Los dos sabíamos que ese hombre me quería a mí y a nadie más, pero no le iba a dar tal placer—. Búsquese a otro.

—¿Me estás tomando el pelo? Te doy mil quinientos, ¿qué más quieres de mí?

—Nada, eso es lo que pido. Lo siento, Ricarte, otra vez será. Este asunto me queda grande.

El hombre dio un bufido de desagrado y chasqueó la lengua una vez más.

—No, si al final Peralta tenía razón cuando llamó para decir que

no estarías a la altura de las circunstancias, que eras un ignorante de la escena musical y que estábamos perdiendo el tiempo con un articulista tan pobre como tú… Lo que más me fastidia es que me aposté el dinero con ese cretino y voy a tener que pagarle.

—¿Cómo ha dicho?

—Que sí, pero que está bien. Estas cosas van así.

—¿Jaime Picaporte dijo eso sobre mí?

—Eso, eso… no. También dijo que eres un huelebraguetas.

Aguardé unos segundos con el teléfono en la mano.

La sangre me hervía, el corazón me estallaba.

Mi cabeza sólo podía pensar en una cosa.

Apreté los dedos con saña mientras mi pecho se hinchaba como el de un pavo real.

Conté hasta tres, luego hasta cinco y finalmente hasta diez.

Podía ser de todo en esta vida, excepto una sola cosa. Gabriel Caballero no era un huelebraguetas.

—¿Sigue ahí, Ricarte?

—Por supuesto —dijo la voz, ahora apaciguada, expectante a que le diera un resultado final.

—No le dé ni un céntimo a ese tirano —respondí, señalando al aire con el índice de la mano que quedaba libre—. Escribiré ese artículo y demostraré a toda España que no sólo estoy preparado para hacer este trabajo, sino que voy a dejar a Picaporte a la altura del betún.

—¡Olé tú! —exclamó al otro lado del aparato, aplaudiendo y, por un instante, sentí que estaba charlando con un tabernero—. ¡Así se habla, sí señor! ¿Cuándo me mandas la primera pieza? Me muero de ganas por leer algo ya…

—¿Y los mil quinientos? —pregunté y el éxtasis se apagó de pronto.

—Ah, eso… Bueno, todo es hablarlo. Puede que me haya alterado un poco de más… En realidad, podemos empezar con quinientos y luego vemos…

—Mil por adelantado o no hay trato.

—¡No tengo ese dinero!

—No hay trato.

—¡Está bien, está bien!

—Demonios, que luego Hacienda se lleva una tajada…

—Me va a tocar rogarle al sursuncorda… ¡Vale, lo acepto!

—Hay una condición más.

—Que no sea dinero, chico.

—El artículo saldrá tal y como yo lo escriba. Sin modificaciones.

El hombre aguardó unos segundos al otro lado de la línea. Por encima del dinero, esa era la condición que más incomodaba al subdirector de la revista. Sin modificaciones posteriores, no habría

sensacionalismo sino periodismo de calidad. Y la ética y Ricarte no eran buenos amigos.

En caso de que faltara a su palabra, tendría cubiertas mis espaldas antes de acabar demandado por terceros.

—Tú ganas —aceptó, rendido y ansioso por terminar la conversación—. Ahora, trabajas para mí, así que mueve el culo y escribe el maldito artículo. En breve te llegará el adelanto.

Ricarte colgó y no supe muy bien con qué gusto terminó nuestro encuentro telefónico.

Me sentí conforme con lo decidido. Había hecho lo correcto para mí y para Rojo. Ahora, sólo tenía que realizar el trabajo sin meterme en sus asuntos. Sabía que no resultaría fácil, pero estaba dispuesto a cumplir con mi palabra.

Salí a la calle, crucé al otro lado de la avenida y bajé por la cuesta hasta que llegué al bar Guillermo para almorzar. A esas horas y en pleno verano, la clientela del bar era reducida. Pedí un café solo doble, media tostada con tomate rallado y jamón ibérico y el periódico de la mañana.

El camarero me entregó un ejemplar del diario Información y pegué un vistazo a los titulares con el fin de encontrar algo relacionado con lo ocurrido la noche anterior.

—Aquí va el café.

—Gracias —dije, di un sorbo y las noticias de la televisión desviaron mi atención del papel.

«Una joven ha aparecido ahogada esta madrugada en la playa del Postiguet de Alicante. La Policía ha abierto una investigación para esclarecer la causa de su muerte…».

Al oír a la presentadora, me atraganté y, como un aspersor de riego, expulsé el café sobre las páginas.

—¡Por Dios! —exclamó el empleado.

Un nudo en el estómago me dejó sin apetito. Cerré el diario, me disculpé por lo ocurrido y salí a la calle para realizar una llamada.

«Cógelo, por favor, cógelo».

—¿Sí? —preguntó el inspector al otro lado.

—Soy yo.

—Ya sé que eres tú. ¿Qué diablos quieres ahora, Caballero? Estoy muy ocupado.

—Dime que no es ella.

—¿Te refieres a la chica ahogada?

—Sí. Dime que no es Clara Lizón.

—Te mentiría en ese caso.

14

La noticia me conmocionó. Me sentí culpable por la muerte de esa chica.

Ahogada en la playa. Repetí la frase en silencio hasta tres veces.

No lo podía creer.

Demasiado accidental.

Rojo me daría todas las respuestas que buscaba.

Regresé a casa a por el coche y atravesé la ciudad conduciendo por las avenidas que conectaban con la Comisaría Provincial. A esas horas de la mañana, el tránsito era rápido y las calles aún seguían vacías. Los juerguistas de la noche anterior agonizaban en sus camas a la espera de un milagro que los resucitara, de un arroz con bogavante y una jarra de sangría que les devolviera las ganas de sonreír. No existía mejor remedio que aquel para combatir una resaca veraniega.

De camino al recinto policial, me detuve en uno de los semáforos de la avenida de Alfonso X El Sabio y no obvié la presencia de uno de los muchos carteles que promocionaban el festival musical. Mientras esperaba, de un vistazo comprobé en el teléfono los titulares de la mañana. Los diarios no decían nada relacionado con la catástrofe, pero las redes sociales echaban humo, corriendo rumores sobre la muerte del batería de los Desmembrados. Algunos usuarios habían colgado fotografías en las redes sociales donde aparecían los agentes de policía llevándose el cadáver de Ribelles en una camilla por la parte trasera del hotel. El ciberespacio permitía que cualquiera pudiera compartir lo que veía con sus ojos, si quería hacerlo. Y eso, en ocasiones dificultaba el trabajo de los demás.

Lo que más me extrañó de todo era que, después de lo ocurrido, la banda no hubiese enviado un comunicado oficial. Los números se vendrían abajo y la decepción sería rotunda, pensé. La desgracia no sólo afectaba al grupo, que perdía a su miembro más carismático, sino que destrozaría la organización del festival, las reservas hoteleras y el ánimo de miles de seguidores que esperaban con ansias el evento. Sin Ribelles, no habría concierto y, sin espectáculo, sería la ruina para todos. Recordé las palabras de Claudia Miramontes y sus acusaciones directas sobre la mánager del grupo.

Desde mi punto de vista, matar a la mano que le daba de comer era un completo error.

Pero, ¿quién era yo para dictar una sentencia tan rápida?, me cuestioné.

Había aprendido que, entre la vida, la muerte, el odio y el amor, existía un largo espectro de decisiones, que rara vez tenían relación con la lógica.

* * *

Mi llegada en el descapotable rojo no pasó desapercibida para los dos policías que custodiaban la entrada principal de la comisaría.

Aparqué entre dos coches y reconocí la figura de mi amigo en el bar que había frente a la fachada del edificio policial. Bajé del vehículo, caminé hacia el local y, al abrir la puerta, un fuerte olor a tortilla de patatas y churros me llegó como una bolsa de aire denso.

—¿No podíamos hablarlo por teléfono? —preguntó el inspector, apoyado en la barra, con una taza de café en la mano. Tenía un aspecto lamentable, unas profundas ojeras y los ojos inyectados en sangre—. ¿Has desayunado?

—Me vendrá bien otro café —dije y el camarero tomó nota de mi comentario. Después me acerqué a la superficie de zinc y me apoyé en un taburete de madera. Al fondo, en las mesas y repartidos por la barra, vi a otros funcionarios y agentes uniformados con sus desayunos, con la comidilla de la jornada, ajenos a lo que sucedía, aclimatados a las desgracias de cada día.

Sin embargo, las personas decentes nunca se acostumbran a las malas noticias.

—¿Has visto esto? —pregunté, mostrándole las imágenes en la pantalla del teléfono—. La gente está preocupada y se está haciendo preguntas.

—Puede cuestionarse lo que quiera. ¿No ves que no tienen nada que hacer? Es verano. Los bulos son carnaza para matar las horas… Todo a su tiempo, escritor.

—¿Cómo ha ocurrido lo de esa chica, Rojo? Se supone que la llevasteis al hospital a que le hicieran un reconocimiento…

—Se escapó —contestó, frío, sin emoción alguna—. Despistó a las enfermeras y se largó. Eso es todo… y no me extraña. Se daría cuenta del marrón en el que se había metido. Los vigilantes no la vieron marchar.

—¿Lo hizo sola?

—Todo lo que sé, ya lo has visto en la televisión. Los hospitales no son prisiones de máxima seguridad.

—¿No tenía ningún guardia con ella?

—¿Tú qué crees? No era la hija de un jeque árabe… —comentó, esta vez con un tono herido, y comprendí que le había afectado más de lo que pretendía mostrar. Rojo, para variar, se escondía en una coraza férrea, difícil de romper. Pero los años me habían enseñado a comprender que a él también le afectaban las malas noticias—. En fin, una desgracia. Era la única testigo que teníamos para aclarar lo ocurrido con ese músico.

El café llego a la barra. Le di un sorbo y pregunté:

—¿Crees que lo mataron?

—Eso parece —dijo, desairado. Sospeché que empezaba a cansarse del asunto, antes de haber comenzado con él—. Nuestras pesquisas se confirman, pero todavía es pronto hasta que tengamos la autopsia oficial. Barajábamos la posibilidad de que se hubiera caído y golpeado contra algo, pero no había rastro de que fuera así por ninguna parte… Sinceramente, lo hubiese preferido. Nos habríamos ahorrado un montón de follones.

—Pero lo mataron.

—¡Que sí, *collons*! —exclamó, cansado de mis reiteraciones—. Aunque la autopsia tardará en llegar. Parece que le golpearon la cabeza con algo contundente. Es decir, que le dieron una buena sacudida. El impacto fue tan certero que ni siquiera tuvo ocasión de defenderse.

—Eso cambia los planes.

—Los tuyos no, los míos sí. Ya te lo dije ayer. No seas una mosca cojonera.

Ignoré sus palabras.

—¿Qué hay de los demás miembros del grupo?

—Les tomamos declaración anoche. Todos estaban en el hotel, tienen coartada y nadie los vio entrar en la habitación.

«Todos, todos… no… y nadie, nadie… tampoco».

—¿Sospechosos?

Rojo me lanzó una mirada agresiva. Le molestaba mi interrogatorio.

—Unos cuantos. No descartamos que algún seguidor con la cabeza hueca se colara en el hotel y la tomara con él. Así como hiciste tú. No todo es amor lo que se respira en Intenet. Al parecer, ese Ribelles tenía la entrepierna muy suelta, ya me entiendes…

—¿Celos?

—¿Quién sabe? Tú tienes algo de experiencia en eso.

Ignoré de nuevo su ofensiva.

—¿Y qué hay de la novia?

Rojo inclinó la cabeza. Agarró un mondadientes y se lo puso en la boca.

—No lo sé, dímelo tú.

—Muy gracioso… —comenté y cambié el rumbo de la conversación—. Esa chica, Carla Lizón, mencionó algo cuando la encontré en la bañera, aunque no comprendí a qué se refería. Comentó algo sobre unos galopes…

—Eres más pesado que un burro. Anoche esa muchacha voló más alto que un Boeing 747. Cualquier coincidencia es fruto del delirio.

—Es evidente que estaba presente cuando mataron al músico.

—¡Carajo! ¿Has desayunado lengua esta mañana? Tus preguntas me saturan.

—Lo que me descoloca es que la banda no haya abierto la boca. ¿No crees que están esperando demasiado? Los rumores corren como la pólvora.

—No tardarán en hacerlo, hay demasiado en juego para todos. Les pedimos veinticuatro horas y se comprometieron a guardar silencio. Pero, sí, tienes razón. Se va a liar una movida bien gorda, Caballero.

—¿Y no te preocupa?

—¿El qué?

—Que la única persona que estaba con él muriera ahogada en la playa, de manera fortuita, a las pocas horas de encontrar el cadáver del batería —contesté, rascándome la barbilla y sentí la barba de varios días rasgando las yemas de mis dedos—. No sé, pero tengo la sensación de que la persona que mató a Ribelles se olvidó de ella y regresó para silenciarla.

—Por desgracia, esa muchacha no necesitaba ayuda para desaparecer… —comentó, atento a la pantalla que había en una esquina, en lo alto, y, antes de que continuara con mis preguntas, le pidió al camarero que subiera el volumen—. Ahora, calla. Quiero escuchar lo que dicen.

Por la pantalla emitían uno de esos programas matinales que hablaba de actualidad. Un clásico de las parrillas televisivas de los veranos, ya que no había mucho que contar y la mayor parte del contenido se basaba en recetas de cocina, visitas a las playas de España y tertulias sobre las vacaciones de los famosos.

La conocida presentadora Lozana Viso hizo un paréntesis para hablar del evento que estaba en boca de todos los habitantes de la capital levantina. Pero Rojo puso todavía más atención cuando las imágenes no se correspondieron con la jovialidad del agosto alicantino, ni con las fotografías de Tabarca o Dénia. Los bulos de las redes habían llegado al canal de máxima audiencia. El cuerpo de Ribelles, en una camilla y cubierto por una manta térmica, salía por la

puerta trasera del hotel.

«Una noticia trágica para los aficionados a la música rock. Anoche, en Alicante, agentes de la policía sacaban por la puerta trasera de un conocido hotel al famoso batería Ricardo Ribelles. Las imágenes, tomadas por aficionados que esperaban a la banda en las inmediaciones del hotel, han corrido por las redes sociales, generando un estado de incertidumbre sobre el futuro de la formación y del multitudinario concierto que se celebrará mañana sábado. Los agentes del Cuerpo Nacional de la Policía han abierto una investigación para aclarar lo ocurrido. Por su parte, la banda Desembrados, acompañada de su mánager y representante Mariela Pardillos, están dando una rueda de prensa en estos momentos para aclarar el futuro de la banda».

De pronto, las imágenes cambiaron al lugar en el que se estaba emitiendo el comunicado. Reconocí el recinto junto al puerto, no muy lejos del hotel. Los tres miembros restantes posaban en una mesa alargada frente a sus micrófonos, vestidos como auténticos roqueros, con los ojos cubiertos por las gafas de sol y la triste expresión de haber perdido a un ser querido. En el centro, como portavoz, la mujer que me había echado de los estudios de televisión tomaba el mando de un comunicado.

—La tragedia de anoche nos ha conmocionado a todos… —comentó la representante con voz alicaída, mostrando un semblante serio y triste—. Richi ha sido, es y será un pilar importante de esta banda y nadie logrará reemplazar su ausencia… En nombre de los integrantes, quiero comunicar que el grupo ha decidido seguir adelante y realizar el concierto que tendrá lugar mañana en la plaza de toros, por él, por el *rock and roll* y por los miles de fans que se han desplazado hasta esta ciudad para ver la actuación en directo que tenía preparada. Sabemos que Ricardo, allá donde esté, apoyará esta decisión… Somos conscientes de que hay poco tiempo, pero ya nos hemos puesto en marcha para encontrar un músico profesional que esté a la altura del espectáculo. No sabemos qué futuro deparará a la formación, pero el tiempo dirá después de este concierto. Espero que respetéis la decisión y gracias a todos por el apoyo.

El micro se cerró. Los periodistas se abalanzaron a preguntas, los destellos de las cámaras de fotos alumbraron a los integrantes y estos se levantaron de sus asientos para abandonar la sala.

Rojo se quedó pasmado mirándome a la cara.

Su expresión hablaba por él.

—Esto se complica —comentó, casi sin palabras.

—Reconozco que tampoco lo esperaba.

—Será mejor que vuelva a la oficina.

El inspector entregó un billete de cinco euros al camarero y se dispuso a marcharse.

—¡Espera! ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Que qué voy a hacer? Mi trabajo, encontrar a la persona que me está jodiendo el verano. Es para lo que me pagan.

—¿Qué pasa conmigo?

—No me hagas reír… Ya te lo he dicho antes —señaló y entornó los ojos—. Ahora, más que nunca, mantente alejado de esta historia y olvida ese reportaje. Ya tengo suficientes problemas con la prensa. No me obligues a quitarte de en medio.

15

Rojo me ocultaba información. Me creyera o no, pensé que estaría ocupado lidiando con las presiones del entorno. Las explicaciones no tardarían en llegar a su despacho.

La muerte de una estrella era de lo más habitual en el panorama musical. Las celebridades, al fin y al cabo, no son diferentes al resto de mortales que las rodeamos. Los medios de comunicación, las campañas de publicidad y las leyendas mitológicas se encargan de que ciertos seres, quizá con más dotes y talentos que otros, se transformen en dioses de lo divino y juglares del entretenimiento. Pero la audiencia, igual que adora, termina detestando y echando a la basura todo aquello que envejece sin gloria. Y tarde o temprano, alguien cae en el arrecife de la fama, emborrachándose de inmortalidad hasta ahogarse en sueños rotos.

De no haber sido asesinado, Ribelles habría tenido una bonita historia en los obituarios, varias biografías póstumas y un documental en la gran pantalla.

Por mi parte, tampoco se lo había contado todo al inspector. No le iba a hacer gracia que tomara ese trabajo. Acabaría enterándose, pero las facturas no se pagaban solas y mi carrera sufría uno de esos valles profesionales de los que rara vez nos recuperamos.

La primera idea fue regresar al hotel Meliá y buscar al empleado que había huido al verme. Un botones, ¿cuántos de ellos habría? Encontrarlo no sería complicado. Tenía algo de tiempo mientras la banda siguiera ocupada con la prensa y eso me daba margen respecto a Picaporte. Con suerte, si la policía no seguía custodiando la habitación, podría regresar a la escena del crimen para encontrar algún detalle revelador.

Pero sólo con suerte.

Y aquel verano no estaba teniendo mucha.

El segundo paso sería dirigirme a la mánager del grupo. La conversación con Claudia Miramontes me había dejado inquieto, y sólo por el hecho de deshacerme del desasosiego de su mirada clavada en mi sien, iría a hablar con esa mujer.

De ese modo, tendría información suficiente para redactar el reportaje y entregárselo a Ricarte. Comencé a pensar que aquel trabajo era pan comido.

El viento cálido de la mañana me azotaba de frente al volante de mi descapotable. Las altas temperaturas habían provocado un manto de nubes en el cielo que amenazaba con lluvia, aunque el pronóstico meteorológico de mi teléfono móvil indicara lo contrario. Bordeé la carretera del ensanche, me incorporé a la avenida de Loring y pisé el acelerador para no detenerme ante el semáforo, llamando la atención de los transeúntes que paseaban por la calzada que rodeaba el puerto.

Entonces, el teléfono vibró, el saxo de Coltrane se detuvo y el manos libres saltó por los altavoces.

«Otra vez, no, por favor».

—¡Caballero! ¡Espero que estés moviendo tu brillante trasero para conseguir una primicia! —bramó Esteban Ricarte al otro lado del aparato. Alargué el brazo hasta la rueda de volumen y la giré para que la voz de ese hombre no me torturara—. ¡Dime que sí!

—¿Has conseguido mi dinero? —pregunté en voz alta para que me oyera sin dificultad—. No *money*, no trabajo.

—¡Maldita sea, sí! ¡Acabo de hacerte la transferencia! ¿Es que sólo piensas en la pasta? ¡Sois todos iguales!

—Lo he aprendido de ti, Ricarte. Quiero que me envíes el contrato firmado, por correo. Sólo así tendrás mi palabra.

—¡Está bien, está bien! —exclamó, después pareció apartarse del teléfono y sentí cómo le daba una orden a alguien que había con él—. En unos minutos lo tendrás. Ahora, vamos a lo serio. Espero que hayas visto la rueda de prensa, ¿sí? ¡Dime que sí!

Me irritaba una barbaridad que utilizara la misma palabra dos veces en una frase.

—¿Qué me puedes contar de esa mujer, Mariela Pardillos?

—¿Que qué te puedo decir?

—No me contestes con una pregunta…

—¡Ja! Esa mujer es una auténtica fiera —exclamó. Noté cómo la flema golpeaba el cristal de su teléfono—. No nos ha concedido una entrevista desde que publicamos unas fotos de Ribelles detenido por la policía.

—¿Posesión de estupefacientes?

—¡No, qué va! Exceso de velocidad. Ese mamarracho era un buen pieza.

—¿Crees que la mánager tendría motivos para hacerle daño a Ribelles?

—¿A Richi? Ni en broma… ¿Sabes, chico? A pesar de lo que ese desgraciado hiciera con su vida, le estaba pagando las facturas a su representante. Dudo mucho que vuelvan a ganar lo mismo sin él —explicó con rotundidad—. Ser mánager es como ser el hermano mayor durante las veinticuatro horas. En este caso, la hermana, la que se encarga de cambiarte los pañales cuando te cagas encima y te saca del

calabozo cuando te detienen, ¿me sigues?

—Sí…

—Pero le pagan para eso y ella ya sabe lo que hay. Además, Mariela Pardillos sabe cómo domar a esas fieras…

—¿A qué te refieres con domar?

—¿Que a qué me refiero?

—Por favor, deja de repetir lo que digo.

—Eres un finolis, Caballero —espetó, ofendido por mi réplica, y prosiguió—. Esa mujer tiene fama de violenta porque se ha ganado la medalla de oro ella sola. Más de un periodista se ha llevado un correctivo por su parte.

—¿Aun así, crees que no le haría daño a ninguno de los miembros?

Ricarte, que era más listo que y yo y tenía el olfato de un roedor para oler el queso, murmuró y saltó sobre mí.

—¿Sabes algo que ocultas?

—Hago preguntas.

—Ah… Entonces, no. ¿No te ha quedado claro lo que he dicho?

—Por supuesto, Esteban, clarísimo —dije, levantando los ojos y esperando a que aquel hombre me dejara en paz—. Tengo que dejarte. Envíame los documentos y seguiremos en contacto. Gracias por el dinero.

Esta vez fui yo quien colgó antes de que siguiera con la soporífera verborrea. No me sorprendió que esa mujer tuviera carácter, aunque tampoco esperaba que fuese capaz de golpear a un reportero por escuchar lo que no quería. Domados o no, lo cierto era que su influencia sobre el grupo, y la confianza que éste tenía en ella, debía de ser muy grande como para poner voz a un discurso que pertenecía a los músicos. Me resultó extraño y extravagante, pero en el mundo de la farándula, ¿qué no lo es?

Tomé una nota mental y para nuestro próximo encuentro estaría preparado con una cota de malla, por lo que pudiera pasar. La vida del periodista de calle podía ser realmente dura. En mis años de profesión me limité a hacer lo que me pedían, y tal vez acosara a ciertas personas más de la cuenta para que me dieran un titular, pero no me dejaron elección. Sin frase que citar, no había nómina que recibir, ni jefe al que aguantar, ni alquiler que pagar. Era una suma de actos y consecuencias que formaban parte de la cadena alimenticia del reporterismo precario.

* * *

Tras una vuelta larga que me obligó a rodear el puerto, llegué a la entrada del hotel, que presentaba un ambiente muy distinto al de la noche anterior. Algunos huéspedes esperaban con sus maletas a tomar un taxi, bajo el rótulo metálico de la fachada. No había rastro de la policía, ni tampoco de los cientos de personas que la noche anterior obstruían el largo paseo de asfalto hasta su entrada.

Me dirigí a un aparcamiento público que se encontraba vacío a esas horas y dejé el coche en la primera planta, junto a un pilar de cemento. Me fijé en las cámaras de seguridad que peinaban la zona. Quedaría registro de que había pasado por allí, pero no me importó. También percibí el fuerte olor a aceite y grasa de coche y la evidente somnolencia del guardia que había tras la garita.

Crucé la puerta giratoria del hotel y me dirigí a la recepción. A lo lejos vi una pareja de agentes de la policía que abandonaban el edificio. Uno de ellos iba uniformado y hablaba por teléfono. Me giré con la intención de mirar al otro lado, a la espera de que abandonaran el edificio, cuando sus palabras llegaron a mis oídos.

—Sí, no hay nada más que rascar ahí dentro —dijo el policía que atendía a la llamada—. Sí, sí, no te preocupes. Ya les he dado vía libre para que retiren la basura, que no era poca.

De pronto, sentí por el rabillo del ojo la mirada de la recepcionista.

—Señor, ¿está bien? —preguntó. La observé con detenimiento, como si fuera un cuadro. Era una hermosa chica de ojos marrones, con una melena lisa que le llegaba hasta los hombros y que se movía como una cortina cada vez que meneaba el rostro—. ¿Le puedo ayudar en algo?

Comprobé la puerta. Los agentes estaban en el exterior, al otro lado del cristal, y regresé al mostrador.

La situación se volvía comprometida. Tiré de la improvisación, que siempre me había funcionado.

—Sí, estoy buscando a una persona —dije, girándome hacia ella, con respiración lenta y postura erguida. Me fijé en el nombre que había bordado en su americana: Luz.

Bonito, pensé. Poco común, corto y evocador.

Después puse la vista en sus labios carmín, que iban a juego con la indumentaria. Eran sugerentes y encarnados, pero debía centrarme en el objetivo de mi visita.

—Anoche me encontraba en el hotel y sufrí un pequeño percance…

—¿Qué clase de accidente? —preguntó, intrigada.

Titubeé unos segundos, pero no vacilé.

—Un tropiezo por las escaleras, nada serio… —continué, agarrando fuerza con el relato, a la vez que añadía una pizca de drama—. Uno de sus empleados me socorrió. Le dije que quería

agradecérselo, pero tenía que entregar un encargo y no volví a verlo.

—¿Recuerda cómo se llamaba?

—No me dijo su nombre.

—¿Y su apariencia?

—Era de mi estatura, ya me entiende… aunque no tan esbelto, claro… no todos tienen esa suerte, pero no era muy gordo, ni tampoco muy flaco —expliqué, haciendo un retrato de los recuerdos que flotaban en mi memoria—. Tenía el cabello peinado hacia un lado, con algunas canas en los laterales. Parecía un buen tipo.

La recepcionista escuchaba lo que decía.

Cuando acabé, sonrió, sin saber muy bien qué responder.

—¡Ah, sí! —exclamé y señalé a un libro de citas que había bajo sus manos y junto al teclado del ordenador—. Ahora lo recuerdo. Tenía que llevar una bandeja a la 201. Eso fue lo que le impidió quedarse.

El rostro de la mujer cambió al oír el número de la habitación. Sus manos agarraron con fuerza el libro de citas.

—A las 201.

—Sí, eso es —dije e insistí, apuntando con el dedo a la cubierta del ejemplar—. Vamos, búsquelo. Seguro que está ahí. Alguien tuvo que llamar para que le llevaran la cena, ¿no?

Sin despegar los ojos de mi cara y las manos de aquel libro, la recepcionista negó con la cabeza.

—Lo siento, pero la persona que busca no está hoy aquí. Lo lamento.

—Ni siquiera lo ha comprobado.

—No necesito hacerlo. Lo sé.

—¿Me puede decir su nombre? —pregunté.

La presencia de dos turistas ingleses la desconcentró.

—*Excuse me! Senioorruita!*

—Perdone, señor…

—Caballero.

—*Es aquí el joutel, senioorruita?*

—Le dejaré el recado cuando regrese, señor Caballero.

—Ha sido usted muy amable —dije con una sonrisa fingida, anoté su nombre de pila y me eché a un lado, dejando sitio a los dos británicos con gafas de sol y piel quemada que esperaban a mis espaldas.

A pesar de la falta de entendimiento con los huéspedes, me giré para comprobar cómo los ojos de la recepcionista me seguían desde la distancia.

Le regalé una sonrisa pícara, propia de un actor en un anuncio de Martini. Saqué las gafas de sol y me protegí los ojos.

Si esa mujer creía que me iba a quedar de brazos cruzados, se equivocaba.

Lo mismo ocurría con su secreto.
No estaba dispuesto a esperar a que me lo contara.

16

Merodeé por los alrededores en busca de un milagro. El olor a humo de cigarrillo me llevó hasta un pequeño parque con varios bancos de madera, donde se encontraba fumando un empleado del hotel. Tras él, estaba la entrada trasera por la que entraba el personal. Cruzar esa puerta no iba a ser fácil. Un grupo de gente apareció por allí, caminando con calma y en dirección al otro lado del paseo. Disimulé un poco, mirando a la costa, mientras esperaba a que los viandantes se fueran y el empleado del hotel apurase el cigarrillo. Por el rabillo del ojo, advertí que tiraba la colilla al suelo y la chafaba con la punta del zapato. Se dirigió al pasadizo sin la menor sospecha de mi presencia, abrió de golpe y desapareció en la oscuridad.

Me apresuré a ir tras él. La puerta era pesada y se cerraba lentamente. En un fogonazo de ingenuo, agarré una pequeña piedra del suelo y, como si estuviera en plena partida de petanca, la lancé con brío hacia el estrecho espacio que quedaba entre la plancha de metal y el marco de la puerta. Todos esos veranos, jugando a la petanca en la playa con los niños del edificio, sirvieron de algo. Me había estado entrenando para ese momento. La roca cayó donde debía y la puerta se atascó.

Corrí hacia la entrada, sujeté la plancha de metal y suspiré aliviado.

Aparté la piedra que hacía de tope, cerré hacia dentro y me escondí en el interior.

* * *

La parte trasera del hotel era un hormiguero que no descansaba. El personal entraba y salía, vestido de uniforme y sin tiempo para detenerse a hablar con nadie. El umbral que había cruzado daba paso a una entrada que conectaba con los vestuarios, ahora vacíos, y también acceso a una segunda cámara que parecía el cuarto de las basuras. Por el halo de nicotina que el empleado había dejado en el

aire, sospeché que sus movimientos se dirigieron a la sala de vestuarios para alcanzar lo que hubiese al otro lado.

Antes de avanzar, dos tipos aparecieron empujando un carro.

Me aparté, en un acto inconsciente, y les di paso al almacén que había a mi derecha. El que iba delante me saludó y abrió la puerta.

El que empujaba detrás, me miró de reojo.

—Tú eres el nuevo, ¿verdad?

—¿Eh? —pregunté, desprevenido—. Sí.

Su rostro dibujó una sonrisa.

—Vístete, anda. Si la jefa te ve sin uniforme, no vas a terminar tu primera semana.

—Sí, claro… Gracias —comenté y señalé a las abultadas bolsas del carro—. ¿Eso es basura?

—Así es, compañero. Y esto lo hemos sacado de una habitación. Imagina cuando limpiamos una planta entera…

Sospeché que debía de ser la basura que habían extraído del cuarto de Ribelles.

Los observé desde la distancia.

El que iba delante, agarró las bolsas y las lanzó al interior del contenedor. Después cerró la puerta y regresaron al pasillo.

—¿Todavía sigues ahí?

—¡Ah, sí! Ya voy. Nos vemos luego.

—Suerte —dijo el más hablador y los perdí de vista.

Me dirigí a la cámara. La puerta era robusta, mucho más de lo que parecía en un principio. Agarré la manivela, empujé con todo mi peso y abrí.

Primero sentí frío, mucho frío, y después un asqueroso olor a basura que se pegó a mi cuerpo como una babosa. El vaivén de sensaciones me estrujó la boca del estómago, provocándome una fuerte náusea que detuve a tiempo, conteniendo la respiración.

¡Por Dios!, lamenté, no habiendo pensado en ello antes.

El aire helado, provocado por los aparatos de refrigeración, disminuía la temperatura más de veinte grados en comparación con el exterior. La inmensa cantidad de basura que generaban los huéspedes, el restaurante, los empleados y los servicios de limpieza, aceleraba su putrefacción con las altas temperatura del verano. No quise imaginar cómo podría oler allí dentro si se estropeara esa máquina de climatización.

Me tapé la nariz con la mano, aunque no sirvió de mucho, y me acerqué a los tres contenedores metálicos. Encontrar algo de valor entre tanta broza, era como buscar una aguja en un pajar. Lo peor de todo era que ni siquiera sabía qué pretendía sacar de allí.

Eché un vistazo sin tocar demasiado, y di con dos bolsas enormes de plástico azul que descansaban en la parte superior del contenedor

orgánico. Por desgracia, era el que peor olía de los tres.

Primero abrí una bolsa y reconocí la botella de bourbon de Ribelles. Rebusqué entre los envases, la mayoría de ellos de plástico y de comida, y no encontré nada que me pudiera servir de utilidad. Los ruidos de las puertas que golpeaban en el exterior me ponían de los nervios. Tenía que apresurarme antes de que me descubrieran allí dentro.

Rasgué la segunda bolsa. Papeles, recibos de pagos, cuchillas de afeitar, loción balsámica, envoltorios de preservativos y un artefacto de plástico alargado con la apariencia de un termómetro. Lo saqué al exterior y comprobé de cerca lo que era.

No, aquel objeto no servía para medir la temperatura, pensé.

Las dos rayas verticales y en paralelo disiparon mis dudas.

«¿Un test de embarazo?»

Sentí un fuerte picor en la cabeza, como si hubiera dado con una pepita de oro escondida en el cauce de un río.

Contento, me giré hacia la puerta para abandonar aquella pestilente sala, pero unos pasos se acercaron y una mano accionó la manivela desde el otro lado de la pared. Guardé el test en el bolsillo trasero de mis pantalones, retrocedí unos pasos y tropecé con el contenedor. El golpe provocó un eco en el interior.

Recé todo lo que sabía.

Respiré hondo, llenando los pulmones de toxinas y putrefacción.

El pulso se me disparó, los sudores regresaron.

Miré hacia atrás, encontré un pequeño hueco tras el contenedor y me acurruqué para esconderme en él.

La puerta se abrió hacia dentro.

17

Primero vi la punta de las botas, después el resto del cuerpo. Me quedé paralizado y aguanté la respiración. La subinspectora Blasco irrumpió en el cuarto de las basuras y el fuerte hedor la abofeteó de lleno.

—¡Dios Santo! Qué peste… —dijo, abriendo la puerta de par en par, mirando a los alrededores. Las pisadas resonaban con fuerza en el interior del almacén. Cerré los ojos, deseando que no me encontrara allí agachado. La humillación sería enorme, pero no el más grande de mis problemas. Avanzó un metro, acercándose a los contenedores.

Una tercera presencia desvió su atención.

—¿Quién es usted? —preguntó una voz masculina. La reconocí. Era uno de los hombres con los que me había cruzado. Estaba acorralado y sin escapatoria. Apreté los puños. Las manos me temblaban. El frío seco de la ventilación se apoderaba de mis huesos.

—Policía —contestó, dándose la vuelta y dirigiéndose a la puerta —. ¿Ha visto a alguien entrar aquí?

—No, que yo sepa. No es un lugar muy agradable.

—Ya… ¿Tampoco ha visto a un hombre moreno, de estatura media, flacucho y con cara de listillo?

«¿Con cara de listillo?»

Me sonrojé.

—Ahora que lo dice, sí. Creo que se refiere al nuevo… Estaba hace unos minutos aquí, pero le he dicho que se pusiera las pilas.

Ella guardó silencio, desconcertada.

—¿Sabe por dónde ha ido?

—Ni idea. Se habrá cambiado y estará en su puesto de trabajo. ¿Quiere que lo busque?

—No es necesario, gracias —comentó, dio un segundo vistazo y abandonó el cuarto—. ¿Quién se encarga de trasladar la basura de las habitaciones?

—Mi compañero y yo, señora.

—Venga conmigo. Me gustaría hacerle unas preguntas…

Las voces se alejaron hacia el otro lado del pasillo.

Soplé con fuerza, con cierto alivio y con la sensación de haber estado cerca de la sorpresa. Me cuestioné cómo sabría esa mujer que estaba allí dentro.

* * *

Aguardé en cuclillas unos minutos hasta que las voces se dispersaron tanto que se convirtieron en silencio. Tenía que desaparecer cuanto antes.

Abandoné el cuarto oliendo a tripas de pescado y lamenté que fuera a impregnar la tapicería de cuero marrón de mi coche con esa fragancia.

Cuando salí a la calle, la claridad me obligó a cerrar los ojos y no dudé en ponerme las gafas de sol para pasar desapercibido. El siguiente paso era regresar a mi apartamento, darme una buena ducha y meter en la lavadora la ropa que llevaba encima.

Bordeé el paseo en dirección contraria, pasé por delante de la entrada del hotel y fui directo al aparcamiento subterráneo. Al llegar a mi coche, presentí que mis esfuerzos habían sido en vano.

—¿Subinspectora? —pregunté, al verla apoyada en la parte trasera de mi deportivo. La mujer esperaba con semblante serio y con los brazos cruzados—. Un gusto verla de nuevo.

Aguanté la distancia, pero el movimiento de mi cuerpo no evitó que su olfato detectara mi hedor.

—¿Qué es ese olor, Caballero?

Fruncí el ceño, me volteé hacia atrás y fingí extrañeza.

—Ahora que lo dice, sí que apesta por aquí… —respondí y miré a la entrada de coches—. Vendrá del puerto. ¿En qué le puedo ayudar?

—Eso me pregunto yo.

Levanté el mentón para señalar al coche.

—Vengo a recoger el vehículo en el que está apoyada.

Me acerqué con intención de abrir la puerta, pero no parecía dispuesta a dejarme pasar. Ahora entendí por qué Rojo decía que era tan buena: a ella tampoco le gustaban los listillos como yo.

—Sé que es amigo del inspector. Me ha puesto al corriente de usted.

—Entonces le habrá hablado de la bonita amistad que nos une.

—Conmigo no lo va a tener tan fácil. Los metomentodos… me sacan de mis casillas.

La miré para que se apartara de una vez y me permitiera subir al vehículo. La mujer desplazó el trasero unos centímetros, pero no se mostró dispuesta a dejarme en paz.

—Necesito coger el tique del aparcamiento, si me permite…

—¿Qué buscaba en la parte trasera del hotel?

—No sé de lo que me habla, subinspectora. He venido a ver los barcos.

—¿Huele siempre así o sólo cuando bucea en los cubos de basura ajenos?

Disparaba las preguntas con tino, aunque yo no era un pardillo.

Tenía experiencia en el trato con esa clase de policías.

—No sé qué le he hecho, pero me estoy esforzando con usted para comenzar con buen pie.

Su rostro se acercó al mío.

—Detesto a los graciosos. No soy su amiga.

Agarré el recibo, cerré y me separé de ella.

—¿Me ha estado siguiendo?

—No.

—Yo diría lo contrario.

—Le he visto antes entrar. Los horteras como usted no pasan desapercibidos ante los ojos de un agente.

—¿Hortera? —pregunté, ofendido—. Primero me llama listillo, ahora hortera, ¿qué es lo que pretende?

Su expresión se relajó, los ojos se le abrieron y el mentón se desplazó hacia arriba, mostrando superioridad.

«Por la boca muere el pez, Gabriel, y tú la tienes como un tiburón».

—¿Cómo ha dicho?

—Nada, olvídelo.

Di la vuelta y me dirigí a la máquina para pagar la estancia del vehículo. Ella siguió mis pasos, intimidándome con el sonido de sus botas sobre la superficie.

Tenso, pagué y regresé al coche.

—Estoy al corriente de su colaboración con esa revista musical de poca monta acerca de la muerte del músico.

—Le enviaré un ejemplar cuando salga a la venta.

—No voy a permitir que se aproveche de la presión que tenemos ahora mismo sobre el caso —explicó con rotundidad—. Le he prometido al inspector que no dejaré que nadie entorpezca la investigación y soy una mujer de palabra.

—Me alegra oír eso. A Rojo le gusta la gente leal.

—Mi promesa también le incluye a usted.

La miré a los ojos tras el cristal ahumado de mis lentes, subí al coche, arranqué y ella se apartó unos metros para dejar que abandonara el subterráneo.

Con el índice y el anular, formó una uve con la mano que señaló a sus ojos y después a los míos. Era su manera de advertirme de que la tendría pisándome la sombra.

—Tómeme en serio o lo lamentará.

Frené y observé su postura.

—¿Es una amenaza, subinspectora?

—No, pero ya ha oído a su amigo. Soy la mejor tiradora del Cuerpo.

La forma en la que me habló me erizó hasta las pestañas. Sin más diálogo, metí la primera marcha y salí de allí con un fuerte acelerón.

18

Era la primera vez que sostenía un test de embarazo positivo y, aunque no estaba nervioso, sentí una gran responsabilidad entre mis manos.

¿Qué significado tenía?, me cuestioné hasta la saciedad, buscando una respuesta en un océano de incógnitas.

La primera conclusión, y tal vez la más obvia, me llevaba a Carla Lizón.

No era una coincidencia que el cadáver hubiera aparecido a escasos metros del hotel en aquella playa, horas después de encontrarla en la habitación de Ribelles.

Por desgracia, el único modo para saber si estaba encinta, era a través de la autopsia, o lo que era lo mismo: a través del inspector Rojo.

Descarté la idea.

Al menos, hasta que la subinspectora bajara la guardia.

Pensé que la supuesta amante del batería no era la única posible propietaria de aquel artilugio. Tenía muchas papeletas, pero quién era yo para juzgar a la joven sin conocerla de nada. En realidad, el test de embarazo podía ser de cualquiera. Ribelles había tenido una fama extensa en lo que se refería a mujeres. Así que aparté el caso de la chica y la lógica me llevó a una segunda persona: Claudia Miramontes, su pareja, una relación que ella había asegurado, pero de la que no existía información contrastada que la verificara.

Me puse a trabajar y busqué su nombre en la Red. Aparecieron cientos de resultados conectados a páginas de revistas de moda y perfiles de redes sociales. Miramontes trabajaba de modelo profesional para las marcas de ropa y, tal y como había sospechado desde el principio, protegía su intimidad con recelo.

La mayoría de las fotografías que encontré eran profesionales. En las pocas imágenes que habían sido tomadas por ella, aparecía en lugares paradisíacos, acompañada siempre de amigos, bebiendo en terrazas de hoteles, pero nunca a solas con un hombre que demostrara muestras de afecto. Relacionar su vida con la de ese músico habría llenado sus perfiles con comentarios de odio hacia ella. La obsesión de algunos seguidores no tenía límite.

Comprobé la fecha de la publicación de la última fotografía y me

fijé en el pie de foto. Era de antes del verano y pronto habrían pasado tres meses.

El comentario era una frase banal, una cita en inglés que habría copiado de otra parte. Una práctica habitual para generar misterio. Después de esa publicación, Miramontes había dejado de compartir contenido en sus perfiles sociales.

Me cuestioné si decidió reservar la exclusiva.

Si estaba en lo cierto y Claudia llevaba un bebé de Ricardo en su vientre, la situación podía dar un giro tremendo a mis pesquisas. Me pareció aterradora la idea de que alguien pudiera cometer algo así por una cuestión de celos y me abrumé de pensar que la modelo podía estar detrás de la muerte de las dos personas. Era poco probable, pero no debía descartar esa hipótesis. Por último, en la más remota de las teorías, el test apuntaba a una tercera persona. La vida del rock and roll estaba llena de contradicciones y excesos. El interrogante se colocaba sobre la figura de Mariela Pardillos, la mánager y representante de la banda.

Aunque esa mujer miraba más por su bolsillo que por acostarse con los hombres que mantenían su estilo de vida, las rencorosas palabras de Miramontes me marcaron el camino. Debía hablar con esa mujer, al menos, para resolver las dudas.

Por el momento, eran las tres mujeres más próximas al músico antes del funesto final.

Sabía dónde encontrar a la representante. Ella misma se lo había mencionado a Picaporte el día anterior.

«La prueba de sonido».

Acicalado con ropa limpia y tras un merecido descanso, llegué a la tarde con la ambición de haber encontrado un hilo del que tirar.

* * *

Salí a la calle con el radiante Lorenzo vespertino, rojizo y abrasador como el aliento ulceroso del mismísimo Belcebú. Tomé la cuesta que bajaba por la avenida de Jijona y que iba directa al recinto taurino. Los aparatos de aire refrigerado funcionaban a máxima potencia desde lo alto de los balcones, dejando caer las gotas de agua por las fachadas de los edificios. A esas horas, las calles estaban limpias de presencia humana y sólo los despistados y los atrevidos caminaban con paso ligero, secándose el sudor de la frente y en busca de una sombra en la que descansar.

Me dejé guiar por el ruido de unos acordes de guitarra desafinados que salían por los amplificadores del interior. Los preparativos para el concierto del día siguiente ya habían comenzado. Conocía lo tedioso que resultaba montar un escenario para tanto público en un recinto acondicionado para las corridas taurinas. Los técnicos habían comenzado a montar los engranajes de un escenario que dejaría a más de un asistente boquiabierto. Y no era para menos. El precio de las entradas ya era una aberración.

Cuando me aproximé a la puerta principal que daba acceso al graderío, observé que el único miembro de seguridad del recinto fumaba en una esquina, asqueado por el turno que le había tocado. Al otro lado, un furgón de transporte aparcaba en doble fila frente a la enorme puerta de acceso a la pista. Un grupo de cinco operarios descargaba un monstruoso andamio metálico del interior del furgón.

Era mi oportunidad para colarme.

Seguí caminando como un curioso ciudadano, sin despertar la atención del guardia jurado, aminoré el paso cuando los trabajadores se dispusieron a levantar entre los cinco el andamio y me coloqué tras la compleja colección de barras y planchas de aluminio.

—¡Ahora! —dijo la voz de mando, dando la señal para entrar.

Me pegué a ellos y continué hacia dentro.

En el fondo, fue más fácil de lo que había imaginado.

Crucé el oscuro túnel que terminaba en el interior de la enorme plaza circular. Noté cómo los zapatos se me manchaban de tierra y, por unos segundos, me creí Javier Bardem en Jamón, Jamón. La fantasía duró lo mismo que un vermú de grifo bien frío en una tarde como esa.

Un segundo guitarrazo me ensordeció y mis ojos fueron directos al escenario.

—¡Eh! ¡Aparta! —exclamó uno de los operarios, arrastrando una pantalla Marshall para subirla al tablado—. ¿No ves que no puedo pasar?

—Sí, claro —dije, desorientado—. Perdona…

—Panfleteros… —murmuró molesto y me aparté a un lado.

Entre estruendo y acoples, oí el crujir de unas suelas sobre la grava. Cuando me giré, tenía su rostro a escasos centímetros de mi cuerpo.

Jaime Picaporte parecía aburrido. No era para menos. La prensa ocupaba el último lugar en la lista de prioridades de cualquiera. La razón era evidente: el periodista siempre esperaba, y no al revés.

Una graciosa y habitual paradoja.

Cuando no goza de atención, el artista desea tener su momento de gloria entre las páginas de un dominical, sin importar lo breve que éste sea.

Una ocasión que parece no llegar nunca porque quien escribe los artículos, está demasiado ocupado esperando a que el famoso de turno responda a sus súplicas y termine con su indiferencia.

Un ciclo que se repite una y otra vez hasta la eternidad.

El crítico ocultaba las manos en los bolsillos de su pantalón de pinzas blanco y, vestido con un polo verde con un cocodrilo bordado en él, dejaba al descubierto un esternón trabajado en el gimnasio.

Alcé los hombros, me alisé las arrugas de las mangas y tiré del botón de la camisa para que corriera el escaso aire por mi pecho.

—¿Cómo lo haces, Caballero? Para estar en todos los saraos sin que te inviten…

—Ya me ves, tengo mis recursos, ¿les queda mucho?

—Todavía no se han presentado —dijo, miró al escenario y soltó un soplido—. ¿Te has enterado de lo de esa chica?

—Vivo en esta ciudad. Todo lo que sucede pasa por mis oídos.

—Seguro —dijo desairado.

—¿No te sorprende que hayan decidido continuar con el espectáculo? Después de cómo se ha puesto el asunto…

—Sin duda alguna —afirmó sin despeinarse—. Es una noticia horrible, pero supongo que le dará más jugo al reportaje.

—¿Alguien se preocupa por la muerte de ese muchacho?

—La gente ha pagado mucho por venir aquí. Entiendo los motivos para seguir adelante. Sería una falta de respeto para el público.

—Quizá nos llevemos más de una sorpresa.

—Pensaba que te habías dado por vencido…

Entonces recordé lo que Ricarte me dijo sobre Picaporte y el comentario mencionado acerca de mi persona.

—Prefiero perder que rendirme.

—Una cosa es lo que escribas, otra, que sirva de algo —comentó y giró la cabeza hacia el túnel—. Suerte con tu trabajo. La necesitarás.

—¿A qué te refieres? —pregunté, desconcertado.

—Se refiere a mí —dijo la mánager de la banda, el enemigo de cualquier articulista musical con ganas de meterse en los asuntos de sus chicos, apareciendo tras la sombra del corredor como un toro dispuesto a propinarme una cornada.

Lo más curioso era que estábamos en el lugar idóneo para ello… y a mí nunca me gustaron los cuernos.

19

Mariela Pardillos, con sus andares fríos y seguros, lista para frenar a un batallón de castigo, iba seguida de los tres componentes de la banda y un nuevo rostro de aspecto parecido. Supuse que sería el reemplazo de Ribelles. No me extrañó que la formación no llevara guardaespaldas. No los necesitaba. La tenían a ella y era más que suficiente.

—¿Puedo hablar con ellos ahora? —preguntó el crítico, dirigiéndose a la mujer—. No me llevará mucho tiempo.

Ella se giró hacia los músicos y asintió con la cabeza. Entonces vi al chico con el que me había cruzado en la barra del bar del hotel. Nuestras miradas se encontraron y él no vaciló en desviarla hacia el suelo, como si me hubiera reconocido. Noté en su postura cierta incomodidad.

Cuando di un paso al frente para acercarme a ellos, el cuerpo de la mánager me frenó en seco.

—Tú no vas a ninguna parte.

—Soy de la prensa —expliqué, alzando los hombros—. Llevo una hora y media deshidratado, esperando bajo este sol infernal…

Su lenguaje corporal respondió por ella.

La miré a los ojos, cubiertos por unas monturas parecidas a las mías, y me vi en los cristales, pequeño y sin recursos.

—¿Cuántas veces os tengo que decir que no sois bien recibidos? Se lo he explicado a tu jefe ya… y sigue insistiendo en enviarme a pardillos como tú. Así que no, nein, ¿en qué idioma quieres que te lo explique?

En definitiva, aquel no estaba siendo un verano seductor. Desde mi regreso a la ciudad, todas las mujeres me habían tratado como un trapo viejo. Me pregunté si el hedor de la basura seguiría impregnado en mi piel, a pesar de la ducha que me había dado, o si estaba haciendo algo mal intentando por una vez, a comportárme con educación en lugar de actuar como el mismo cretino de siempre.

—Al menos, deja que te haga las preguntas a ti.

Ella miró desairada.

—Si eso te sirve de algo, adelante… —contestó, me hizo un gesto con la mano para que la siguiera y echó a caminar en dirección a los bajos del escenario—. Ven, quiero estar cerca… y no me hagas perder

mucho tiempo. Tienen que probar sonido en unos minutos.

Conocía esa estratagema.

Con el ruido ensordecedor de los amplificadores delante, podría hacer tantas preguntas como quisiera, que no oiría respuesta alguna.

Picaporte y la banda caminaron por la tierra hacia las escaleras que subían a la enorme plataforma que habían instalado. El crítico se quedó entre bastidores hablando con varios miembros de la banda. El telón cubría la parte trasera y dos enormes columnas de hierro soportaban el peso de las luces que colgaban de lo alto.

La mánager estiró el cuello hacia ambos lados, haciendo crujir los huesos, como síntoma de desesperación. Le disgustaba mi presencia. Chasqueé la lengua y me froté las manos en busca de un poco de inspiración y sin saber muy bien cómo abordar la conversación. En realidad, no tenía nada que preguntar acerca de la banda o del espectáculo que iban a dar.

—Ha debido de ser un duro golpe lo que pasó anoche…

—Sí —dijo, sin pestañear—. Una tragedia. Apunta eso.

—Es increíble que hayáis encontrado un sustituto en tan poco tiempo.

—¿Eres imbécil, tío? —preguntó, atenta a los movimientos de sus cachorros sobre el escenario—. Hay cientos de músicos que matarían por tocar con ellos. No hemos tenido suerte, porque, de tenerla, no necesitaríamos a otro batería.

—Entiendo, perdona…

—Estoy harta de las conspiraciones que armáis los de la prensa. No hacéis más que alimentar el odio entre los fans y el grupo.

—La gente se hace preguntas. Alguien debe responderlas.

—Y yo me cuestiono lo que pasará después de este concierto. ¿Tienes alguna respuesta para eso, lumbrera?

La prueba de micrófonos congeló la tensa conversación.

«Uno, dos, probando… Uno, dos, ¿se oye bien?»

—¿Te suena el nombre de Claudia Miramontes?

—No.

—Ella sí te conoce a ti.

—A mí me conoce mucha gente, pero sólo recuerdo a la que me importa.

—Afirma ser la novia de Ribelles.

Por fin le provoqué una risa, aunque estuviera cargada de sarcasmo.

—¿Sabes cuántas han venido con ese cuento? Si me dieran un euro por cada vez que he oído esa frase… Richi tenía muchas novias, pero sólo quería a una.

—¿Y esa persona es?

—La música. El amor por ella era lo único auténtico que tenía en

esta vida.

«Uno, dos, probando… Hola, hola, hola».

—¿Has terminado ya?

Antes de contestar, uno de los técnicos que había sobre el escenario se dirigió a mí desde lo alto.

—¡Eh, tú! —señaló. Miré hacia ambos lados y me apunté con la mano—. ¡Sí, tú!

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes tocar la guitarra?

Le devolví la mirada a la mujer.

—Sube —ordenó ella.

—Pero yo no soy músico.

—¿Quieres que responda a tus preguntas?

No entendí qué necesitaban, pero accedí al favor para ganarme el beneplácito de la mánager y del resto de la banda.

Caminé hacia los peldaños de madera, subí al escenario y me acerqué a uno de los micrófonos que había en el lado izquierdo de la superficie.

—No rompas nada, ¿vale? —preguntó, ofreciéndome una Gibson Les Paul de color negro—. Esto vale más que tú y yo juntos.

—Ni que fuese la guitarra de Paul McCartney

El técnico me miró con desprecio.

—McCartney tocaba el bajo.

—Lo sé… era un chiste.

—¿Estás seguro de saber cómo funciona?

Asentí con la cabeza y acogí con simpatía aquella obra de arte de seis cuerdas que pesaba un quintal.

—¿No debería hacer esto un músico profesional?

—Están con la prensa, ellos prueban cuando está todo listo —dijo y me entregó una púa triangular de plástico—. No podemos perder más tiempo.

El técnico se separó para dirigirse a una enorme mesa de mezclas que había en el centro de la pista

—Conectad el bajo y las guitarras a los amplificadores e id uno por uno hasta que reciba la señal del sonido, ¿entendido?

Con el pesado instrumento sobre los hombros, busqué en mi repertorio de canciones clásicas un buen solo de guitarra con el que deslumbrar. A mis pies, observé la mirada atenta de esa mujer, que ocultaba la sonrisa, expectante por lo que estaba a punto de ver, ganando tiempo para que no la atosigara a preguntas. Le señalé con el dedo, como si fuera una estrella del rock invitada en aquel evento y ella me correspondió negando con la cabeza.

Los músicos bajaron del escenario, acercándose a la representante para comprobar la acústica del lugar. Por el rabillo del ojo, vi a

Picaporte envidioso por robarle su atención.

De pronto, un zumbido intermitente se cruzó con la señal acústica de los amplificadores. El teléfono comenzó a vibrar en el interior de mi bolsillo.

—¡Tú, el de arriba! —gritó la voz por el altavoz—. ¡Toca algo!

La vibración me desconcentró.

—¿Estás sordo, Caballero? —preguntó el crítico a mi costado.

Esperé unos segundos a que la llamada terminara, pero no parecía cesar.

Me estaba poniendo nervioso.

—¡Un momento, por favor! —dije, avergonzado por la interrupción. Saqué el teléfono y comprobé la llamada.

Era el inspector Rojo y entendí que sería importante lo que tenía que decirme.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el técnico con un fuerte enfadado —. ¿No te ha quedado claro lo que te he dicho?

Picaporte se acercó y agarró la guitarra por el mástil para quitármela.

—¿Se puede saber qué haces?

—Dame eso, idiota —espetó de malas maneras—. Estás retrasando la prueba.

—¡Vas a romper una cuerda! —dije por el micrófono y mi voz se amplificó por toda la plaza.

—Te he dicho que me la des… —insistió, apretando la mandíbula y tirando hacia él.

Tuvimos un ligero forcejeo hasta que la voz de esa mujer nos detuvo.

—¿Sois imbéciles o qué?

—Dame, anda, yo me encargaré —espetó de malas maneras, echándome hacia un lado y quitándome la bandolera—. No das pie con bola, Caballero…

—Tienes que ser siempre el protagonista, ¿verdad?

—¿Os ponéis de acuerdo de una vez? ¡No tenemos toda la tarde! —gritó el técnico.

—Y tú, el payaso de turno —respondió el crítico—. Ya les has oído.

—Anda y que te parta un rayo… —dije y le entregué el instrumento, resistiéndome a convertir aquella disputa en un espectáculo gratuito.

Picaporte dio un paso al frente en busca de la atención que creía merecer.

—¡Está bien, comenzamos! —exclamó el técnico desde su posición.

Vencido, bajé del escenario, me alejé unos metros y atendí la llamada.

—¡Maldita sea, Rojo! ¿Qué sucede?

—Tengo que hablar contigo, Caballero, es urgente —dijo, serio y preocupado. No me gustó nada su tono—. Los de la Científica han descubierto algo que debes saber.

—¿No puede esperar unos minutos?

—¡Preparado, guitarra!

—Collons! Si pudiera, no te estaría llamando.

—¡Ahora, toca algo de una vez!

Un estrépito procedente del escenario me encogió de hombros.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Rojo, pero no tuve aliento para responder.

Saltaron chispazos y se oyó una fuerte sacudida eléctrica.

Un silencio sepulcral reinó en el recinto por varios segundos.

—¿Caballero, sigues ahí?

No respondí.

Giré la cabeza hacia la superficie y vi a Picaporte desplomándose como una estatua de hierro.

Su cuerpo humeaba.

El crítico había sido electrocutado.

20

Asado como un pollo.

Así olía en la plaza y así fue cómo quedó Jaime Picaporte después de la descarga voltaica que recibió en su cuerpo.

Dicen que mala hierba nunca muere.

Por fortuna, el calambrazo no pudo con él.

Una ambulancia del SAMU irrumpió en el interior de la pista escasos minutos después. Los presentes, miembros de la banda y personal técnico, rodeamos a Picaporte con curiosidad por si abría los ojos y escepticismo de que volviera a hacerlo.

Dos médicos se llevaron al crítico inconsciente, aunque con vida, en una camilla a la unidad de Urgencias.

—Se pondrá bien… —dijo el sanitario, antes de meterlo en el interior del vehículo.

—Joder, está bronceado —comentó el cantante.

—Oye, tu cara me suena de algo —remarcó el bajista—. ¿Eras tú el pesado que tenía una hermana?

Ignoré lo que dijo. Observé la cara de Picaporte, rostida, humeante y rojiza, dormida como la de un bebé, consciente de que en esa camilla podría haber ido yo, y deseé que el crítico pronto volviera a ser el mismo cretino de siempre. El pensamiento me dio escalofríos. Me encontraba demasiado aturdido como para hacerme responsable del trabajo de aquel tipo.

Todos los estábamos, excepto dos personas.

Mariela Pardillos se movía furiosa por el escenario, pidiendo explicaciones a los técnicos por lo ocurrido. Los operarios aseguraban haber cumplido con el protocolo a rajatabla y no supieron demostrar la razón hasta que uno de ellos comprobó la instalación eléctrica.

Al parecer, el cable que conectaba la guitarra al amplificador estaba en mal estado, pero esa no era razón suficiente como para electrocutar a alguien hasta freírlo entero. El origen de la descarga procedía del viejo amplificador de guitarra Orange de válvulas. El cableado de la toma de corriente había sido manipulado, provocando una pérdida, y la toma de tierra de la base de la corriente estaba desconectada, fuera de su lugar.

—Deberíais haber comprobado los niveles con un «tester».

—Señora, sé cómo hacer mi trabajo —respondió el técnico,

encarando a la mánager—. Y doy fe de que todo estaba en orden antes de subir al escenario.

—En ese caso, alguien ha debido desconectar la toma de tierra —comenté, mirando al amplificador.

—¿También eres ingeniero, *espabilao*? —preguntó el técnico con desdén.

—Cursé una optativa en el instituto. La suspendí.

El guitarrista se abalanzó exaltado contra el técnico sobre la plataforma, desatando su furia, consciente de que podría haber sido la víctima del accidente.

Los miembros del grupo lo separaron.

El músico no logró mantener el equilibrio y cayó al vacío, sin riesgo alguno, dándose un fuerte topetazo contra la tierra batida. Los nervios le jugaron una mala pasada y, cuando lo vi, lo entendí todo.

El Jimi Hendrix de Malasaña tenía un problema con la bebida y por eso necesitaba a alguien que probara su guitarra por él. Estaba ebrio, casi tanto como la noche anterior. Su puesta en escena era evidente y vergonzante. Tenerlo allí, se convertía en un inconveniente para que la prueba se llevara a cabo y su opinión sobre el sonido de la guitarra era irrelevante.

Cuando logró ponerse en pie, la representante lo agarró de la camiseta, a la altura del pecho, y lo abofeteó tres veces, delante de todos, sin reparo alguno.

—Eso debe de picar… —comentó el cantante.

—Ya te digo, colega —añadió el bajista.

—¿Es siempre así? —preguntó el nuevo batería.

—No tienes ni idea de dónde te has metido… —agregó el primero.

Las palmadas contra el rostro del guitarrista sonaron planas, como si golpeara un atún recién pescado.

Luego lo soltó y lo miró a los ojos.

—¡Estás haciendo el ridículo, Cristóbal! —exclamó la mujer, delante de todos—. Vete al hotel y pégate una ducha… ¡Actúa como lo que eres!

«Y eso hace, querida».

El músico asintió sin queja, en un momento de lucidez, culpable por la escena que había montado. La excentricidad se apagó con la reprimenda de esa mujer y noté que la relación entre ambos podía ir más allá de lo profesional.

Ella regresó al corro de testosterona que la observaba y reanudó la actividad con una fuerte y sonora palmada.

—¿Qué coño estáis mirando? ¡Que corra el aire!

—Será mejor que os deje trabajar —comenté a los miembros en voz baja—. Creo que he visto suficiente por hoy.

—Pero eras tú, ¿verdad? El plasta del folleto…

—¿La verdad? No sé de qué me hablas —dije y me despedí de ellos hasta más tarde.

Abandoné el escenario por los peldaños de madera, bordeando el recinto, cuando oí los pasos de esa mujer alcanzándome por la espalda.

Los tacones de sus botas vaqueras se clavaban en la tierra como dos herraduras de hierro.

—¡Eh, tú, juntaletras! —exclamó, llamando mi atención—. ¡Espera!

Me giré a disgusto. Tenía un nombre y ya se lo había mencionado en varias ocasiones. Puede que mi trabajo fuera el de juntar letras y palabras hasta convertirlas en frases, que después daban forma a los párrafos, pero había que tener gracia y talento para conseguir que los lectores llegaran al final de una retahíla sin demasiado sentido que culminaba con un punto final.

—Tengo un nombre, me llamo…

—Sí, Caballero —dijo, se quitó las gafas y pude ver sus ojos cansados y cargados de presión—. Disculpa, esto parece una pesadilla.

—Puedo hacerme una idea…

—No, no puedes.

—Lo dicho, será mejor que me vaya.

—Oye…

—¿Sí?

—No vas a escribir nada sobre lo que ha pasado, ¿verdad? —preguntó, usando la expresión de clemencia, de buen corazón. Era creíble, y más de un hombre habría caído en esa trampa, pero yo había caído ya en todas. Conocía a las personas como ella y estaba al corriente de sus manipulaciones psicológicas—. Tengo carácter, pero no puedo con todo lo que pasa a mi alrededor… Así que tengamos la fiesta en paz hasta que pase el concierto. Te doy mi palabra de que podrás entrevistar al grupo todo el tiempo que necesites, cuando se calmen las aguas.

—Descuida, tienes mi silencio —dije, estudiando su tierna, aunque distante, expresión. Bajo esa mirada, leí sus pensamientos. Creía utilizarme y pensé que era mejor que tuviera esa sensación—. Supongo que el de Peralta también.

Ella esbozó una sonrisa estirando los labios, aunque sin mostrar los dientes.

Sería la mejor gestionando a esos cavernícolas, pero mentía fatal.

Me despedí con la mano y crucé el túnel que llevaba al exterior de la plaza.

21

No tenía la menor intención de escribir una nota sobre lo ocurrido. Quizá estuviera trabajando para la peor publicación musical de la Península Ibérica, pero le había dado mi palabra.

Y yo era un hombre de palabra, de muchas palabras.

Un taxi me llevó hasta la comisaría.

Rojo esperaba para explicarme aquello tan importante que debía saber de inmediato. Estaba intrigado, aunque sospeché que no serían buenas noticias por su parte. Nunca lo eran cuando se ponía tan serio.

Si no llega a ser por él, las noticias habrían sido peores.

Durante el trayecto, amenizado por la radio y por un taxista que hacía comentarios sobre los viandantes extranjeros cada vez que nos deteníamos en un paso de cebra, reflexioné acerca de los acontecimientos de las últimas horas acontecidas.

Un desmadre en toda regla.

Demasiados nombres que recordar en veinticuatro horas.

Demasiadas caras que señalar en tan poco tiempo.

Primero, la muerte de Ribelles. Después esa chica y ahora esto… sin mencionar los extras que llenaban el decorado, como el director excéntrico y su riña con el guitarrista, una mánager atípica con aspecto de Sharon Stone en Instinto Básico, la misteriosa modelo que entraba y salía de la historia y el crítico musical con aires de Elton John.

El elenco perfecto para una telenovela de sobremesa que se volvía más y más absurda.

Rojo tenía razón. Ojalá todo hubiese quedado resumido en un golpe.

Por desgracia, no era así.

Entre tanta excentricidad, no me habría sorprendido que alguno de ellos fuera el culpable de la muerte del guitarrista.

Cuando llegué a las oficinas policiales, tuve la sensación de que estaba cerca de una pista, aunque no sabía exactamente de cuál.

Pregunté por el inspector en la entrada. Un agente me guio por las escaleras hasta la planta superior. Llegué al primer piso con mariposas en el estómago y un frío repentino en el cuerpo a causa del aire acondicionado. El vello de los brazos se me erizó y aquella sensación me llevó a pensar en una mujer, la misma que abrió la puerta de la

oficina del despacho del inspector, antes de que yo girara el pomo.

—Buenas tardes, subinspectora —comenté, inquieto y expectante —. ¿Me esperaban?

—¿Por qué te has demorado tanto? —preguntó Rojo, apoyando el trasero en el extremo de su escritorio, rascándose la barba de varios días—. Han pasado casi dos horas desde que te he llamado.

Miré a uno, después a la otra y finalmente al suelo.

Suspiré, agotado, y me cargué de ánimo antes de explicarme.

—Ha habido un pequeño percance con el grupo. Eso es todo.

—¿Qué clase de accidente, Caballero?

—Le he prometido a esa mujer que no hablaría de ello.

—Ya estás tardando en soltar lo que sepas…

—¿Otro de esos bulos que escribe? —añadió Blasco, seria y malvada, disfrutando de la escena.

Le lancé un dardo con la mirada que chocó contra ella como un proyectil de cartón.

—Está bien, está bien… —dije, apaciguándolo con la voz—. Un falló técnico ha provocado una descarga eléctrica en el escenario. Se ha llevado a Picaporte cuando atendía tu llamada.

—¿Ha fallecido alguien?

—¡Maldita sea, Rojo! Claro que no y mejor así.

—Es muy raro que eso ocurra en un evento de tal magnitud.

—Lo sé, pero la toma de tierra no estaba clavada al suelo.

—¿Insinúas que fue intencionado?

—Digo que lo sé, que ya es bastante. Aún siento el maldito olor a pollo quemado…

—Caballero, ¿crees que alguien ha atentado contra el músico?

—No tengo ni la menor idea, ¿cambia eso algo?

Rojo miró a la subinspectora.

—Investiga qué ha ocurrido.

La orden puso en peligro mi confianza con la mánager del grupo.

—¡No! No hagáis eso, por favor —rogué, deteniéndola y dirigiéndome a los dos—. Les prometí que no contaría nada.

Los policías se miraron perplejos.

—¿Y? —preguntaron al unísono.

—¿Qué cree que somos, tutores de colegio? —cuestionó ella—. Estamos en medio de una investigación por homicidio. Si la misma persona pretende ajustar cuentas, debemos averiguar quién es.

—Nadie lo ha denunciado.

—¿No lo entiende, Caballero? Mañana, miles de seguidores del grupo se concentrarán en el interior de la plaza de toros.

—Lo sé.

—Pues también sabrá que, si ocurre un desastre sobre el escenario, el desconcierto puede desencadenar en una avalancha de personas

asustadas y descontroladas, ¿y sabe lo que significa eso? Víctimas aplastadas, asfixiadas y atrapadas entre la multitud.

—No exagere, subinspectora. Estamos ante un concierto de rock, no una final de España contra Italia.

—Blasco tiene razón —apostilló Rojo—. Ya has tenido tu minuto de gloria. Ahora, cállate.

«Eres un maldito bocazas, Gabriel».

La mujer se me acercó y me tocó el hombro, regalándome una mueca despiadada.

—No se preocupe, seré discreta haciendo mi trabajo. Nadie quiere que esa persona sepa que la estamos investigando… No señalo hasta que no tengo pruebas —comentó y se volteó hacia el inspector—. Estaré disponible, por si me necesita.

Después abandonó el despacho y me aseguré de que la silueta, opaca tras el cristal de la puerta, desapareciera de mi vista.

—Por fin un momento a solas —comenté, aliviado—. Empiezo a sentirme como la parte de la relación que no se ve correspondida…

—Hay algo que debes saber, Caballero.

—Y tú también.

—Entonces, tú primero —ordenó y me señaló la silla de los invitados para que tomara asiento—. Prefiero ser el que da las malas noticias.

* * *

Una huella dactilar en el cuerpo de una botella de vidrio.

La única prueba que me incriminaba como sospechoso de la muerte de Ricardo Ribelles.

Debía de ser una broma.

Y esa fue mi reacción.

—Debe de ser una broma, Rojo —respondí, confundido—. Sabes de sobra que yo no toqué nada.

—Lo que piense o sepa es irrelevante, Caballero. La Unidad Científica ha encontrado tus huellas en la botella de cerveza que había en las manos de ese tipo.

—No tiene gracia. No agarré ningún vidrio. Soy un patán, pero tengo mis límites.

—Todavía siguen analizando la moqueta y el resto de las pruebas… Se llaman evidencias.

—Ahora eres tú quien no lo ve. Me están tendiendo una trampa.

—No empieces…

—Por allí paso más gente. No fui el único que estuvo en esa habitación.

—Eso es cierto, pero no podemos preguntarle a la testigo. Te recuerdo que murió ahogada en el mar.

—¡No me vengas ahora con eso! Debe de haber algo más. Yo no golpeé a ese hombre. Tú eres quien lleva el caso, puedes obviar lo que creas oportuno. Eso no dice nada.

—Mira, Gabriel, las evidencias son objetivas. Eres un patoso y eso te pasa por tocar donde no debías.

—Es un error.

—¿Cuándo aprenderás la lección? No tuviste que entrar en ese cuarto.

Lamentarme por mis acciones estaba de más. Rojo me tenía bajo sospecha.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—La pregunta es, ¿qué vas a hacer tú? Yo sólo puedo esperar a que nos entreguen los resultados de los análisis. Con un poco de suerte, encontrarán algo más, pero eso no te libra. Te lo advertí y tú, erre que erre. ¿No te cansas de estar siempre en medio?

—¿Lo dices por ella?

—Lo digo por lo que sé —señaló, clavando su expresión en mi cara —. Me prometiste quedarte quieto. Estoy decepcionado, ¿cómo quieres que me lo tome?

—No he faltado a mi palabra.

—No me cabrees más de lo que ya estoy… Blasco me ha dicho que has estado esta mañana merodeando en el hotel.

—Pasaba por allí.

—¿Por el cuarto de las basuras?

No supe qué responder a eso. Había subestimado a la subinspectora.

—Es lista, ¿verdad?

—Demasiado —afirmó—. Entre tú y yo, si no fuera tu amigo, ya se te habría caído el pelo… Quiero una explicación.

El meollo de pruebas e hipótesis que albergaba en mi cabeza se convirtió en una madeja difícil de desmembrar. No sabía muy bien por dónde empezar, pero debía hacerlo antes de que el inspector perdiera la paciencia y la poca fe que le quedaba en mí.

—Tus compañeros han pasado por alto un detalle escabroso.

Él reaccionó con desprecio.

—Ah, ¿sí? Sorpréndeme, genio.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué el test de embarazo que había encontrado en el contenedor.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó confundido y comprobó el

resultado—. No entiendo nada.

—Es un «predictor», para tu información —dije y carraspeé poniéndome serio—. Estaba en las bolsas de basura que desecharon tras inspeccionar la habitación del hotel. No sé a quién pertenece, pero es obvio que a una mujer.

—¿Has llegado a esa conclusión tú solo?

—No me lo estoy inventando.

—Así que es cierto lo que dice la subinspectora.

Las palabras me recordaron el apestoso hedor que, de alguna manera, seguía impregnado en mi memoria sensorial.

—Es importante saber si Carla Lizón estaba embarazada. Eso puede determinar si es suyo.

—Los resultados de las pruebas tardarán días.

—No has respondido a la cuestión.

Rojo dejó el aparato sobre la mesa y se frotó las manos.

—No, no lo estaba. No llegaron a tener sexo. El chute de heroína debió de dejarlos fuera de juego, lo cual explica muchas cosas.

—¿Cómo cuáles?

—Que discutieran, ella le golpeara y después decidiera quitarse la vida, una vez que se diera cuenta de que iba a acabar en la cárcel —dijo y buscó una ficha en una carpeta de color azul. La puso delante de mí. Era el expediente de Carla Lizón y en él aparecía una foto de ella, más joven y menos deteriorada de cómo la recordaba—. Esa chica guardaba un pasado… problemático. Había sido detenida en varias ocasiones por altercados en la vía urbana. Su familia no quiere saber de ella. No era una santa, que digamos. Las compañeras de piso han confirmado que tenía problemas a causa de las drogas.

—Él tampoco era un ejemplo a seguir.

—Lo típico en un chico inseguro que se ve desbordado por la fama. Su caso no es el primero. No me extraña que acabaran los dos así.

—Y te parece normal todo.

—No, pero llevo años viendo situaciones rocambolescas.

—Es muy difícil ahogarse por voluntad propia.

—A no ser que no sepas nada…

—¿Por qué miras hacia otro lado?

—Eres terco, ¿eh? Ya te dije que se escapó de Urgencias. A esas horas de la noche, no hay testigos por la calle, exceptuando los servicios de limpieza, que no pasaban por allí en ese momento. Mira, la explicación es lógica, que es lo que necesito ahora. Seguía colocada y tenía serios problemas personales. A veces, las personas nos vemos al límite de nuestras capacidades y la bruma nos atrapa. Encontró una alternativa a la vida que llevaba. Cruel pero cierto. No hay más.

—Pero no hay pruebas que justifiquen lo que dices.

—¿Ves este teléfono? —preguntó y apuntó con el dedo al aparato

de su mesa—. Lleva sonando desde ayer para que le dé una justificación. El comisario me está poniendo contras las cuerdas. Quiere que ceda el caso a los de Madrid.

—Si tan poco te importa lo ocurrido, hazlo. Te ahorrarás una preocupación.

—No. Me ganaría otras.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Demostrar que ha sido un suicidio?

—Te sorprendería la de personas que se quitan la vida a causa de problemas menos graves que éste. Nadie las escucha hasta que es demasiado tarde…

Los argumentos del policía no me convencían.

—¿Qué hay de las actas?

—Todos tiene una coartada, pero no descartamos nada, ni a nadie. Háblame de la modelo.

—¿Claudia Miramontes? —pregunté, negando con la cabeza—. Imposible que fuera ella.

—¿Ya te has enamorado?

—No seas cretino. Duerme en otro hotel.

—Eso no me dice nada. La modelo aseguró que estaba aquí por trabajo y que mantenía una relación sentimental con el músico. Pudo haberse presentado en la habitación y ver lo que sucedía, aunque no hay testigos que la vieran. El personal del su hotel ha confirmado la coartada. La noche del asesinato cenó en su habitación y no salió de allí.

—Hay algo más que no te he contado.

Rojo comprobó la hora en su reloj de pulsera.

—Empiezo a cansarme de tanta intriga… por lo que no te lo repetiré más veces, ¿qué carajo hacías en el Meliá a esas horas?

Cargué los pulmones de oxígeno, rebobiné la cinta mental de mis recuerdos y procedí a reproducir cada detalle de la noche.

—Llegué allí por un soplo que me habían dado por la mañana, un rumor a viva voz —expliqué, con voz pausada para que sonara creíble. Le estaba contando la verdad, pero Rojo tenía que lidiar entre los hechos y mi testimonio para encajar todas las piezas—. Primero, vi al cantante y al bajista coqueteando con dos mujeres en las escaleras que subían al bar.

—¿Estás seguro de que eran ellos?

Busqué en el bolsillo del pantalón el folleto doblado y se lo mostré.

—Arturo Pérez y Jonás López —dijo y revisó los testimonios—. Las versiones encajan. Ambos durmieron en la misma habitación, aunque lo hicieron sin compañía. No sabía que tenías una hermana…

—No la tengo.

—Entiendo… Sigue.

—Subí al bar del hotel a ver si tenía suerte. Allí reconocí al

guitarrista en la barra.

—Cristóbal Aguado.

—Sí… Estaba solo, borracho y con mala cara. Parece que tiene un problema con la bebida. Cuando me acerqué a él, no le agradó mi presencia.

—Será porque te ven las intenciones a leguas…

Ignoré el comentario.

—Cargó la cuenta a un número de habitación y se largó haciendo eses…

—¿Qué habitación?

—La 201, si no recuerdo mal.

—Esa pertenecía a Ribelles.

—Quizá no quería que supieran que había estado bebiendo. Su alcoholismo es problemático.

—¿Algo más?

—Eso fue todo hasta que apareció ese director de cine.

—¿Qué director?

—Arnaldo Lombardo, el *filmmaker*.

Rojo arqueó una ceja.

—No tenemos constancia de ello. Le pediré a Blasco que lo localice.

—Iba acompañado de una mujer —expliqué—. Tuvieron un encontronazo. Después Aguado desapareció. Hay testigos.

—¿A qué hora sucedió eso?

—No lo sé… Pasada la medianoche, tal vez.

—Ribelles murió poco antes. ¿Qué sabes de él?

—Nada… La mánager apenas me ha permitido acercarme al grupo. Estaba a punto de hacerlo esta tarde, pero ha ocurrido el accidente y se ha ido todo al garete.

Rojo revisó el testimonio.

—A esa hora, Aguado llamó al servicio de habitaciones para que le llevaran comida. El hotel tiene el registro. Además, Mariela Pardillos comprobó que estaba en ella. Eso confirma la coartada de ambos.

—A esa mujer no la vi en ningún momento.

—Se encontraba en el vestíbulo principal. Varios empleados la reconocieron fumando en la entrada del hotel cerca de la hora de la muerte de Ribelles.

—Deberías comprobar de nuevo su coartada.

—Lo estoy haciendo.

—Alguien miente.

—¿Y tu amigo el crítico?

—Descartado. Ese no es capaz de matar ni una mosca.

—Entonces tú eres el único que estaba en la habitación, Caballero.

—Eso no es del todo cierto.

El semblante del policía cambió por completo y vi cómo la vena de su cuello emergió entre la piel.

—La noche del asesinato, cuando encontré a la chica en el baño, salí al pasillo para pedir ayuda y me crucé con un empleado.

—Me suena haber escuchado esto antes…

—¡Te lo dije en su momento y te lo digo ahora! No me hiciste caso.

—Dices muchas cosas, Caballero… Sigue.

—Por eso he regresado al hotel esta mañana. La recepcionista se ha comportado de un modo extraño conmigo cuando le he preguntado por él. No ha querido decirme dónde estaba, ni cuál es su nombre… Sólo me ha asegurado que hoy no trabajaba allí, lo cual era mentira…

—¿En qué te basas para confirmarlo?

—Más tarde, mientras me escondía de la subinspectora en los cuartos de la basura, la he oído hablar con otros dos empleados del hotel… Ella preguntaba por mí, pero han debido confundirme con el nuevo, lo cual tiene sentido. Su aspecto era parecido al mío.

—Deja que adivine —dijo y se rascó el mentón con guasa—. Moreno, ojos marrones, estatura media tirando a baja, delgado… Hay quince millones de españoles con ese aspecto.

—Ese tipo se dirigía a la habitación con un motivo. Al verme, se escondió para evitar el problema, ¿lo ves normal en alguien que se dedica a entregar un pedido?

El inspector suspiró, sobrepasado por la cantidad de información. Existían las piezas, pero ninguna encajaba.

Un empleado del que nadie sabía nada, un test de embarazo que había aterrizado en la habitación sin más y un periodista charlatán que tenía motivos de sobra para demostrar su inocencia.

Después de un intenso minuto de silencio, Rojo se dignó a hablar.

—Lo que veo es que no tienes nada —explicó, con un tono serio y una actitud preocupante—. Cada minuto que pasa, siento más cerca el aliento del comisario gritándome en la cara. No puedo esperar sentado a que lleguen los resultados de la Científica y, como comprenderás, tampoco tengo tiempo que perder con elucubraciones propias de una novela de misterio.

—Aún hay margen de maniobra.

—Lo que hay son dos cadáveres en la morgue, un montón de periodistas haciendo horas extra por sacar un titular y un departamento entero dispuesto a demostrar nuestra ineficacia.

—Te estoy diciendo lo que vi. Encuentra a ese empleado y tendrás una explicación.

Rojo estaba desesperado. La necesidad lo llevó a confiar en mí.

—¿Y si no la tengo? Los dos tendremos un problema. Si el caso cae en otras manos, irán a por ti también.

El inspector se levantó y se ajustó el cinto al cuerpo.

—Confía en mi olfato, no queda otra opción.
—Y tú confía en que demos con ese tipo.

22

Abandonamos el despacho con urgencia. Los ojos de Rojo se cruzaron con los de la subinspectora Blasco, que se encontraba sentada delante de la pantalla del ordenador de su escritorio. Con una simple mirada, la agente entendió al superior y dejó su puesto para seguirnos. Nos subimos a un Peugeot de color negro, uno de los dos coches de los que disponía el Cuerpo. Me entusiasmaba la idea de viajar en un patrulla con las lunas traseras tintadas.

Cuando fui a abrir la puerta delantera, la subinspectora me apartó con el brazo.

—Gracias.

—Pero…

—Tú, atrás —dijo y señaló la parte trasera.

—No vamos de excursión, Caballero —agregó el inspector—. Venga, entra de una vez.

El asiento era más estrecho de lo que imaginaba. Recibí el olor a ambientador de gasolinera impregnado en la tapicería.

Tuve una reminiscencia de mis primeros días como reportero. Largas jornadas de trabajo, recordadas con añoro, en las que era más joven, trasnochado, ingenuo y ambicioso, capaz de todo y sin más horizonte a la vista que el de mi artículo impreso en las rotativas del periódico.

Un pasado precario y desesperanzado que no volvería a repetirse en una sociedad que ya no leía en papel, ni compraba los diarios.

Rojo encendió el motor y el coche se disparó por la avenida que recorría la costa para ir directos a la puerta del hotel. Se limitó a darle unas directrices a su compañera, quien me miró de reojo confirmando sus sospechas sobre lo ocurrido horas antes en el hotel.

—¿No vais a poner la sirena? —pregunté—. Como en las películas, para evitar el tráfico.

—No la considero necesaria —aclaró ella, indiferente y con la vista puesta en la carretera.

—No sé, tanta urgencia para dejar el edificio… Pensaba que íbamos tras alguien.

—Eres un pelmazo, Caballero —comentó el inspector, incorporándose al carril derecho y siguiendo el tránsito del resto de vehículos que circulaban delante—. No vamos a encender la maldita

sirena. No hay razones para alarmar a nadie.

—¿Qué hay de los privilegios de la policía?

—¿Por qué no te callas un rato? Ya has gastado tu cupo diario de palabras.

La subinspectora sonrió y me observó por el espejo retrovisor.

Me hubiese gustado preguntarle qué le parecía tan gracioso, pero no era el lugar más oportuno para hacerlo.

—Blasco, tú irás por las escaleras y comprobarás cada una de las plantas —señaló el inspector. El edificio del hotel se veía a lo lejos—. Nosotros preguntaremos en la recepción e intentaremos que el amigo escritor reconozca al empleado.

—¿Qué demonios os pasa a todos este verano?

Los dos agentes se miraron con complicidad.

—Relájate, Caballero —comentó él, con un tono de mofa que no pasó desapercibido—. Pareces un poco alterado. Deberías tomarte las cosas con menos seriedad, home…

—Ni una bonita palabra de cordialidad.

Rojo meneó la cabeza. Ella volvió a sonreír.

—Descuida, le pasa a veces —susurró, ladeando el rostro—. Problemas de atención, ya sabes…

El vehículo se detuvo en la zona de descarga de pasajeros. El botones de la entrada se acercó para advertirnos de que no podíamos aparcar allí, hasta que vio la placa que le mostró el inspector. Blasco salió del vehículo y el empleado se acercó a ella.

—¿Quieren que se lo aparque?

Ni la muerte miraba a sus víctimas como hacía esa mujer.

El botones asintió y se apartó de su camino.

Seguí los pasos de los inspectores. Parecían dos vaqueros entrando en el saloon de un pueblo maldito. Con una aparición así, las sorpresas estaban aseguradas. En el hueco que dejaban sus cuerpos, encontré aquellos ojos marrones como el caramelo, unos labios carmín que habría besado en otra vida y la americana roja que la hacía parecer una representante del pecado. Ocupada en su puesto de trabajo, la muchacha no tardó en levantar la vista y advertir la llegada de los policías y después la mía.

No pareció alegrarse al verme.

Incliné el mentón, me quité las gafas y le lancé una sonrisa de anuncio de dentífrico.

Su columna se tensó, los párpados se le abrieron y la dicción se le trabó.

«Te prometí que volvería, señorita Luz».

El pasillo de la entrada estaba desierto. Rojo y Blasco se acercaron al mostrador.

—Buenos días, somos el inspector Rojo y la subinspectora Blasco

—informó, mostrando la placa—. Necesitamos hablar con un empleado de este hotel.

Nerviosa, accedió a la petición.

—Por supuesto, ¿de quién se trata?

—Buenos días, ¡*senioorruita*! —exclamé, aproximándome por la esquina de la superficie, apareciendo como un rayo fugaz y apoyando los brazos sobre la madera. Los dos agentes me observaron perplejos y avergonzados—. ¿Se acuerda de mí, *senioorruita*?

—¿Perdone? No le entiendo…

—¿Puedes parar de hacer el imbécil? —preguntó Rojo, pulverizándome con una mueca.

—Sí, *cluaaarro*…

—No ha sido una buena traerlo —comentó la subinspectora.

—En eso te doy la razón —contestó Rojo y se dirigió a la recepcionista—. Necesito ver los registros de los movimientos del pasado jueves en habitación 201… Pedidos de comida, llamadas telefónicas… todo, ya me entiende.

De nuevo, al escuchar el número de la estancia, la muchacha se paralizó.

—Quizá le sea más fácil si le decimos que buscamos a la persona que se encargó de atender al huésped esa noche —comentó para los cuatro y me señaló—. El sujeto tiene un aspecto común, anodino y nada llamativo, similar al de este hombre, vaya.

Esta vez no iba a caer en su provocación.

Después de presenciar cómo me había tratado Rojo, la subinspectora intentaba buscarme las cosquillas.

Indiferente, di un respingo y señalé al escritorio de la recepción.

—El libro. Está todo en el libro.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, negando lo evidente.

—Existe un libro con el registro de llamadas y de peticiones —contesté, moviendo el dedo en círculos—. Sé que lo tiene ahí, en alguna parte. El otro día lo vi con usted y lo ocultó en cuanto le pregunté por la identidad de ese hombre.

—Creo que se equivoca… —dijo, con la voz quebrada y con los nervios a flor de piel.

—¿Es eso cierto, señora? Déjeme ver ese libro.

La dama se levantó de su trono, suspiró maldiciendo mi persona y abrió un cajón que había a la espalda de su silla. De ahí sacó un libro de tapa dura y lomo grueso y se lo entregó al inspector.

—Llevo tres semanas trabajando en este hotel y me ha costado mucho conseguir el puesto —reveló mientras Rojo ojeaba las páginas —. He oído acerca de lo que sucedió en la habitación, pero esa noche tenía el turno libre. No quiero perder mi puesto por haberme metido donde no me llaman… El salario es decente, pero las reglas son muy

estrictas.

—Tranquila, no buscamos culparla por nada —dijo la subinspectora Blasco para sacarla del desasosiego—, pero es importante que sepamos quién se hizo cargo de las comandas.

—¿Quién es Enrique? —preguntó Rojo, señalando la fecha del registro.

La muchacha buscó en su memoria.

—Creo que es el chico nuevo. Entró al mismo tiempo que yo, pero no estoy segura. Se encarga del servicio de habitaciones.

—¿Trabaja hoy?

—Sí, un momento —dijo y descolgó el teléfono para contactar con otra línea—. ¿Está Enrique disponible? Ajá, no… no pasa nada. Gracias.

Colgó.

—¿Ocurre algo? —preguntó la policía.

—En este momento se dirige a la habitación 128. Un huésped ha solicitado una botella de champán.

Comprobé la hora.

—¡Pero si no es ni la hora de cenar! —exclamé.

—Llámalo —ordenó.

Blasco se mostró reacia.

—Si oculta algo, eso lo alertará —explicó, pensativa—. Será mejor que lo encontremos por nuestra cuenta.

Rojo consideró la recomendación y cerró el libro.

—Está bien. Caballero, tú te vienes conmigo, como habíamos acordado… Blasco, ocúpate de las escaleras y llámame si das con él —ordenó, desvió la mirada hacia el ascensor y después se dirigió a la recepcionista—. En cuanto a usted, si lo ve, no le mencione que estamos aquí.

—Sí, no se preocupen.

—En marcha.

—Gracias, *senioorruita* —bromeé, ante su claro desprecio hacia mi persona.

El inspector y yo nos dirigimos al ascensor y esperamos a que bajara hasta el vestíbulo.

—¿Es necesario que hagas el payaso? —cuestionó.

—No lo entenderías. Es algo personal.

—Madura de una vez, *collons*… que tienes ya una edad —espetó y las puertas se abrieron hacia ambos lados—. No me extraña que sigas soltero.

23

Nos jugábamos toda la suerte a una carta. Cada movimiento en vano suponía tiempo perdido. Ese hombre era el único testigo con el que contábamos, la persona que nos podía relatar la verdad sobre lo ocurrido esa noche. Rojo se mostraba serio, más tenso de lo habitual, detalle que no pasé por alto. A él le afectaba más que a mí aquel asunto. Necesitaba encontrar un culpable, poner fin a la investigación y resolver la muerte del músico para zanjar de una vez por todas sus problemas profesionales. Por mi parte, el artículo periodístico empezaba a pasar a un segundo plano. No tenía ningunas ganas de escribir acerca de la muerte de Ribelles. La razón por la que seguía acompañando a mi amigo, a pesar de sus advertencias, no era otra que demostrar mi inocencia y hacer justicia a esa pobre chica.

La urgencia de Rojo también era la mía.

Sin el caso cambiaba de manos, tendría un futuro negro ante mí.

Por otro lado, no podía olvidarme de esa joven.

Su rostro, su mirada rota, el miedo fracturándole los huesos.

Puede que Carla Lizón hubiera tenido una existencia difícil y complicada, pero, ¿acaso los demás era distinta?

Todas las personas ocultan una vida de sombras y brillos, de episodios más oscuros y otros que recordamos de ellas cuando ya están en sepultura.

Me negaba a que su voz callara para siempre.

Esa pobre chica no merecía ser olvidada, pasando a ser un número más del registro funerario. Tampoco debía ser recordada por convertirse en la única mujer de una larga lista de conquistas del músico.

Aunque Rojo no estuviera de acuerdo, tenía la certeza de que Carla Lizón había sido víctima de la misma persona que había terminado con Ribelles. Tal vez por ocultar un secreto, quizá por estar donde no debía esa noche. Eso era lo de menos.

Nos encontrábamos ante un doble crimen lleno de lagunas, pero un doble crimen que no podía quedar impune. Si nadie iba a velar por ella, yo me encargaría de que su historia viera la luz.

Las puertas se abrieron, llegamos al pasillo de la planta y comprobamos las dos direcciones. A la izquierda se encontraban las habitaciones que iban desde la número 100 hasta la 120. Al otro lado,

el resto que completaba la serie.

—Yo iré por aquí —señaló el inspector a su derecha—. Tú encárgate de ahí, por si echa a correr.

Asentí sin discusión y le di la espalda, adentrándome en un angosto y moderno pasillo de moqueta con puertas a ambos lados. A medida que avanzaba, sentía cómo las pisadas de mi amigo se perdían en el silencio.

Me fijé en una caja de incendios en la que faltaba un extintor. El corredor no parecía tener fin. Poco a poco, las paredes me recordaron a la noche de la tragedia y los nervios contagiaron todo mi cuerpo, agitándome el pulso y provocándome una desagradable sequedad en la boca.

Conté cada una de las habitaciones y llegué al final del corredor sin señales de presencia humana. Pensé que Rojo ya se habría encontrado con él.

Di media vuelta y regresé más tranquilo, cuando noté el giro de una manivela. Antes de comprobar quién había tras la puerta, sentí una sombra sobre mi espalda. Reaccioné tarde y el extintor me atizó en el hombro, tirándome al suelo. Un golpe seco, directo y doloroso. La bombona cayó sobre la moqueta. El tapiz amortiguó el ruido y entonces vi los zapatos de aquel tipo corriendo delante de mis narices.

—¡Rojo, se escapa! —grité, mareado por el dolor.

Intenté ponerme en pie, pero la sacudida me lo impidió. Respiré hondo, buscando un lugar de paz en mi cabeza. El golpe se manifestó con rabia a lo largo del brazo y noté una tensión atípica que me impedía moverlo.

Ese desgraciado escapaba y no podía hacer nada por evitarlo.

Me apoyé en la pared con el hombro caído y el sopor que me impedía respirar con normalidad. La silueta entró por una puerta de emergencia y desapareció tras ella.

Después oí otras pisadas que se acercaron a mí.

—¿Estás bien, Caballero? —preguntó, agitado y desconcertado—. ¿Qué ha sucedido? Sabía que vendríamos. Ha dejado la bandeja al otro lado del pasillo.

—¡Olvídate de eso! ¡Ha huido por ahí!

—Mierda… Siempre te pasan por encima —murmuró, aquejado, y miró la entrada de hierro.

—¿Te vas a quedar ahí echándome la culpa? Corre tras él, yo estaré bien.

—¿Seguro?

—Demonios, Rojo…

El inspector empujó la puerta hacia dentro y cruzó el umbral que separaba las escaleras de emergencia del pasillo de la planta.

Segundos después, apareció la subinspectora, quien no parecía

haberse enterado de la función. Su primera reacción fue socorrerme, un detalle que aprecié con gusto y que demostró que, en el fondo, no era tan desagradable como quería aparentar.

Sus brazos me agarraron por debajo de los hombros y mi cuerpo se desplazó sobre su pecho. Me sentí arropado, aliviado con el perfume fresco que esa mujer llevaba. Echaba de menos esa sensación.

Después, la situación se volvió incómoda y sexual, y la subinspectora me sostuvo con fuerza contra la pared.

—Parece que te han dado un buen golpe… pero no llores, no te han roto nada.

—¿Cómo lo sabes? Duele una barbaridad.

—No podrías ni hablar… Te repondrás de ésta —comentó, echó un vistazo a ambos lados y observó el extintor que había en el suelo—. ¿Y el inspector?

—Por ahí —aclaré y señalé a la puerta—. Ha ido tras él.

—Ya veo…. —dijo y abrió. Miró hacia arriba y oyó, a lo lejos, las pisadas de Rojo subiendo los escalones—. Será mejor que le cubra las espaldas.

—¡No, es un error! Subinspectora…

—¿Qué pasa ahora?

—Lo perderéis… ¡Ah! Duele…

—¿Cómo dices?

—¿Confías en mí, Blasco?

Una segunda corazonada. Esta vez, más acertada que la primera, pero ganarme su beneplácito iba a tener que esforzarme.

Ella me observó, dubitativa en su respuesta.

—¿Por qué iba a hacer eso? Me has mentido todo este tiempo.

—Tan sólo hemos tenido un traspiés… Nada personal.

—Te doy dos segundos para que hables.

—Descuida… Uno me bastará.

24

Con dificultad, le expliqué a la subinspectora que nuestro hombre tomaría el único camino que nos despistaría a todos: la puerta trasera del hotel por donde entraba el personal.

Era una posibilidad y el mejor modo de abandonar aquel laberinto.

Ambos conocíamos la única vía de escape perfecta para darnos esquinazo.

La subinspectora no rechistó y me ayudó a entrar en el ascensor.

Llegamos al vestíbulo principal, las compuertas se abrieron y Blasco salió acelerada, dejándome atrás. La seguí sin éxito hasta la entrada principal y su silueta se perdió en la calle. La fuerte luz del sol me sorprendió al pisar el asfalto y un taxi que salía de la zona de descarga me pitó para que me apartara.

—¡Eh! ¡Estás en medio!

Aturdido pero consciente de la situación, pensé que la subinspectora necesitaría mi ayuda.

Me subí al coche y le ordené que continuara calle abajo. Dentro del vehículo, el calor era insoportable. El conductor sudaba y se limpiaba el sudor de la cara con la mano. Las ventanillas estaban bajadas, pero la brisa no ventilaba en el interior de la carrocería.

—Perdón, el aire acondicionado se me ha estropeado…

—Tenía que ser hoy, ¿eh? —pregunté, notando cómo las gotas caían por debajo de mi camisa.

—Lo siento.

Con el acceso cortado a los vehículos y la multitud de turistas que había a esas horas por el paseo marítimo que bordeaba la playa, identificar a nuestro hombre era como encontrar a Wally.

—¿A qué calle quiere que lo lleve? —preguntó el taxista, indeciso, a medida que nos acercábamos al cruce de la plaza de la Puerta del Mar.

Asomé la cabeza por la ventanilla y observé la playa, en busca de una mancha en la panorámica, de una silueta que se moviera a un ritmo diferente al de la masa, y entonces lo vi, en medio de la calzada, vestido con el uniforme blanco de trabajo, entre la gente, cruzando el paseo del Postiguet.

—Siga hacia el paseo, por favor —indiqué, intuyendo sus movimientos.

Si lo que buscaba, era esconderse, me di cuenta de que se estaba quedando sin opciones. Me pregunté si cruzaría por la pasarela de cristal que pasaba por encima de la carretera, o seguiría avanzando hacia el club de Regatas. Eché la vista atrás y vi a la subinspectora alejándose de la parte trasera del hotel, corriendo en paralelo y en busca del sospechoso. Por desgracia, no había rastro de Rojo.

El vehículo se adentró en la estrecha carretera que separaba la nacional de la playa. Mi indecisión ponía nervioso al taxista.

—¿Es aquí?

—No, no, siga…

—¡No puedo seguir! ¡Ahí delante tengo que dar la vuelta!

El paseo de Gómiz terminaba en una curva, a escasos metros de nuestra posición, que nos devolvía a la amplia calle de Jovellanos.

Volví a girar la cabeza. Blasco se movía con rapidez, abriéndose paso entre los peatones. El empleado del hotel advirtió su presencia y echó a correr hacia la pasarela, pero la subinspectora se encontraba aún lejos.

«¿Por qué me toca siempre a mí?»

El taxista me miró.

—¿Entonces qué?

Saqué la billetera y le pagué la carrera.

—¿No tiene cambio?

—Quédese con el resto y arregle ese maldito aparato —contesté y bajé del vehículo.

Busqué a ese hombre entre la muchedumbre.

Estaba a punto de alcanzar la pasarela de subida que lo llevaba al otro lado de la carretera.

Miré a la derecha.

Blasco se había equivocado de dirección y ahora avanzaba hacia el interior de la playa.

Sin vacilar, me puse en marcha cargando con la dolencia, siguiendo los pasos de una silueta sin sombra, a pesar del bochorno provocado por la temperatura y de una incipiente sed que me deshidrataba.

* * *

Nadie estaba exento de sufrir el agotamiento de una soporífera tarde de verano. Nadie con treinta y cinco grados a la sombra y el uniforme de trabajo encima.

Mi andar era lento y lo sobrellevaba con dificultad, pero el de ese

hombre aminoraba como el motor de un cortacésped atascado.

Atisbé sus pasos en una distancia que se recortaba, mientras que él ignoraba que lo seguía.

Cruzó al otro lado y yo me detuve en el puente, esperando para ver qué hacía. Desde allí, la vista era vertiginosa. Los coches que iban en dirección a Valencia y a San Juan pasaban a toda velocidad por debajo de mis pies.

El vértigo me agarró al pensar que podía caer sobre ellos en cualquier momento.

«No mires abajo».

Un manto de palmeras cubría el horizonte de la ciudad y, a mi izquierda, el color turquesa del Mediterráneo se convertía en espuma blanca a orillas de una playa infestada de bañistas.

El empleado tomó la subida para alcanzar la calle que bordeaba el castillo de Santa Bárbara y conectaba con el casco antiguo de la urbe. Si entraba en el laberíntico entramado de calles que formaban la ciudad vieja, lo perderíamos por completo.

Saqué fuerzas de mis entrañas y aceleré el ritmo con molestia. Recorté la distancia que nos separaba. Con cada paso que daba para atraparlo, me alejaba de Rojo y de Blasco.

Dejé la pasarela, subí los peldaños de la escalera que me llevaba a la superficie y aparecí en una calle estrecha de un único sentido, protegida por una muralla que la separaba de la carretera.

Los edificios de viviendas habían sido construidos en la ladera de la montaña que llevaba al castillo, arrancando un pedazo de ésta para desarrollar una atalaya residencial con hermosas vistas a la costa.

El hombre se detuvo, agotado por la escapada, ingenuo al creer que se había deshecho de nosotros. Lo sorprendí de espaldas, a escasos metros de mí, y me cuestioné cómo abordarlo sin que lo ahuyentara.

Las posibilidades de éxito eran mínimas.

Tanto esfuerzo no iba a ser en vano.

—¡Eh, Enrique! —grité.

O tal vez sí.

Eso fue lo único que se me ocurrió.

Estaba perdiendo la habilidad del oficio.

Al oír su nombre, se detuvo en seco. Noté los nervios en sus brazos, la tensión en lo alto de su cuello y me arrepentí de haber cometido semejante estupidez. La calle estaba vacía. A esa hora, nadie pasaba por allí.

Pensé que saldría corriendo hacia abajo y que lo perdería de vista, pero Enrique se había hartado de que lo persiguieran.

Yo no era Rojo ni Blasco.

Dio media vuelta y vi su mirada encendida.

Me reconoció. Estaba preparado para deshacerse de mí.

—Sólo quiero hablar contigo… —dije, dudando de sus intenciones.

—¡Tú! —respondió, furioso—. ¡Tú me has metido en este lío!

—Yo no he hecho nada. La policía quiere hablar contigo.

—Ni en broma…

Observé su respiración lenta, propia de un toro a punto de golpear al matador.

—Tranquilo, amigo… No cometas ninguna tontería de la que te puedas arrepentir. No es necesario…

Mis palabras no lo apaciguaron y se abalanzó como un animal salvaje.

Di un paso hacia atrás, pero no sirvió de nada.

Enrique me agarró por los hombros y me empujó contra el bajo muro para lanzarme al vacío. La presión de sus manos me debilitó. Me resistí, forcejeando con la poca fuerza que me quedaba, y sentí cómo mi cuerpo se aproximaba al abismo. Perdía el equilibrio. Sus manos me empujaban con una saña descomunal que era difícil de frenar.

Si no lo detenía, terminaría rodando cuesta abajo por la ladera de la montaña, poniendo fin a una cacería en la que él saldría victorioso y a mí me dejaría en el hospital.

No podía soportarlo más.

Aveciné un final desastroso, casi tan nefasto como el de Ricardo Ribelles.

Entonces una sombra cruzó por encima de nuestras cabezas. Ninguno de los dos advirtió lo que era.

Sus manos me soltaron y un fuerte impacto por la espalda lo despegó de mí. Rojo le propinó un segundo puñetazo en el costado que lo redujo en el suelo hasta que no encontró escapatoria. El corazón me volvió a latir con fuerza, mis pulmones hiperventilaban con frenesí.

Retrocedí y me aparté del muro con rapidez, observando la escena con asombro. El empleado del hotel estaba arrodillado en el suelo, bajo la supervisión del inspector.

—¿Cómo diablos nos has encontrado? —pregunté, anonadado por su presencia. Unos segundos más tarde y no lo habría contado.

Rojo me respondió con una mirada desdeñosa.

Estaba cansado, pero satisfecho por haber atrapado a aquel hombre.

—Estás detenido, desgraciado —señaló y le clavó la punta de la bota en el cuello.

—Esto es un abuso policial… —murmuró, lamentándose desde el asfalto—. ¡Tengo derechos!

Rojo lo presionó aún más.

—Ah, sí, por supuesto… Derecho a estar callado, si no quieres que te dé otra patada.

Se abrió la puerta del ascensor de cristal que subía desde la parte baja de la ladera. Nuestros ojos se desviaron hacia ella y la subinspectora Blasco irrumpió en la calle.

—A buenas horas… —comenté.

—Cierra el pico, Caballero… —ordenó el inspector, con un pie sobre la espalda del detenido. Sacó del bolsillo unas llaves y se las lanzó a su compañera—. Ve a por el coche. Lo llevaremos a la comisaría.

25

Un vaso de agua sobre la fría mesa de aluminio. Dos sillas y una habitación aséptica, diseñada y construida con la única intención de intimidar al interrogado.

No me permitieron acceder a ella. Me había sentado tantas veces en la silla del detenido, que no deseaba repetir la experiencia.

La subinspectora Blasco me llevó hasta un pasillo oscuro por el que se veía el interior de la sala. El empleado del hotel aguardaba sentado, con la mirada fija en el vaso de agua, a la espera de los agentes.

—En realidad, no deberías estar aquí, así que quédate quieto y no montes un escándalo, ¿entendido?

—Sí.

Rojo apareció por el pasillo.

—Enrique Salas, veintinueve años, expediente limpio y empleado del Meliá desde hace unas semanas. ¿De verdad que vamos a sacar algo de este enclenque?

—Es él, Rojo —confirmé, recordando su rostro—. No tengo dudas.

—Empiezo a arrepentirme de haberte hecho caso.

—De lo contrario, ¿por qué huiría? —preguntó la subinspectora y Rojo tiró la toalla—. Si no sabe nada, lo dejaremos marchar.

Rojo dio un respingo y abandonó el pasillo.

Blasco se dirigió a mí.

—Estaré en la puerta. Si recuerdas algo, házmelo saber.

Segundos más tarde, el inspector irrumpió en la habitación.

Por su expresión, supe que ya se había metido en el papel de policía. Tomó asiento y miró al sujeto.

—¿Estoy detenido? —preguntó el interrogado—. Quiero un abogado de oficio.

—Y a mí me gustaría estar en mi casa, pero estoy aquí.

—No tengo nada que decir. Esto va contra mis derechos…

Rojo dio una fuerte palmada en la mesa.

—Has visto demasiadas películas. Colabora, terminemos de una vez y dejaré que te vayas a tu casa.

—No tienen motivos para retenerme.

—Te he dado el alto dos veces, has intentado lanzar al vacío a una persona y has mostrado resistencia ante una detención. ¿No te parece suficiente? Porque a mí sí.

—Estaba asustado. No sabía que era policía. ¿Qué habría hecho usted?

—No tengo todo el día —contestó y miró hacia el espejo—. Quiero que me hables de la noche del jueves en el hotel. Sé que estabas encargado del servicio de la segunda planta, así que cuéntamelo todo… ¿Qué pasó en la habitación 201?

—No lo sé. Yo sólo hice mi trabajo. No vi nada, se lo juro.

—Según los registros, a las diez de la noche serviste una botella de whisky y varios emparedados al huésped de la habitación. Algo verías.

—Entré y salí. Ni siquiera me dieron propina.

—Y regresaste más tarde, cerca de la medianoche. Sin embargo, no hay registro alguno de que el cliente hubiera hecho un pedido.

—Eso no es cierto.

—Tenemos un testigo que te reconoció. El mismo al que has intentado matar.

—¡No iba a hacerle daño! Quería que dejara de seguirme.

—Venga, no te pongas pesado. Dime por qué estabas allí. Si no tienes nada que ver, no deberías preocuparte.

Enrique Salas suspiró cansado. Parecía sumergido en una profunda contradicción.

—Se me va a caer el pelo…

—No, si me lo cuentas y fingimos que este encuentro nunca ha sucedido.

Los ojos del chico se levantaron de la mesa y miraron a los del inspector.

Después negó con la cabeza.

—Tiene que prometerme que mis superiores no se enterarán de lo que voy a decirle. Me echarán del trabajo.

—Primero, confiesa. Después, los milagros.

El detenido dio un segundo y largo suspiro.

—Estaba siendo una noche agitada por culpa de esos músicos… Me avisaron para que pasara por la cocina. La bandeja estaba preparada. Era algo habitual y no sospeché de nada —explicó, recordando lo ocurrido—. De camino a la entrega, la recepcionista me avisó para que acudiera a la calle, por la parte trasera del hotel, a fumar un cigarrillo. Alguien había preguntado por mí…

—¿Y no sospechaste nada?

Él hizo un ademán de desprecio.

—He trabajado antes en otros hoteles. Le sorprendería las excentricidades de algunos huéspedes… La puerta trasera es un salvoconducto para que entren, ya sabe…

—Señoritas de compañía.

—Veo que me entiende… El cliente deja buenas propinas y nosotros nos encargamos de ocultarlo. Sin ellas, el salario no

compensa todas las horas que trabajamos.

—¿Qué pasó en el exterior?

—Había un tipo esperando en la entrada —contestó—. Me sorprendí, pero también me limité a callar. Tenía pinta, pues de eso… de camello. Se acercó a mí y me entregó un sobre de burbujas pequeño. En un primer momento, pensé que se habría equivocado, pero supe que no era así cuando conocía a dónde me dirigía.

—¿Qué contenía el sobre?

—Droga, creo.

—¿Crees?

—¡Yo qué sé! ¡No sé nada de esas cosas!

—¿Y por qué cojones recoges un sobre con droga de un desconocido? ¿Eres imbécil?

La respuesta me extrañó.

Tenía sentido lo que contaba, ya que Ribelles se había colocado antes de morir. Pero, dada la importancia del evento y del riesgo al que se exponía si sus compañeros lo descubrían, me sorprendió que se tomara la molestia de contactar a un tercero para que le comprara una dosis.

Algo no encajaba en esa historia.

La expresión del chico se encogió. El rostro se le enrojeció, lleno de vergüenza y culpa.

—No lo descubrí hasta que iba de camino a la habitación —aclaró —. El tipo me dio veinte euros de propina para que lo hiciera y no los rechacé. ¿Qué peligro había al subir un sobre a una habitación? Nadie se iba a enterar.

—¿Te dijo algo el huésped?

—No. El sobre iba en el interior de la bandeja. Ni siquiera me dio las gracias.

—¿Era este hombre? —preguntó y le mostró una fotografía de Ribelles.

—El mismo.

—¿Estaba con alguien?

—Sí… Había una mujer.

—¿La puedes describir?

—Era alta, morena y mayor que él. Parecían estar en medio de una conversación. Me limité a dejarlo todo y me fui.

—¿Por qué regresaste más tarde?

El empleado tragó con dificultad. El sudor le caía por la frente.

—Alguien se quejó por el ruido en el hotel. A esas horas es extraño que ocurra, así que temí que la situación se hubiese desmadrado. Quise comprobar que todo estaba en orden.

—Y no fue así.

—Lo vi tendido en la cama, a ese hombre preocupado…

—Y te largaste cuando entendiste que la habías pifiado.

—¡No quería buscarme un problema! ¡Lo reconozco! Sé que no debí hacer aquello…

Rojo volteó la cabeza hacia el espejo. Blasco apareció de nuevo y se colocó a mi lado.

—¿Encaja con lo que recuerdas? —preguntó.

—Más o menos… Llegó cuando Ribelles ya estaba muerto.

—¿Sospechas de la mujer que ha descrito?

Asentí.

Sólo había una que encajara con esa descripción.

Lo más grave era que no podía creer que lo hubiera hecho ella.

26

Se nos fue la tarde allí dentro, pero también la energía para continuar y la esperanza de que esa historia albergara un final cercano.

Enrique Salas se marchó sin rechistar y prometió no mencionar lo que había sucedido en la sala de interrogatorios. Rojo tenía dudas de que se mantuviera callado, aunque, por el bien de su carrera profesional, le convenía que así fuera.

Subimos a la primera planta y nos metimos en la oficina del inspector. Sin darme cuenta, estaba pasando más tiempo allí de lo que habría imaginado en un primer encuentro. De una u otra manera, el destino me hacía terminar en ese despacho.

El inspector se mostraba meditabundo, confundido con el abanico de versiones y testimonios que tenía encima de su escritorio. La subinspectora Blasco no tenía mejor cara que él. A ninguno de los tres nos encajaban las piezas. Un problema habitual, si no fuera por la urgencia que había por cerrar el caso, encontrar al culpable de la muerte del batería y cumplir con la demanda de los superiores del Cuerpo.

—Un traficante… ¿Cómo diablos vamos a encontrar ahora al camello que le vendió la droga? No disponemos de tiempo para ponernos a patrullar por la ciudad —espetó, enfadado consigo mismo —. Siento que estamos dando cabezazos contra una pared, carajo.

—Te olvidas de algo —comenté. Los cuatro ojos se clavaron en mi cara—. Enrique Salas ha afirmado que había una mujer en la habitación cuando llevó la comida. Por la descripción, esa persona ha de ser Mariela Pardillos, la mánager del grupo. Aseguró que esa noche estuvo en su estancia.

—Puede que diga la verdad —respondió la subinspectora Blasco—. Eso no explica gran cosa. Tal vez fuera a hablar con él y después se marchara. Es la representante, es su trabajo, ¿no? De todos modos, el envío llegó mientras ella estaba con él… y cuando tú entraste en la habitación, sólo estaba esa chica.

—Hasta donde sé, Mariela está en contra de las sustancias. Fue ella quien metió a Ribelles en la clínica de desintoxicación y también se encargó de que ninguno de los otros volviera a consumir mientras estaban de gira.

—Entonces me estás dando la razón —comentó Blasco.

—Necesitamos comprobar las grabaciones de las cámaras, ¿cómo es que no las habéis conseguido todavía?

Rojo se tapó la cara con las manos.

—¿Alguna obviedad más? Sabes de sobra que para eso necesitamos una orden judicial que no poseemos.

—Lo cierto es que no lo sabía.

—Piensa en otra cosa, Caballero. Utiliza la enorme cabeza que tienes.

Estaba perdido en un mar de dudas, completamente en blanco.

—Regresemos al principio, a la noche del crimen —contesté, rascándome la nuca—. Ribelles tenía problemas de adicción. Estaba recuperado y limpio, todos sus seguidores se alegraban de ello. Pensándolo bien, es muy extraño que alguien ajeno a su entorno intentara perjudicarlo, haciéndolo caer en el mismísimo infierno, poniendo en peligro su integridad horas antes de un evento tan importante.

—¿Por dónde quieres ir? —cuestionó ella, intrigada.

—En todas las formaciones existen rencillas personales —continué, recordando la conversación que había tenido con Ricarte—. Picaporte me habló de los roces que varios miembros tuvieron con él. Y no es para menos… Fue el último en llegar a la formación y el primero en aparecer en las portadas de las revistas.

—¿Y eso que tiene que ver ahora?

—En el primer álbum no figuraba ninguna canción firmada por él. En el segundo, un tercio de las composiciones eran de su autoría. El próximo mes, la banda va a anunciar su tercer disco de estudio, por eso han viajado dos días antes para filmar el videoclip del single. Tal vez uno de ellos no quiera que ese álbum salga a la venta.

—¿Insinúas que alguno de sus compañeros le envió la dosis?

—Podría ser. En plena grabación, el único modo de que Ribelles no figurara en el vídeo era dejándolo indispuesto. No lo mataría, pero Mariela no permitiría que apareciera con ese aspecto en la pantalla. Lo mismo que ocurre con Aguado. Miles de personas iban a ver ese vídeo en Youtube.

—Estás desvariando, sacando las cosas de contexto. La formación es exitosa, mueve dinero y a muchos seguidores. Es un hecho. Están atados a contratos, tienen abogados que los presionan y directivos de discográficas que no permiten que haya errores. Es otro hecho. Nadie en su sano juicio sacrificaría su carrera por una cuestión de envidias.

—Son estrellas del rock, Rojo —agregó Blasco, apoyando mi discurso—. Llevan vidas muy distintas a las nuestras. Están acostumbrados a creerse el ombligo del mundo, a tener la atención que piden, a cometer excentricidades y a comportarse como si fueran genios.

—Para mí no son más que una panda de malcriados.

—Insisto en que quizá haya algo más que un simple roce que estamos pasando por alto —argumenté, recuperando la atención de los agentes—. Ribelles era un cretino y no me extrañaría que se regodeara de ello delante de sus compañeros. Deberíais interrogarlos de nuevo y averiguar si alguien lo visitó entre las diez y las doce de la noche.

Rojo rechazó mi propuesta.

—No perdemos nada, inspector. No me malinterprete, no quiero darle la razón a Gabriel, pero tiene sentido lo que dice. No es la primera vez que una banda provoca una ruptura por diferencias personales.

—¿Os estáis oyendo o es que habéis perdido la cabeza? No permitirán el acoso policial. Hay mucho dinero en juego en la ciudad. Si esa panda de bohemios cambia de parecer y cancela el concierto por nuestra culpa, se nos caerá el pelo.

—Si no tienen nada que esconder, no pondrán pegas.

Rojo seguía indeciso, pero la presión de su compañera lo obligó a rendirse.

—Mirad, ¿sabéis que os digo? Que está bien, me rindo, vosotros ganáis, los citaremos por última vez… pero tú no estarás presente, Caballero. No quiero correr más riesgos innecesarios. Desde el principio te dije que te alejaras y has acabado metiéndote debajo de la suela de mis zapatos… Así que lo haremos nosotros, siguiendo el protocolo, cumpliendo con la norma… Y no hay discusión que valga.

—Está bien —dije y mi respuesta lo alertó—. Me parece correcto.

—¿Está bien? ¿Sin más? ¿Eso es todo lo que vas a decir después de estar un buen rato convenciéndonos para que hagamos lo que digas?

—Sí, ¿por qué no? Os dejaré hacer vuestro trabajo. Lo prometo.

El inspector carraspeó. No importaba lo que respondiera.

Se iba a enfadar igualmente.

—¿Y qué se supone que vas a hacer mientras tanto?

Observé a Blasco, que me escuchaba con la expresión fría.

—Yo me ocuparé de averiguar a quién pertenece el test de embarazo.

—¡Oh, no, lo sabía! Otra vez, no… —lamentó Rojo—. ¿Por qué no buscas a esa modelo de una maldita vez y sales de dudas? Presiento que es irrelevante, pero así descansarás y nosotros también.

La bombilla se encendió en mi cabeza y tuve una ocurrencia que podría acelerar la resolución.

—Ahora que lo dices, no es una mala idea —respondí, dibujando una mueca en mi rostro. Él me miró y no le gustó lo que vio.

—Conozco esa cara, Caballero. Sé que estás tramando algo.

Blasco no entendía nada, pero mi amigo estaba en lo cierto.

27

Puede que aquel fuera mi momento preferido del día.

Algunos lo llamaban la hora mágica. Una auténtica obra de arte natural, un deleite visual y un gozo para la imaginación. La denominaban mágica porque enmarcaba la franja que separaba el atardecer de la completa oscuridad de la noche. El cielo se pintaba de tonos dorados y rojizos, el sol se ocultaba en poniente tras las montañas, como una bola de fuego y el oropel de las estrellas marcaba las alturas.

Un cambio de poderes. El último adiós de un largo día que se marchaba a descansar hasta el siguiente amanecer. El momento perfecto para detener el tiempo y quedarse en ese instante de por vida, antes de que la luz se apague con la oscuridad y las personas nos dejemos absorber por la penumbra de nuestro pesar.

Me alejé de la comisaría y di un paseo vespertino en dirección a Canalejas con la intención de visitar el hotel donde se hospedaba Claudia Miramontes.

Llamé a la recepción y solicité que me pusiera en contacto con su habitación, pero la modelo no se encontraba en ella. Decidí intentarlo más tarde.

La hora de cenar se acercaba. Los bares comenzaban a llenarse y mi estómago rugía pidiendo un poco de clemencia. Llevaba horas sin pegar trago o bocado que alimentara mi cuerpo.

Con las manos en los bolsillos, disfrutando de una fresca y agradable temperatura que bajaba lentamente, atravesé la calle de Pintor Lorenzo Casanova. Me fijé en las caras de los que se cruzaban por mi senda, en las tiendas de barrio y en sus escaparates que seguían anclados en el pasado, con los mismos maniquíes de la década anterior. Crucé por delante de la vieja estación de autobuses, ahora convertida en una enorme plaza con jardín en la que se reunían padres primerizos y familias al completo. Recordé la vieja estación con nostalgia y también lo gris que había sido esa zona durante los años de mis primeros pasos en el periodismo. Un área plagada de inmundicia, de trapicheos, de errantes y de viajeros sin destino con una maleta y un único billete de ida.

La ciudad se había transformado como también lo había hecho yo. Y es que el cambio no perdona a nadie, aunque, en ocasiones nos

empeñemos en que algunas cosas perduren en el tiempo tal y como son, haciendo de ellas un mito, un recuerdo mejor, un mero producto de la imaginación.

En la esquina con la calle de Alemania reconocí el toldo granate con el logotipo de cerveza Mahou y la amplia puerta de madera con cristaleras de uno de los pocos templos gastronómicos que resistía al paso del tiempo.

El Cantó era una cervecería de la Transición, un bar de los de antaño en el que guardaba muchos momentos de mi vida almacenados con cariño. Un bar con todas las letras, como el Guillermo, con su salón familiar, su barra de madera alargada, los taburetes altos, los cuadros taurinos colgados en lo alto, las fotografías de los encargados con los famosos de turno y una carta muy española que miraba de reojo a las estrellas de la Guía Michelín.

Abrí la puerta del establecimiento y observé a la clientela del momento, abundante y dispuesta a embuchar vino, marisco fresco y carne a la piedra. Encontré un rincón junto a las vitrinas y la compañía de un inglés. Su rostro, pelado por las quemaduras del sol, disfrutaba de una copa de tinto y de un potente plato de habichuelas con chorizo.

Cómo lo fuera a digerir más tarde, no era asunto mío.

Con al apetito despierto por el olor de la cocina, bajo el griterío de los comensales que hablaban a voces desde las otras mesas, pedí una copa de verdejo, un calamar trinchado a la plancha y un poco de jamón serrano y queso, de acompañamiento. Esto último, para los tipos como yo, era como el Padre Nuestro de cada día. Uno no se podía ir a la cama sin haberlo ingerido.

Disfruté de la solitaria cena, reflexionando acerca de los sucesos de las últimas horas. Tenía un grave problema que solucionar. Más que una corazonada, guardaba toda mi esperanza en que Claudia Miramontes me diera una respuesta. El embrollo se volvía más complejo y el tiempo corría en nuestra contra sin dar con un culpable.

Si no encontrábamos a esa persona antes del amanecer, Rojo y yo estaríamos en una dura encrucijada.

Culminé la breve cena con un café bien fuerte para mantenerme lúcido, aboné la cuenta y salí de la cervecería con dirección al hotel. Bajé por la avenida de Doctor Gadea, que se convertía en un vaivén de jóvenes animados y con unas copas de más encima, y seguí mi paso hasta la plaza de Canalejas. La noche estaba tranquila, dos taxis esperaban en un lateral de la glorieta, subidos en la acera. Los barcos del puerto no se movían y el ruido procedente de la Explanada rompía con una calma propia de comedia romántica. Comprobé la hora. Se acercaba la medianoche. Pensé en telefonear de nuevo, pero decidí asegurarme en persona.

Entré en el hotel, que se encontraba silencioso, y me acerqué al recepcionista, que estaba en un vestíbulo estrecho y tras un mueble de madera oscura y retoques de aluminio dorado.

Allí todo tenía algo de opulencia: las paredes, la tapicería de los sofás y hasta el brillo de las lámparas.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Sabe si ha llegado la señorita Miramontes? —pregunté y me respondió con una mirada de desconcierto—. Está bien, ¿podría avisar a la habitación 101?

—¿De parte de quién?

—Gabriel Caballero.

—Un segundo, señor Caballero —respondió, descolgó el aparato y marcó el número, pero no obtuvo respuesta—. Lo lamento, parece que no hay nadie en su habitación. Le dejaré el recado, si lo desea.

—Está bien, no se preocupe —dije y me mordí el labio inferior, en un acto inconsciente, pensando en cuál sería mi siguiente paso. Era obvio que esa mujer no me devolvería la llamada a tiempo. Necesitaba hablar con ella esa misma noche—. ¿El bar sigue abierto?

—Hasta la una, señor.

—Gracias.

* * *

Las agujas del reloj se movían con más rapidez a medida que ingería el contenido de la copa de cristal. El bar estaba vacío. Los últimos dos clientes se marcharon al poco de llegar yo. Con la silenciosa compañía de un barman que colocaba las botellas de los estantes y se aburría como una ostra tras la barra dorada, ordené las preguntas que le haría a esa mujer. Después reflexioné sobre algo.

Si el destino me había llevado una vez más al ojo del huracán, ¿acaso meterme donde no me llamaban, formaba parte de mi naturaleza? Puede que fuera así, me dije casi convencido, y también podía ser que no tuviera otro remedio, como quien sigue en ese trabajo detestable para que su vida no se desmorone, o como quien no abandona a un desconocido, por miedo a la soledad.

Pasadas las doce, con dos *dry martini* en el cuerpo, acepté que esa mujer no aparecería.

«Estás perdiendo el tiempo aquí, Gabriel».

A Claudia Miramontes se la había tragado la tierra.

Desesperanzado, pagué la cuenta, abandoné el bar y salí del hotel

con la intención de encontrar un taxi en la plaza a esas horas. Lo había intentado con ganas, pero el deseo no fue suficiente.

Eché un vistazo y comprobé que la calle estaba desierta. Avisté los vehículos al final de la bajada y observé a uno de los taxis que se detenía en el paso de peatones. En el interior había dos personas. Retrocedí, antes de que me vieran. Primero reconocí la voz de ella. Era la modelo y estaba acompañada. Sus largas piernas salieron del vehículo y después la vi de cuerpo entero. Claudia vestía un conjunto veraniego de color azul con lentejuelas brillantes. Se mostraba sonriente e inquieta. No era la prenda más bonita, pero las personas como ella tenían la suerte de que todo les quedara como un guante. La mayoría no podíamos decir lo mismo. Y es que Dios no da alas a los escorpiones.

Del otro lado del vehículo apareció un hombre.

En un primer momento, no lo reconocí por su melena ondulada, pero averigüé su identidad en cuanto le vi el rostro. Sin monturas, parecía otra persona.

Me agaché para ocultarme entre los vehículos y retrocedí, guiado por el instinto, hasta la esquina de la calle. Sospeché que la muerte de Ricardo Ribelles era cosa del pasado para Claudia Miramontes. Ahora se dejaba abrazar por los largos brazos de Arnaldo Lombardo, el famoso director de cine.

Lombardo la agarró por la cintura hasta la puerta del hotel. Se movían como una pareja que ya había pasado del primer beso, el momento en el que la tensión se desvanece, sabemos que la otra persona siente la misma atracción que nosotros y estamos listos para desatar la pasión de nuestros cuerpos. Sin embargo, desde mi posición, las manos de la modelo me indicaban lo contrario. Intuí que Lombardo no cruzaría el umbral de la entrada de aquel hotel, por mucho que insistiera en acompañarla a la habitación. Miramontes tenía una larga carrera, era audaz y no acababa de nacer. El director, por su parte, resultaba demasiado previsible. Y ese era el problema. Estaba acostumbrado a tener lo que quería y a quien deseaba, sin ningún tipo de rechazo, consciente de que las mujeres se acercaban a él por su posición de poder y no por la persona que era.

—Para, Arnaldo, que nos van a fotografiar los papparazzi —comentó ella, riendo nerviosa, apartándole las manos que trepaban por sus caderas—. Aquí no, por favor.

Él se rio con ella y cedió. Después le puso un dedo bajo el mentón y se acercó a los labios para besarla. La modelo le rodeó el cuello con los brazos y pegó su cuerpo al de él, despertando la virilidad tras la bragueta.

—Llévame a tu habitación —dijo él, separando sus labios unos centímetros—. Pediremos champaña y fresas.

Mis ojos se quedaron eclipsados en la respuesta. El momento de la decepción había llegado.

Con un gesto ensayado y premeditado, los ojos de color turquesa de la modelo lo contemplaron con deseo. Lentamente, se mordió el labio inferior sin despegar la mirada, manifestando la pasión que albergaba su cuerpo, y movió la cabeza hacia ambos lados, negando con una sutileza que resultaba imposible de discutir.

—Eres increíble, Arnaldo —comentó. Los brazos del artista la apretaron aún más—, pero no puedo. Hoy, no.

El director, que tampoco era nuevo en la seducción del interés mutuo, insistió.

—No te arrepentirás, Claudia.

Ella lo besó otra vez, aumentándole las ganas que tenía de meterse bajo las sábanas, antes de darle la estocada final.

—Lo siento —dijo y desvió la mirada hacia el otro lado de la calle, continuando con el teatro—. Me encantaría, de verdad, pero no puedo. Lo de Richi está tan reciente… No creo que sea una buena idea.

Una jugada magnífica para mantener el interés del director, pensé.

Arnaldo mordió el cebo.

La miró, acompañándola en el sentimiento y la abrazó con fuerza, susurrándole al oído algo ininteligible. Él no logró verlo, pero yo sí, y supe que había sido una farsa al notar la indiferencia en esa mujer. De repente, con la barbilla apoyada en el hombro del tipo que la abrazaba, sus luceros felinos apuntaron hacia mí. Claudia Miramontes me descubrió. Su rostro cambió por completo y no supe definir si la expresión era enfado o estupefacción.

Le indiqué que guardara silencio con el índice en mis labios. Ella negó dos veces, en esta ocasión sin sutileza alguna, y regresó al director de cine.

—¿Te parece si hablamos mañana? —preguntó ella, poniéndolo de espaldas contra mí y acariciándole el rostro con la mano—. Empiezo a sentirme regular…

—¿Estás bien? Te has quedado pálida.

Ella rio con falsedad.

—Sí, son sólo náuseas. Tal vez sean las ostras.

—¿No prefieres un masaje?

—No, de verdad. Me gustaría acostarme.

—Pues… en ese caso, descansa y recupérate.

—Te llamaré mañana.

Él la miró con desconcierto.

—No hemos intercambiado los números, Claudia…

—Llámame tú. Estaré en la 101.

Él asintió, le entregó un último beso y regresó a la plaza para subir

a un taxi. Yo seguía oculto en la esquina, mirando de reojo hasta que él se marchara. Claudia esperó a que el vehículo dejara la glorieta. En cuanto desapareció, entró en el hotel con paso firme, sin dirigirme la palabra. Ahora que conocía su secreto, no podía desaprovechar la ocasión.

Corrí hacia la puerta del edificio, crucé el vestíbulo y la vi esperando al ascensor.

—¡Olvídame, Caballero! —exclamó, a varios metros de mí, con los brazos cruzados y nerviosa frente al elevador—. No pienso acceder a tus chantajes.

—Lo he visto todo, Claudia.

—Ya me has oído. Buenas noches.

La puerta del ascensor se abrió. La modelo puso un pie en el interior.

—Sé lo del embarazo —dije en voz alta, esperando a que reaccionara.

Y lo logré.

La modelo retiró el pie del ascensor y se quedó paralizada durante unos segundos.

Después se dirigió a mí.

Sus ojos verdes se habían manchado de interrogantes.

—¿Qué es exactamente lo que sabes?

28

Regresamos al bar. Esta vez, opté por una botella de agua con gas para no provocar más estragos. Claudia estaba intranquila y lo reflejaba en su pierna izquierda que se movía sin control.

—No malgastes el tiempo —dijo, inquieta—. Habla.

La tenía contra las cuerdas.

—Antes de empezar, ¿me he perdido algo?

—¿Acaso tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi vida?

—No parece la reacción más adecuada de alguien que acaba de perder a su pareja.

—Cierra el pico —respondió con hostilidad—. ¿Es otro de tus trucos?

—En absoluto… —dije y me refresqué la boca dando un sorbo al agua—. He oído lo que le decías a Lombardo sobre tus náuseas. ¿Estás embarazada de Ribelles?

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¿A qué viene todo esto?

Su enfado era sincero.

—En la habitación de Ricardo encontraron un test de embarazo positivo. No pertenecía a Carla Lizón, la chica que estuvo con él antes de que lo mataran… y que apareció sin vida en la playa.

La respuesta la sobrecogió. No estaba al corriente de las noticias y temí haber hablado más de la cuenta.

—Así que lo mataron… Te lo dije.

—¿Es tuyo, Claudia?

Ella negó hasta tres veces.

—No, eso es imposible.

—¿Estuviste allí la noche del accidente?

—¡No! No estuve allí ni tampoco es mío —respondió y su rostro se encogió con dolor—. Lo puedo demostrar.

—¿El qué?

—Que no estoy embarazada, idiota —manifestó, avergonzada—. No puedo tener hijos.

—¿Estás segura de lo que dices?

—¡Y tanto! ¿Eres tonto, Caballero?

No precisé hacer más preguntas al respecto.

—Entonces, ¿de quién puede ser?

—¿Y me lo preguntas a mí? Dios mío, esto sí que no lo esperaba…

Las sospechas apuntaban en una sola dirección, pero no podía jugármela a seguir dando palos de ciego sin evidencias.

—Tienes que ayudarme y contarme todo lo que sepas sobre Ribelles y su relación con los otros miembros de la banda. No me queda mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—No importa eso ahora… La noche de su muerte ocurrieron algunas cosas que no logro encajar… Todo esto es confuso y sé que lo que te voy a decir no tiene mucho sentido, por eso necesito tu testimonio.

—Sorpréndeme, aunque dudo que supere lo que ya has dicho… Un test de embarazo, ¡será cerdo!

—¿Ricardo tuvo alguna recaída?

—No. Me contó acerca del infierno por el que había pasado… No quería saber nada de las drogas.

—Pero alguien se molestó en enviarle una dosis a la habitación…

La modelo arqueó una ceja.

—¿Cómo dices?

—Uno de los empleados del hotel lo ha confesado. Le dieron una buena propina para que lo hiciera.

—Por Dios…

—Cuando llegó a la habitación, había una mujer con él. No era esa joven y tampoco eras tú…

—¡Era ella! ¡Te lo dije! Ella lo mató.

—No te excedas. Puede que estuviera allí, pero no tiene motivos.

—Para ser reportero, veo que no haces muy bien tu oficio.

—Será mejor que no hablemos del trabajo de cada uno… ¿En qué te basas para acusarla de esa manera?

—No tienes la menor idea de qué va todo esto, ¿verdad?

—Estoy esperando a que me lo cuentes tú.

La modelo suspiró, se meció el pelo y llenó los pulmones, con cansancio.

—Desde hace un tiempo, Mariela estaba harta de Ricardo. Era talentoso, se había ganado al público y eso picaba.

—Lo de ser un engreído y un soberbio tampoco tenía nada que ver, ¿verdad?

—Puede que no fuera una persona fácil y que tuviera sus episodios más oscuros, pero siempre estuvo ahí para la banda desde que ingresó, aportando buenas canciones, compensando la falta de carisma musical de sus compañeros.

—Mariela es una mánager. El dinero es lo que le importa y la banda es su fuente de ingresos. Partiendo de tu teoría, sin Ribelles no habría trabajo. No tiene sentido pensar que lo hizo ella.

—O tal vez sí —replicó—. El nuevo álbum estaba compuesto por canciones de Ricardo. Era un genio multidisciplinar y la compañía discográfica era consciente de ello… Cuando presentaron la primera propuesta de canciones, la mayoría escritas por Arturo y Cristóbal, la multinacional la rechazó y el contrato peligró. No estaban a la altura.

—Y Ricardo les ofreció las suyas.

La modelo carraspeó.

—No fue del todo así —comentó, sacando el secreto que el batería se había llevado a la tumba—. Ellos le encargaron que escribiera diez temas y él accedió. La noticia no agradó a sus compañeros, pero no tenían opción para rechazar la oferta. Sin disco, no habría gira y el sueño de la fama se estrellaría en un mar de decepciones.

—¿Qué opinó Mariela?

—¿Esa? Nada.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Él me lo contó. Me dijo que dejaría la formación en cuanto se publicara el disco. Tenía su proyecto en solitario y sabía que podía continuar sin ellos. Pero el grupo, al contrario, no volvería a levantar cabeza.

—Y no le importaba esa gran familia a la que pertenecía.

—Son una panda de cabrones. Él miraba por su futuro.

—La vanidad del artista, capaz de todo…

—Tú no le conocías. Yo, sí. Iba a ser el mejor músico español de la década. Tenía un gran futuro por delante.

—Sigo sin entender qué pinta ella en toda esta historia.

—Es obvio, ¿no? Con Ribelles muerto, lo convertirían en un mártir y no existiría la posibilidad de que tomara su camino. No han tardado ni un día en encontrar un sustituto. Esa arpía lo tenía calculado…

—Entiendo que sin Ricardo no habrá videoclip.

—No. Se ha cancelado. Arnaldo se ha quitado un peso de encima.

—Déjame adivinar, ¿tampoco se llevaba bien con ellos? He visto que había trabajado antes con el grupo.

—Ricardo y él no tenían una buena relación.

—¿Problemas sentimentales?

—Más o menos —respondió y sopesó la respuesta—. No debería contarte esto, pero Richi le hizo la vida imposible la última vez que trabajaron juntos. El grupo y Arnaldo tenían un proyecto de idea y Ricardo convenció a la discográfica para que él fuera el protagonista del vídeo. Terminaron haciendo lo que él dijo y eso le sentó como un tiro a Arnaldo.

—¿Por qué iban a trabajar juntos de nuevo?

—Dinero y prestigio, a pesar de todo.

—Interesante… ¿Y qué hay de lo sentimental?

—No vayas por ahí…

—No seré yo quien te juzgue. ¿No sospechas de ese director? Motivos no le faltaban para ajustar cuentas con Ribelles.

—No. Estoy convencida de lo que digo.

—¿Tienes evidencias que lo corroboren?

—Podría tenerlas, si fuera necesario.

—Entiendo…

Comprendí que, la primera noche que visité a Miramontes en el hotel, no fui el único hombre con el que el que habló. No le iba a mencionar que antes de reunirse con ella, se vio con otra dama.

—Escucha, Caballero. Mariela guarda un pasado oscuro en la industria.

—¿A qué te refieres?

—Maldita sea, tengo que hacer el trabajo por ti… Esa mujer es peligrosa, tiene poder e influencia entre las discográficas. Conoce a todo el mundo. Hace unos años, antes de trabajar con los Desmembrados, llevó a juicio a una cantante de un *reality show* que representó cuando terminó el programa. Acabaron muy mal y le arruinó la carrera. Ella continuó, pero esa chica no volvió a pisar un escenario. No me extrañaría que hubiera hecho lo mismo con Ricardo.

—Son acusaciones muy fuertes, Claudia.

—Ese empleado estuvo allí y la vio. Tú lo has dicho. Esa es la verdad.

Me quedé pensativo ante la seguridad de sus palabras. Tenía razones para odiarla, pero no bastaban.

A pesar de su insistencia, los argumentos de la modelo no me terminaban de convencer. Era demasiado obvio que mantenía una cruzada con esa mujer y no hacía miramientos por ocultarla. Sin embargo, mis intereses no eran los de resolver las rencillas que existían entre las dos. Debía encontrar a la persona que había acabado con Ribelles y con Carla Lizón, a la vez que asistía a Rojo para que sus superiores no se le echaran encima. El tiempo se agotaba. En veinticuatro, horas los Desmembrados estarían sobre un escenario frente a miles de seguidores, y tenía la corazonada de que la persona que buscaba se encontraría entre las filas.

Aunque la información de esa mujer era relevante hasta cierto punto, sentí que había descuidado mis pesquisas. Debía hablar con el inspector y entregar el test de embarazo para que lo analizaran.

—Es tarde. Será mejor que lo dejemos aquí, Claudia. ¿Te quedarás más días?

—Me marcho a Madrid el domingo. No pienso perderme el concierto para ver qué se han inventado.

—Dudo que sea una buena idea.

—A estas alturas, ¿qué importa ya?

Me despedí y caminé hacia la puerta del bar.

—¿Caballero?

—¿Sí? —pregunté, volteándome.

—Espero que sepas guardar un secreto.

—No diré nada —contesté. Me aguantó la mirada. No se refería a la conversación—. Tampoco sobre lo que he visto esta noche.

Salí del hotel con la cabeza llena de incógnitas y me dije que la almohada de mi cama tendría que esperar unas horas más para ser abrazada.

Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón, marqué el número de la comisaría y pedí que me pusieran con el inspector Rojo. Era el camino más corto para contactar con él.

—¿Sí? —preguntó al descolgar el teléfono de su oficina—. ¿Eres tú, Caballero?

—Rojo, voy directo a la comisaría. Tenemos que analizar el test para saber a quién pertenece. Puede que Mariela Pardillos esté relacionada con la muerte de las dos personas. ¿Habéis averiguado algo?

La calle estaba desierta.

Vi un taxi detenido en la glorieta y caminé cuesta abajo para acercarme a él.

—Sí, pero te lo contaré en persona. Date prisa, te esperamos aquí.

Colgué, guardé el aparato y giré para cruzar el paso de peatones. Unas luces me alumbraron por detrás y sentí cómo el motor de un coche se acercaba a mí a gran velocidad. Sin tiempo a reaccionar, la carrocería me arrolló por el costado, mi vida pasó a cámara lenta y mi cuerpo voló despedido. La caída fue rápida y el impacto seco. Respiré con dificultad, pero no sentía las piernas. Bajo el manto de estrellas y la brisa marina que soplaba a esas horas, me apagué por completo.

29

Pensé que había muerto, pero lo cierto es que estaba bien vivo.

Los recuerdos eran difusos y se apelmazaban en mi cabeza como fotografías despedazadas. El impacto, la caída, los rostros de unos médicos y el trayecto en el interior de una claustrofóbica ambulancia. Después todo se volvía oscuro.

Recuperé la consciencia en una sala aséptica que olía a desinfectante y a alcohol para las heridas. Noté una presión en el cuello que me impedía mover la cabeza, pero mi sesera parecía funcionar con normalidad. Llevaba un collarín para que evitara los movimientos innecesarios y un cabestrillo en el brazo izquierdo.

Tumbado en la camilla, moví los dedos de los pies, después las piernas y me alegré al notar que me conservaba de una pieza.

—Te has salvado de milagro. Ni que fueras de goma, muchacho… —comentó un médico que se acercó cuando notó que me agitaba—. No hagas esfuerzos, todavía tenemos que hacerte una resonancia. ¿Cómo te sientes?

—Buena pregunta —dije, un tanto asfixiado por la presión del collarín—. ¿Dónde estoy?

—En el Hospital General. ¿Recuerdas lo que ha ocurrido?

—Sé que me ha atropellado un coche, pero después… ¿Han detenido al conductor?

—No. La policía está en ello. Se ha dado a la fuga… Un taxista ha sido testigo del atropello.

—Tengo que hacer una llamada. Es importante.

—Ahora no. Debes descansar y recuperarte. Te irás a casa en cuanto me asegure de que no eres un montón de piezas desordenadas.

—Estoy bien, me duele el cuerpo como si me hubieran dado una paliza, pero puedo soportarlo.

—Todo a su debido momento. ¿Quieres que avise a algún familiar?

—Sí. Llame a la comisaría provincial y contacte con el inspector Rojo. Es un buen amigo.

—Tranquilo, ya te he dicho que la policía se está haciendo cargo. Pronto hablarán contigo.

—Pero es que no tiene nada que ver…

—Gabriel, relájate y tómate un respiro. Has vuelto a nacer.

El médico no entendía palabra y yo tampoco tenía tiempo para

explicarle qué estaba sucediendo. No me gustaba ser retorcido, aunque sospechaba que el accidente no había sido fortuito. A estas alturas del caso, no creía en las casualidades. Pensé que alguien debió seguirme hasta el hotel para después arrollarme. Esa persona estaba al corriente de mi investigación y quería sacarme de en medio. Por suerte, no lo había logrado y aún poseía la prueba que resolvería esa historia.

Con esfuerzo, metí la mano en los bolsillos, pero no encontré nada.

—¿Dónde están mis pertenencias?

El médico se acercó a una bandeja. Me mostró el teléfono, la billetera y el juego de llaves de mi apartamento. El terminal móvil estaba aplastado y tenía la pantalla partida en pequeños cristales.

—Llevabas encima esto. Tendrás que comprar otro. Dudo que éste vuelva a funcionar.

De pronto, sentí un sudor frío en el pecho y el pulso se me aceleró con violencia. No podía estar pasándome a mí. Estaba atrapado en un mal sueño.

—No es posible, había algo más. ¿Está seguro de que eso era todo?

—Sí, todo lo que han encontrado mis compañeros. ¿Te encuentras bien?

—Pero…

—No deberías alterarte. Aunque no lo parezca, tu cuerpo ha sufrido un golpe muy duro y eso le ha provocado un gran estrés.

El sonido de una ambulancia se acercó desde lo lejos.

—¿Cuándo podré salir de aquí?

—Ya te lo he dicho… Cuando me asegure de que puedes estar en pie y recibas el alta —explicó, miró hacia la entrada de la habitación y chasqueó la lengua—. No te muevas de aquí. Ahora vendrán unos agentes para que testifiques. Regresaré en un rato y comprobaré cómo te sientes.

El médico abandonó la sala y me quedé rodeado de máquinas que no sabía para qué funcionaban. Esperé a que desapareciera por completo y su voz se silenciara. Debía marcharme de allí, pero no tenía muy claro a dónde ir. Entendí que el test de embarazo había salido despedido de mi bolsillo por el impacto. En el mejor de los casos, seguiría en la calle del accidente, pero hecho añicos. Ya no sería de utilidad.

Las palabras del médico me hicieron recordar.

Jaime Picaporte había sido trasladado allí tras el accidente en la plaza de toros. Quizá todavía siguiera ingresado. Aunque no era la mejor ocasión para atosigarlo a preguntas, esperé que llegáramos a un acuerdo.

Me desabroché el collarín con cuidado y no sentí más que una gran liberación. Mi aspecto no era el más deseable, pero podía pasar por el de un visitante. Guardé mis pertenencias, salí de la habitación y me

dirigí a un pasillo que llevaba al ascensor.

30

Nadie sospechó de mí, a pesar de que mi cuerpo se desmoronaba por dentro. Tenía los minutos contados. Ese doctor descubriría que me había largado.

Pregunté en la recepción por Picaporte y me enviaron a la tercera planta. Tomé el ascensor, crucé el pasillo y me acerqué a la puerta de la habitación que me habían señalado.

Una enfermera se cruzó en mi camino.

—¿Se puede saber a dónde va? —preguntó, desconfiada—. No se admiten visitas a estas horas.

—Perdone, señora… Estaba buscando el baño. Creo que me he perdido.

Ella hizo un gesto de cansancio y supe que no era el primero que le decía eso.

—Siempre igual… ¿Por qué no preguntan? Los tiene en la planta de abajo.

—Gracias… —dije y me fijé en el ascensor que había al otro lado del pasillo. Avancé unos metros hasta que la mujer entró en una de las habitaciones y me detuve. Luego retrocedí y regresé al cuarto de Picaporte.

Cuando abrí la puerta, lo encontré durmiendo, con los brazos vendados y la cara cubierta de gasas.

Cerré con sigilo y noté cómo sus ojos se abrían.

—Caballero… —susurró.

Le hice un gesto para que callara y me acerqué al borde de la cama.

—No alces la voz —dije, en voz baja—. Se supone que no debo estar aquí. ¿Cómo te encuentras?

—¿Desde cuándo te preocupas por mí? —preguntó y su mirada me estremeció. Sus ojos eran un mar picado a mediodía, pero por un momento, todas nuestras rencillas quedaron olvidadas. Lamenté lo sucedido, pues yo podría haber sufrido las consecuencias de la descarga—. Estoy bien, supongo. Las quemaduras han sido superficiales… Dicen que mañana me darán el alta médica.

—Te han asado como a un pollo.

—No tiene ninguna gracia.

—Perdona, no quería ofenderte —comenté, respirando hondo—.

Tengo que hablar contigo, Jaime. Es importante.

—Es sobre el reportaje… Es eso, ¿verdad? Pues la llevas clara.

—No seas tan terco. Ese maldito artículo es lo que menos me importa en este momento. Han muerto dos personas. Tres, si te llega a pasar algo más grave… y cuatro, si el atropello me hubiera dejado tieso.

—¿De qué estás hablando?

Porque Picaporte desconocía lo que Rojo, Blasco y yo habíamos averiguado y yo no disponía de tiempo para ponerlo al tanto de la situación, debía hacerle un resumen.

—A Ribelles lo mataron.

Sus ojos se abrieron.

—¿Cómo estás tan seguro?

—La policía está investigando el caso. También el de la chica que estaba con él. Por eso tienes que ayudarme —respondí y lo miré fijamente. Respiré hondo—. Encontré un test de embarazo entre la basura que habían sacado de su habitación. No pertenece a su novia, Claudia Miramontes, ni tampoco a esa pobre joven. Sé que no te dice nada, pero estoy convencido de que tiene que ver con la muerte del músico. Por desgracia, no sé cómo ni por qué llegó hasta allí…

—Yo no sé nada de eso, Gabriel. Tú has averiguado más que yo, por tu cuenta.

—¿Qué me puedes decir de Mariela Pardillos? Sé que te llevas bien con ella… Claudia Miramontes está empecinada en que mató a Ribelles, pero la policía no posee motivos ni evidencias para demostrarlo. Lo único que sé es que estuvo en su habitación, horas antes de que le golpearan en la cabeza.

Escuchar el nombre de la mánager le sentó como un reflujo de acidez.

—No la conozco tanto como crees —declaró con esfuerzo—. Ella se encarga de proteger al grupo de nosotros, de los seguidores y de que todo salga bien. También lleva las cuentas y lidia con las discográficas y los organizadores de eventos.

—Tengo entendido que guarda un historial particular.

—Sí, ha tenido desencuentros con algunos artistas, pero nada nuevo en este mundo…

—¿Como para matar a alguien?

El mar picado pasó a una balsa tranquila.

—¿Tú estás tonto?

—¿Qué me dices de la relación con sus compañeros? Sé que no es buena entre ellos desde que Ribelles asumió el control de la banda… ¿Nunca notaste nada raro?

—¿Como qué, Caballero? No existe nada más raro, y más predecible a la vez, que un músico de rock.

—Estoy al corriente de los problemas que ha generado este último disco.

—Sí, es cierto que la fama volvió miserable a Ribelles y tal vez eso haya dejado en la sombra a los otros tres, pero de ahí a que lo maten para deshacerse de él… es un poco fantasioso.

—A Cristóbal Aguado tampoco le ha dado muchas alegrías.

—Esa es otra historia… El problema con la bebida parece que viene de lejos.

—¿Se llevaba bien con Ribelles?

—¿Bromeas? —cuestionó y dio un suspiro—. Eran inseparables.

—¿Sabes si había algo entre Ricardo Ribelles y Mariela Pardillos? Él no parecía tener freno con las mujeres.

—¿Qué? —preguntó, incrédulo—. No digas tonterías, ni hablar.

—Tenía que preguntarlo.

—Mariela es una mujer con experiencia. Sería una insensatez meterse en un lío amoroso con un desgraciado como Ribelles, sabiendo cómo terminan esas cosas…

—Nunca metas la mano en el fuego por nadie. Creemos que las personas no cambian y terminamos chamuscándonos la mano… —comenté y me lanzó una mirada furiosa—. Disculpa, ha sido otra analogía desafortunada.

—Ahora que lo dices, corría un rumor sobre Mariela y…

Él notó el brillo en mis ojos. Los dos estábamos pensando en lo mismo.

—Aguado, el guitarrista.

—Pero no deja de ser un rumor… Además, lo difundió en Twitter ese Ricarte para el que trabajas. Tú mismo puedes ver el nivel editorial.

—¿Y si fuera cierto? ¿Ya no sería tan insensato?

Picaporte me miró.

—Yo también lo he visto esta tarde —añadí.

—No, tonterías… estamos rizando el rizo.

—¿Ribelles no, Aguado sí?

—Que no, Gabriel, que Cristóbal no está a la altura, no es su tipo… Es buen guitarrista, pero no tiene carisma.

—Mejor me lo pones…

—¿Qué? No te entiendo ahora.

—Tú no has tenido muchas aventuras, ¿verdad? —pregunté y él no respondió. El color de su cara lo hizo por él—. Las relaciones de pareja son complejas. Puede que a Mariela le guste Aguado, porque es dócil, tranquilo y, como dices, sin carisma. Por el contrario, Ribelles…

—Que no, que es una cuestión profesional.

—Ribelles representaba para ella el pecado, la tentación —expliqué—. Lo vi entrando en los estudios, desairado como Jim

Morrison, iluminando con cada paso… Tenía ese aura que sólo algunos músicos poseen… No me extrañaría que ella se viera provocada… El deseo de lo prohibido es capaz de todo.

—No me extraña que te llamaran de Rockódromo. Eres un chismoso.

—Mira, Jaime, alguien envió a un camello para que le llegara una dosis de heroína a Ribelles.

—¿Y qué? Pudo ser cualquiera.

—Cualquiera que quisiera verlo recaer.

—E insinúas que fue Aguado.

—Conocía el problema, el número de la habitación donde se hospedaba y la manera de hacerla llegar.

—Que no, Gabriel. Cristóbal no pudo hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque Ribelles y él eran uña y carne.

—Eso es lo que decían, pero se han visto cosas peores, compañero…

—¿No es más fácil pensar que fue el mismo Ribelles quien se encargó de contactar con el traficante?

Mis ojos se iluminaron.

—Tú lo has dicho… Es más sencillo creer que fue así… ¿Conoces la historia de Caín y Abel?

—El golpe te ha afectado demasiado. Mariela no es su plato de lentejas.

—En eso te doy la razón. La banda sí lo es.

—Ahora, la banda. Estás fatal, Caballero… Tanto tiempo en la sección de sucesos te dejó turuleco.

Aquel era el problema de Picaporte.

La falta de curiosidad limitaba su conocimiento.

Mi experiencia en la sección de sucesos, cubriendo noticias durante años, me ayudaba a comprender la situación desde otro prisma.

—¿Sabes, Jaime? Puede que tengas razón —señalé y respiré hondo, notando el aire viciado de la habitación—, pero también puede que todo haya sido un retorcido plan para que parezca lo contrario ante los ojos de la policía. Los problemas de Ribelles con las drogas, el pasado oscuro de Mariela en la industria, la descarga eléctrica en la guitarra…

—¿También crees que el accidente ha sido cosa suya?

—Mírate, sigues vivo—aclaré, rascándome el mentón—. Todo forma parte de un ajuste de cuentas, un problema de celos, de envidias y de miedos… Cristóbal lo hizo todo pensando en él y en su carrera, por encima de cualquier otra cosa, pero nunca contó con que los planes se torcerían. ¿Quién renuncia a la cima cuando está a punto de tocarla? Nadie quiere ser el astronauta que llega a la Luna y ve

cómo su compañero la pisa.

Busqué mi billetera y saqué el artículo de prensa que había recortado anteriormente.

—Esto lo escribiste tú el mes pasado.

Y se lo entregué.

«Pase lo que pase, hay que seguir adelante. No creo que ninguno de los cuatro seamos imprescindibles».

«El concierto de la Plaza de Toros marcará un antes y un después en nuestras trayectorias. No me cabe la menor duda. Nuestros seguidores nunca lo olvidarán».

Dos respuestas típicas de alguien que rellenaba los párrafos de una revista para promocionar una actuación y un nuevo disco.

Dos sentencias que cobraban un sentido diferente para los dos hombres que estábamos en el interior de la sala de aquel hospital.

Él me miró desconcertado y encontró en mí la seguridad que nunca llegó a tener para seguir un rastro certero.

Me incorporé de la silla con dificultad. A medida que mi cuerpo se enfriaba, todo me dolía. El equilibrio me bailó. Tragué con dificultad. Me noté la boca reseca y la lengua apelmazada. Agarré la botella de agua y me serví un vaso.

—¿Estás bien, Caballero? Tienes mal aspecto.

—Sí —dije, bebiéndome el agua del vaso de un trago y limpiándome los labios con la mano—. Me está pegando el bajón del cansancio, sólo eso… Llevo demasiadas horas sin dormir.

—¿Cómo lo vas a denunciar? Sólo tienes hipótesis basadas en tus deducciones.

—Nadie es perfecto. Seguro que se le ha escapado algún detalle…

—La policía no te escuchará.

—El inspector que lleva el caso, es amigo mío.

—Suponiendo que lo logras, ¿cómo piensas escapar de aquí?

—Buena pregunta…

Ambos oímos unos pasos apresurados que se acercaban por el pasillo.

«Es por aquí, agente…»

La puerta de la habitación se abrió y reconocí los rostros que acompañaban al de la enfermera con la que me había cruzado un rato antes. Fue un despiste por mi parte y ahora me sentía acorralado.

—¿Es él? —preguntó el policía, irrumpiendo en el cuarto y acercándose a mí para agarrarme del brazo que tenía libre—. ¿Este es el hombre que se ha escapado?

—Así es, agente —confirmó el doctor desde el marco de la puerta.

Cada vez me costaba respirar más, como si hubiesen cortado el oxígeno allí dentro.

Sentí el pulso en la sien, el sabor metálico en la boca y percibí

cómo se me trababa la lengua mientras esas personas gesticulaban y alzaban la voz a mi alrededor.

—Le dije que no podía estar aquí —comentó la enfermera, justificando un notable enfado.

—Se está mareando, señora… —señaló Picaporte, desde su cama.

—¡Debería llevar el collarín, insensato! —bramó el doctor.

Las siluetas se movían con rapidez ante mis ojos.

Un oscuro hormigueo me nubló la vista y un fuerte zumbido me impedía escuchar por el oído izquierdo.

—Usted viene conmigo —comentó el policía, echándome en la cara un aliento amargo por el café y la nicotina. Me agarró por el hombro, pero no sentí dolor sino una fuerte pesadumbre.

—¡Con cuidado, agente, por favor!

Di un paso al frente con mucha torpeza. Mis rodillas se volvieron de goma y sentí que flotaba entre ellos, como un cisne sobre las aguas de un lago, como una mosca en el aire antes de ser aplastada con la mano.

Sin aliento y sin visión, alargué el brazo para agarrarme a alguien, antes de dar de bruces contra el suelo, pero ni el aire me bastó para sujetarme. Entonces me acordé de la pregunta que Picaporte me había hecho.

¿Cómo saldrás de aquí, Caballero?

Y sonreí de pena porque supe que no lo lograría, permitiendo que el asesino saliera airoso de su plan.

31

Un tictac en mi cabeza me despertó en el interior de una sala parecida a la anterior, aunque no igual de aséptica. El tictac del corazón bombeando contra las paredes de mi pecho me marcaba el paso del tiempo. El temor a que el esfuerzo no tuviera su recompensa, a que aquello no hubiese servido de nada… La vida era eso, arriesgar, ganar y perder, pero nadie arriesga para perder ni tampoco se esfuerza para el fracaso. El tictac me llevó a la juventud, cuando los días eran lentos y parecían no tener fin. Con los años, el tiempo se había convertido en un nudo de corbata que apretaba cada día un poco más.

Vi mi reflejo en la ventana. Me habían puesto otra vez ese feo collarín y el cabestrillo en el brazo. Mi rostro estaba hundido, tenía la piel blanda y la mirada apagada, a pesar de que me esforzaba por mantenerme a flote moralmente. Noté cómo las canas comenzaban a poblar mi cabeza. Era un síntoma de la edad, decían. También lo era cuando alguien me comentaba que mis amistades formaban familias, tenían hijos, mantenían salarios estables y pasaban las vacaciones de verano en Dénia. Todo lo que un día detestábamos, ahora se convertía en un manual de supervivencia.

El tiempo pasaba rápido y molestaba como un mosquito cercano en la penumbra. Los días se mezclaban con las noches en recuerdos difusos para la memoria, haciéndome creer que todos los sueños e ideales que algún día había tenido de joven no eran más que un imposible de un muchacho soñador, convertido en un ingenuo impostor.

Volví a la ventana con desánimo y me dije que tal vez aquella fuera una de esas señales, no para empezar de cero y tampoco para cambiar. Un aviso para que nos dejemos de juegos, pasemos página y sigamos con el trascurso natural de la vida sabiendo que, al fin y al cabo, todo irá como debe si no nos metemos en líos.

Me cuestioné si así era, si había llegado el momento de abortar la misión.

Un destello iluminó mi cabeza y el rostro de Carla Lizón apareció en ella.

No sabía si fue producto del calmante que me habían dado.

Me harté de verme allí dentro como un despojo.

La puerta se abrió y el médico entró a comprobar mi estado. El

agente de policía vigilaba en la entrada. No me escaparía con facilidad.

—Vaya, veo que has despertado… otra vez —comentó y me observó las magulladuras del rostro—. Ya estamos mayorcitos para desobedecer, ¿no crees? No te conviene moverte mucho, en tu estado.

—La edad es un número, doctor.

—Un número que mata —añadió y me tomó el pulso en la muñeca —. No te quites el collar. El mareo que has sufrido está relacionado con tus cervicales. No es nada grave, pero podría convertirse en algo serio.

—¿Cuándo voy a poder regresar a mi casa?

—Pronto, ¿a qué viene tanta prisa? —preguntó, extrañado—. Además, el agente quiere hablar contigo. No lo enfades o te meterás en un buen lío…

—He oído esa frase antes.

El médico se rio, garabateó algunas notas en un informe y guardó el bolígrafo en el bolsillo de la bata.

—Los periodistas… ¡Qué raza! ¿eh? —comentó, mirándome desde los pies de la cama—. Sois insaciables y molestos… Yo quería ser reportero, pero mis padres tenían otros planes para mí… No me quejo de que hubieran decidido por mí, ¡ja, ja!

—Me alegro por usted…

—Quédate quieto y calculo que mañana podrás pisar la calle.

—Por supuesto, doctor…

—Guzmán… Doctor Guzmán.

Giré el rostro hacia la ventana, fingiendo desolación y tristeza, como si fuera el protagonista de un cuadro de Edward Hopper. Después comprendí que ese médico había visto cientos de veces la misma reacción en sus pacientes.

El hombre entendió que necesitaba calma.

Esperé con el rostro apartado hasta que abandonó la habitación y la puerta se cerró del todo.

Los pasos del agente se alejaron de la entrada. Alguien parecía hablar con él.

No había mucho que pudiera hacer. Moví la mano derecha por los alrededores de la cama, sin visión alguna, en busca de un mando que alertara a la enfermera.

Las pisadas se alejaron del pasillo.

Segundos después, sentí cómo el cierre se desplazaba.

Los nervios atacaron las entrañas de mi estómago.

Volteé la cabeza, a pesar del collarín que impedía mi movilidad.

La puerta se desplazó hacia dentro y un chorro de luz iluminó las baldosas blancas del piso.

No comprendí qué estaba sucediendo, ni qué hacía ella allí, ni

cómo me había encontrado.

Se llevó uno de sus finos dedos a los labios para indicarme que guardara silencio. Asentí con la cabeza.

—No disponemos de mucho tiempo, pero voy a sacarte de aquí, Caballero —susurró, acercándose a la cama y observando mi estado—. ¿Puedes ponerte en pie?

—Lo intentaré —dije, con un tono de voz bajo para evitar que nos escucharan—. ¿Cómo me has encontrado, Blasco?

—Soy policía —respondió y me ayudó a incorporarme—. Me pagan para que encuentre personas. Las preguntas para más tarde. ¿Dónde están tus zapatos?

—Supongo que en el armario.

Detrás del caparazón que llevaba a diario, había un gran corazón. La agente Blasco me puso los zapatos y me ató los cordones.

—¿Dónde está Rojo?

—Nos espera en el aparcamiento —contestó y me incorporé con torpeza. Los efectos del calmante ayudaron a que no sintiera tantas molestias al avanzar—. ¿Estás listo?

—Pues no lo sé —comenté—. Ese pasillo es peor que una fortaleza medieval. ¿Y Picaporte?

—Ahora no hay tiempo para eso. Estará bien, no te preocupes.

—Un momento… Hay un policía custodiando la entrada. No me dejará marchar…

Ella me regaló una sonrisa.

Entendí que la subinspectora lo tenía todo bien atado.

—Ya me he encargado de eso, pero regresará si seguimos perdiendo el tiempo aquí dentro —respondió y me agarró del brazo con fuerza. El olor a champú fresco y perfume que desprendía esa mujer me revitalizó. Pocas cosas había más agradables que aquellas—. No mires a nadie y camina conmigo. Será mejor que nos vayamos. Odio los hospitales.

32

Ella fue la primera en marcharse de la habitación. Me entregó una señal para que hiciera lo mismo y el pasillo de la planta se convirtió en un campo de obstáculos difícil de evitar: enfermeras, médicos y pacientes. Guardé silencio, conté hasta tres y me limité a seguir sus indicaciones.

Nada de preguntas, nada de cruces de miradas. Cualquier señal pondría en duda nuestras intenciones.

Cada paso aceleraba mi corazón.

El ascensor que había al otro lado de la planta parecía encontrarse en un pasillo infinito e imposible de alcanzar.

Avanzamos lento y en silencio, pero sin pausa.

La presencia de la subinspectora, con la placa colgada de su cuello, llamó la atención del personal sanitario. Nadie se atrevió a preguntarle qué hacía allí ni por qué me llevaba con ella. Sólo una persona podía retenerme en ese hospital. Recé para que el doctor no se cruzara en nuestra fuga.

Esperamos unos segundos a que el ascensor llegara a la planta. Los números rojos del contador digital no se movían. Hice un esfuerzo por no mirarla, por actuar como un desconocido ante sus ojos, pero me costaba fingir ser alguien que no era. Blasco me clavó una señal de alerta para que siguiera con la boca cerrada.

Segundos después, la puerta se abrió delante de nosotros. En el interior del ascensor había dos personas más. Por el aspecto, intuí que estaban de visita. Parecían un matrimonio de avanzada edad.

—¿Bajan? —preguntó la agente, intimidándoles con su voz.

Estos asintieron con un gesto, entramos en el elevador y nos colocamos tras ellos.

Suspiré, pero la calma apenas duró.

Bajamos una planta y las puertas se abrieron de nuevo.

Ahí estaba el doctor Guzmán, con su pose de actor de telenovela y la bata blanca que le llegaba a las rodillas.

La subinspectora no advirtió el detalle, pero yo me escondí agachando la cabeza, a pesar de que el collarín me lo impedía.

El sanitario, con una sonrisa grapada a su rostro, entró, nos observó a los cuatro y pulsó un botón en el panel. Después nos dio la espalda.

Blasco me miró, intentando descifrar qué me sucedía. Mi expresión no necesitaba explicaciones. La huida se complicaba si ese hombre se quedaba a solas con nosotros.

Descendimos dos plantas más.

El matrimonio nos abandonó.

Aguanté la respiración como si buceara en una piscina.

La subinspectora, que tenía más recursos que yo, me dejó atrás y se colocó junto al hombro del médico para captar su atención. El doctor Guzmán era igual de alto que ella. De manera accidental, encontró los ojos helados de la agente. La placa que colgaba sobre su pecho disipó el contacto visual y la mirada del médico regresó al frente.

La puerta se abrió cuando llegamos a la planta baja. Era nuestro momento para salir, pero temí que me reconociera al pasar por su lado.

«No mires atrás».

Él dijo adiós en voz alta y volvió a pulsar el botón de la planta a la que se dirigía. Ella avanzó hacia el exterior y me esperó fuera.

Di un paso al frente y seguí la silueta de Blasco.

Noté la reacción del médico cuando advirtió mi presencia.

En un acto inconsciente, nuestras miradas se tocaron y su ceño se arrugó sorprendido.

—¿Caballero? —preguntó estupefacto. Desatendí la llamada. Las puertas comenzaron a cerrarse—. ¡Caballero!

El doctor pulsó el botón para que el cierre se detuviera. La mano de Blasco me agarró con firmeza.

—¡Oiga, agente, ese hombre no puede salir del hospital! —exclamó, intentando detener el ascensor. Me giré por última vez, observé su gesto de impotencia y le sonreí con descaro.

La libertad se encontraba a escasos metros de mí, al otro lado de la puerta principal, y mi ángel de la guarda estaba conmigo. Jamás pensé que sería tan sencillo.

* * *

El sol brillaba lo suficiente como para saber que no habíamos alcanzado el mediodía. La berlina gris esperaba en la zona de aparcamiento de los visitantes. Vislumbré la silueta del inspector al volante, expectante por nuestra llegada. La subinspectora me ayudó a entrar en la parte trasera y después subió junto a su compañero.

—Te ves bien, *amic meu* —comentó y arrancó el motor del vehículo

—. No sé por qué, pero te hacía ya en una caja de pino… Mala hierba nunca muere.

—Tú siempre tan amable con tus palabras.

—¿Qué ha ocurrido?

Pensé en deshacerme del collarín.

—Intenté llamaros anoche, pero no me dejaron telefonear a la comisaría. ¿Cómo habéis dado conmigo?

Nos desplazamos hacia la salida, abandonamos el reciento y nos incorporamos a la avenida.

—Escuchamos el aviso de un accidente en las inmediaciones de Canalejas… —respondió, abriéndose paso en un tráfico denso que nos impedía avanzar—. Carajo, vamos a tardar una hora en dejar atrás este atasco.

—Pensamos que tendrías algo que ver con lo ocurrido —explicó Blasco mientras Rojo se peleaba con el tránsito—. Después de todo, fuiste tú quien nos dijo que irías a visitar a esa chica. Era una cuestión de probabilidad.

—Os subestimé… —contesté, mirando el atasco desde la ventanilla —. Escuchad, he descubierto algo determinante que tengo que contaros. Debemos detener ese concierto o lo lamentaremos. Todo este tiempo hemos mirado en la dirección errónea.

—Nosotros también averiguamos algo —dijo ella.

—Pon la sirena, Blasco —ordenó Rojo y levantó la vista hacia el espejo retrovisor—. ¿No querías un poco de acción, Caballero?

—¿Tiene que ser hoy? Agradecería que condujeras despacio. No me encuentro muy bien…

—Ponte el cinturón y no protestes —respondió el inspector. Blasco sacó la sirena de la guantera, bajó la ventanilla, alargó el brazo y la pegó a la parte superior de la carrocería—. No te vendrá mal espabilar un poco.

33

Los coches se apartaban como si un enjambre de abejas se acercara a ellos. El vehículo se abrió paso en el tráfico, Rojo pisó el acelerador y dejamos el atasco para incorporarnos a una segunda avenida que nos llevaba a la comisaría. Me agarré con fuerza al reposamanos de la puerta y sentí un fuerte cosquilleo en la parte baja de la cintura.

Me limité a cerrar los ojos y a respirar hondo para no marearme.

No intercambiamos palabra durante el viaje.

El inspector conducía a toda velocidad sin temor y la agente disfrutaba del trayecto como si estuvieran haciendo una ronda rutinaria.

Minutos más tarde, llegamos a los alrededores de la comisaría.

Mi estómago estaba tan revuelto como el tambor de una lavadora después de un fuerte centrifugado. Rojo aparcó, abandonó el coche y me dejó a cargo de la subinspectora. Ella me ayudó a bajar y a subir los escalones de la entrada.

—¿En qué momento perdéis la sensibilidad? —pregunté, refiriéndome a mi amigo.

Ella se rio.

—Estas paredes te forjan el carácter. No seas quejica, como si no lo conocieras…

Subimos a la planta superior bajo la mirada de los agentes que contemplaban mi estado. Me sentía sucio, necesitaba una ducha y también cambiarme de ropa. Me avergonzaba dar esa imagen.

Entramos en el despacho, Blasco me ayudó a acomodarme en una silla y me sirvió un vaso de agua.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—El agua será suficiente —contestó Rojo, anticipándose—. A éste, le das la mano y te coge el brazo.

—Estoy bien, gracias —dije, expresando mi malestar y di un sorbo al vaso—. Sorprendedme.

Rojo sacó dos bolsas de plástico selladas, con un bolígrafo en el interior. Estaban etiquetadas por nombres. En una aparecía el mío y en la otra el de Cristóbal Aguado, el guitarrista de la banda.

—¿Qué es esto? —pregunté, acercándome a las muestras.

—Uno contiene tus huellas. El otro, las de Aguado —explicó y recordé el momento en el que Rojo me pidió que le anotara mi

número de teléfono—. Recopilé las huellas de todos los sospechosos la noche que vinieron a la comisaría. Sabía que los de la UIT tardarían en analizar las muestras de los restos que obtuvieron en la habitación del hotel. Es el problema de centralizar los recursos… Así que me anticipé a ellos, antes de que los informes llegaran demasiado tarde.

—¿Y qué hay de la botella que encontraste, con mis huellas?

Rojo sonrió.

—Era un farol —respondió. Me había tendido una de sus trampas —. Si hubieras estado bajo sospecha, no habrías tenido tanta libertad de movimiento.

—A eso lo llamo jugar sucio.

—Al encontrarte en la escena del crimen, supuse que la amenaza te asustaría… Lo siento, necesitaba mantenerte alejado.

—¿Qué hay del otro bolígrafo?

—Anoche regresamos al hotel, pero desestimé tus súplicas —explicó, frotándose las manos y contemplando la prueba que había en la bolsa—. Pedimos a la recepcionista que contactara con los huéspedes que se habían quejado por los ruidos. Tuvimos suerte de que se quedaran hasta el domingo.

—¿Y qué dijeron?

—No escucharon ninguna discusión. Les molestaba el alto volumen de la televisión.

—Pero la televisión estaba apagada cuando llegué —comenté con desconcierto.

—Por esa razón pedimos que nos dejara acceder a la habitación de hotel de Ribelles —continuó explicando la subinspectora—. La Unidad Científica lo había requisado todo. Asumíamos que sería complicado dar con una prueba.

—En el interior de un falso cajón del armario, encontramos un mando de televisión escondido —prosiguió Rojo—. No sé si no le dieron importancia o es que no lo vieron… Para nuestra sorpresa, el control remoto estaba manoseado y saltaba a la vista. El sudor de las manos es visible sobre el plástico brillante de esos aparatos. Extrajimos las huellas y se las llevé a alguien que me debía un favor… para acelerar los trámites. De lo contrario, no habríamos obtenido noticias hasta el lunes.

—¿Cómo lo hiciste?

Rojo se cruzó de brazos.

—Cinta adhesiva, idiota —aclaró—. Le pedí a mi contacto que comparara la huella con las muestras de los bolígrafos.

—Y concuerda con la de ese hombre.

—Todavía no lo sabemos. Estoy esperando una llamada.

—Pero eso no es todo… —intervino Blasco—. Tras lo ocurrido en la plaza de toros, uno de nuestros compañeros interrogó al guardia

jurado que custodiaba la entrada durante el montaje del escenario. Aseguró que uno de los músicos apareció por allí a primera hora de la tarde. Estuvo un rato junto a los operarios y desapareció.

—Para regresar después con el resto de la banda, como si no supiera nada —agregué—. Así no sospecharían de él.

—En el hotel nos confirmaron de que Aguado abandonó su habitación alrededor de las cuatro de la tarde.

—¿Fue él quien provocó el accidente?

—¿Quién sabe? —respondió Rojo—. Pero alguien tuvo que sacar la toma de tierra del suelo y pelar los cables traseros de su amplificador. Lo más interesante es que el aparato no llegó al recinto hasta una hora antes de la prueba de sonido.

—El momento en el que la mánager convocó al grupo en el vestíbulo del hotel para ir juntos al recinto. Varios empleados fueron testigos de ello.

Una jugada perfecta para que nadie sospechara de él, pensé.

—Tiene sentido…

—Si tú lo dices… —espetó Rojo, sin entender a qué me refería—. Sólo tenemos hechos que lo ponen bajo sospecha, pero nada más. Si el análisis de la huella no concuerda, habremos perdido el tiempo… otra vez.

—Aguado era el mejor amigo de Ribelles, pero éste le estaba robando protagonismo y poder. Eso no se olvida y entiendo que el aumento de su fama no le sentó nada bien al guitarrista —expliqué, intentando que comprendieran el contexto—. Claudia Miramontes mencionó que Ribelles destrozó los planes originales que tenían para rodar uno de los clips anteriores con Arnaldo Lombardo. Por exigencias del guion, Ribelles dictó lo que había que hacer y eso no gustó a los miembros… Pero las disputas venían de tiempo atrás.

—Si eran tan amigos, ¿qué razones tenía para cometer un crimen?

—El miedo a que Ribelles abandonara la formación y siguiera por su cuenta. Era mejor compositor que el resto. La disquera se puso de su lado.

—No me convence.

—Espera… —dije, haciendo un inciso—, no he terminado. La modelo intentó persuadirme de que Mariela Pardillos tenía motivos para matar a Ribelles, una idea que descartamos desde el principio, pero que me llevó a un tercer pensamiento.

—No te hagas el interesante y suéltalo ya.

—El test de embarazo…

—No, hemos descartado esa baza.

—Claudia no puede tener hijos y la chica que murió, tampoco estaba embarazada. Si la versión del empleado del hotel es cierta y la mánager fue quien lo visitó antes de que muriera, mi intuición me

dice que el test era suyo.

—¡Uf! —resopló el inspector—. Otra de tus telenovelas… No tenemos tiempo para chorradas, Caballero.

—No son chorradas, sino celos. ¿Conoces un motivo mejor para matar a alguien?

Rojo dio un respingo. Claro que los conocía.

—En caso de que tuvieras razón, ¿qué pinta todo eso con la muerte del batería?

—¿No lo veis? —pregunté a los dos.

Blasco chasqueó la lengua.

—Sólo se me ocurre que el guitarrista y la mánager mantuvieran una relación y que el batería y ella hubiesen tenido… un desliz.

—¿Lo entiendes, Rojo? Ella fue a verlo para contárselo. El guitarrista lo descubrió y por eso acabó con él… ¿Qué clase de amigo haría algo así? No sólo le robas el protagonismo a quien te ha dado la oportunidad de formar parte de su banda, sino que también cruzas las líneas rojas del amor…

—Dios mío, a veces eres insoportable.

—Él estaba borracho en el bar del hotel, poco antes de que encontraran a Ribelles muerto. Puede que no quisiera matarlo, que sólo deseara cancelar todo este circo, pero entonces lo supo…

—Discutió con él y perdió el control de la situación en cuanto Ribelles le confesó la verdad —comentó el inspector.

—¿Qué iba a hacer? —puse en duda—. ¿Dejar que lo humillara y regresar a su habitación sin más? Después tendría que verle el rostro a esa mujer y dar la cara delante de miles de personas, como si nada… La rabia pudo con él. Entró en cólera. Por eso fue tan torpe.

—¿Y la joven? —señaló la subinspectora.

—La vería aquí, durante el interrogatorio —respondí, cada vez más seguro de mi resolución—. Fue tras ella, la sacó del hospital y Carla Lizón lo consintió… Es de cajón.

—Tus teorías nunca son de cajón —apostilló Rojo.

—Ponte en sus zapatos por un momento… El guitarrista de su grupo favorito va a verla, le dice que todo está bien y que no se preocupe por nada —expliqué—. Ella piensa que, si te queda en el hospital, la policía le hará más preguntas… Desorientada y confundida por la embriaguez, accede a la amabilidad del guitarrista y lo acompaña hasta el hotel. Antes de entrar, él decide hablar con ella y dan un paseo… Allí la ahoga, en la penumbra y sin que nadie los vea, porque, como dijiste, a esas horas la ciudad está desierta… Además, Carla Lizón era una adicta, un problema, un juguete roto de la sociedad.

Rojo se rascó la barba áspera y miró a su compañera. Era consciente de que el pragmatismo del inspector se resistía a creer mi

versión de los hechos, pero no tenía otras alternativas a mi historia.

—Quedan muchos detalles sin explicar.

—Él provocó el accidente —señalé—. Le resultó mejor de lo que esperaba, ya que Picaporte se llevó la descarga y no él, pero su plan era atentar contra sí mismo y desviar la atención. Quería cancelar el concierto a toda costa, poner en un segundo plano la investigación… Por desgracia, no contaba con mi presencia… así que fue a buscar a Miramontes para pedirle explicaciones, pero me anticipé. Por eso me atropelló.

—¡Ejem! —carraspeó Blasco.

Levanté la mirada y noté que se comunicaban algo entre ellos.

—Díselo.

—Lo siento, fui yo quien le mencionó por teléfono a esa mujer acerca del test de embarazo —esclareció, azorada por los daños que había causado—. No podía guardármelo antes de descartar esa vía por completo… Pensé que, al ser una mujer también, se ablandaría y me contaría algún detalle.

En otra ocasión, me habría enfadado con ella, pero no tenía razones para hacerlo. Con el tiempo comprendí que cada uno realiza su trabajo lo mejor que puede, aunque esto ponga en peligro la labor de otros.

—Y no lo hizo, ¿verdad?

—No. Se limitó a decir que podía ser de cualquiera. Ribelles no era un casto, pero ahora entiendo que no tardara en advertir a ese músico.

—En cualquier caso, sólo lo protegía… —contesté y me froté la barba. El esfuerzo mental agudizó una jaqueca que se volvía insoportable—. Mirad, no tengo pruebas, pero tampoco la menor duda de que fue Aguado quien me atropelló. El problema es que apenas recuerdo el accidente. Todo pasó demasiado rápido. El destello me cegó y cuando quise darme cuenta, sentí el golpe contra el asfalto.

34

Repasamos el caso desde el principio. Anotamos todos los detalles cronológicamente, revisamos las actas de la noche del asesinato y buscamos una evidencia que demostrara la culpa de Cristóbal Aguado.

Sin esa llamada, no podíamos confirmar su presencia en la habitación.

Tenía una coartada. La suerte estaba de su lado y nosotros nos ahogábamos en un rompecabezas mientras miles de personas hacían cola para disfrutar del concierto.

Pedimos varios bocadillos, continuamos revisando la escasa documentación de la investigación.

Las horas pasaron en el interior de la oficina como si fueran minutos, pero Blasco y yo no podíamos ignorar lo que el inspector nos había dicho. La sentencia nos desanimó a todos, haciéndonos sentir en un callejón que no llevaba a ningún lado. La subinspectora Blasco estaba decepcionada, pero no tuvo más remedio que callar y apoyar a su superior. Por mi parte, me costaba comprender que Rojo se rindiera tan cerca de llegar al final. En ocasiones es mejor soltar la cuerda antes de que se rompa. Rojo era un buen inspector, pero no ejemplar. Su trayectoria estaba llena de claroscuros. En el pasado, Asuntos Internos lo tuvo en el punto de mira en varias ocasiones, pero esta vez se sentía acorralado.

Nos habíamos quedado sin comodines.

—Debe de existir una manera de provocar a ese hombre para que lo detengáis.

—Las pruebas están ahí, pero son inconclusas.

—Dime que harás algo si suena ese teléfono.

Sus ojos se clavaron en mi cara. Conocía esa expresión. Rojo lidiaba una batalla interna en silencio.

—Me gustaría, pero es sábado. En el mejor de los casos, tendríamos la orden el lunes. Para entonces…

—Sí, sí, lo sé —interrumpí, enfadado—. No hace falta que lo repitas.

«Piensa, mendrugo, piensa».

—Será mejor que te vayas a casa. Deberías recuperarte, aún estás convaleciente.

—No, quiero estar aquí —contesté—. Me gustaría oír lo que dice

ese amigo tuyo.

—Colabora, Caballero. Deja la cabezonería para otro momento. Hemos tenido suficiente rock and roll.

—Te pediré un taxi —dijo la subinspectora—. Ya has hecho bastante por nosotros. No querrás estar presente cuando aparezca el comisario.

—Ya me habéis oído.

—Aquí, yo soy el que da las órdenes —remarcó Rojo, poniéndose firme—. Pide ese taxi, subinspectora.

Ella asumió la instrucción y se dispuso a abandonar el despacho. Entonces, el teléfono del escritorio sonó y los pies de la mujer se detuvieron.

Rojo se acercó al aparato y descolgó.

—¿Sí? Entendido… Muchas gracias, estamos en paz.

Los dos nos quedamos esperando una respuesta que no llegaba. Rojo se mantenía inexpresivo.

—¿Qué dice el análisis? —preguntó la agente.

El silencio se volvió incómodo.

—Positivo. La huella concuerda con la de Aguado.

Una euforia me recorrió el cuerpo, devolviéndome a la vida. La excitación me golpeó con una alocada idea.

—Creo que sé cómo podemos detenerlo.

* * *

Una idea descabellada, pero, ¿acaso lo descabellado limitaba la posibilidad de sorprender a ese hombre?

Tenía un plan, a diferencia de los policías.

Y ese plan consistía en provocar a Aguado para que cometiera un error.

—No me miréis así —expliqué, rompiendo el silencio de la incertidumbre—. No es ninguna locura.

—Como de costumbre, lo es —dijo Rojo con el semblante estirado —. El concierto está a punto de empezar, hay miles de personas en el interior de un recinto y cientos de compañeros supervisando que nadie genere un alboroto… Vamos, la situación ideal para llegar allí sin avisar y tocarle los cojones al personal. Perfecto, Caballero. Es un plan redondo.

—Estoy aportando ideas.

—Seguro que se nos ocurre algo —comentó la subinspectora. Rojo

la atravesó con la mirada y percibió la tensión que había en el interior del despacho—. Mantengamos todos la calma, ¿queréis? Discutir no aporta nada.

—Por fin alguien coherente…

—Cállate, Caballero —replicó él.

—Los túneles de acceso estarán saturados —comentó Blasco—. Los camerinos tienen vigilancia de agentes municipales y de la propia seguridad de la organización.

—Me lo estás vendiendo muy mal, subinspectora. No voy a discutir acerca de esto. No vamos a ir a ninguna parte.

Comprobé la hora y recordé el inicio del evento.

En esos momentos, la primera banda estaría abriendo el concierto como teloneros de los Desmembrados. A medida que pasaran los minutos, sería más complicado acceder al recinto.

Recordé la disposición y la orientación del escenario. Debido a las temperaturas estivales, para evitar que el sol cayera sobre el público durante las últimas horas de la tarde, el escenario se había colocado orientado al sur. Las gradas traseras de la plaza se encontrarían vacías, por lo que deduje que habría una posibilidad para acceder a ellas evitando a los asistentes.

—Debe de existir una entrada que lleve a la andada norte. Eso nos posicionaría tras el escenario, junto a los técnicos de sonido —expliqué—. Podremos sorprenderlo en cuanto termine el recital.

—Saldrán escoltados por la seguridad para evitar la avalancha de fanáticos. Podemos vernos en un problema. No es una solución viable.

Blasco se cansó de callar.

—No tenemos otra, Rojo, si lo que quieres es detener a ese hombre. Los tres sabemos que es el autor de la muerte de su compañero.

—Y de esa chica —añadí.

—Os recuerdo que no tenemos una orden.

—Pues pídela, ¿a qué esperas?

—Es nuestra obligación intentarlo —agregó ella.

El inspector vaciló.

—Dudo que llegue a tiempo. Ya sabes cómo funciona esto, Blasco. Ponemos en riesgo la investigación… y nuestro puesto.

—Ya estamos expuestos. Si esta noche nos quedamos de brazos cruzados, el lunes seremos historia.

Rojo nos miró en silencio.

—¿Qué te dice tu intuición, Rojo? —pregunté y sentí cómo el inspector batallaba un conflicto interior.

Después agarró las llaves del coche.

—Está bien, pero no haremos nada que esté fuera del protocolo, ¿entendido?

35

Una huella dactilar en un mando a distancia. Ese fue el detonante que había logrado sacar al inspector del interior de su despacho. Poseíamos las pruebas, los indicios y las sospechas que confirmaban que ese hombre era el autor de los crímenes, pero no teníamos la orden judicial que le permitía a Rojo echarle el guante sin miramientos. Corríamos un gran riesgo e íbamos de camino a la boca de un huracán de rock and roll que podía terminar en una múltiple desgracia.

Subimos al Peugeot en silencio, con la tensión en el cuerpo, con el temor a que nuestra corazonada fallara. Rojo lo advirtió: nada de sirenas, nada de armas, nada de llamar la atención. A diferencia de la banda, nuestra puesta en escena sería discreta. Alcanzaríamos la andana norte y esperaríamos a que acabara el espectáculo. Llegado el momento de actuar, un poco de provocación por mi parte bastaría para que lo detuvieran.

El vehículo rodeó la glorieta de la Estrella y siguió cuesta arriba por la avenida de Salamanca. Por la ventana trasera, observé el enorme ficus de la estación de trenes, la entrada a la terminal y un grupo de chavales comiendo pipas, ensuciando el suelo con las cáscaras, riendo despreocupados, matando las últimas horas de un sábado soporífero antes de regresar a sus pueblos en un tren de cercanías.

Allí se vivía así, viendo los días pasar entre sonrisas, gaviotas y playas sucias hasta que llegaba la hora de ponerse en pie, agarrar el petate y subir a un tren de rostros cansados que volvía al hogar, no muy lejos, pero lo suficiente como para marcar un sentimiento foráneo. Toda una existencia representada en un gesto tan insignificante.

Con el cielo dorado frente a nosotros, la subinspectora Blasco se recogió el cabello en una cola de caballo que ajustó con una goma negra. Con el movimiento de manos, una pinza metálica se desprendió de su cabeza sin que lo notara. El objeto cayó entre su asiento y el mío. Quise advertirla, pero el rostro de esa mujer guardaba una mirada afilada y un silencio aterrador.

Nos incorporamos a la avenida de Pérez Galdós para evitar todo el atasco que se formaba en los aledaños al mercado de abastos. El fin de

semana arrastraba la convulsión del turismo más desenfrenado. El ejemplo vivo de quien ha esperado todo el año para que cada sábado se convierta en una noche interminable. Llegar hasta la plaza de toros no iba a ser fácil, pero más difícil sería entrar en ella.

—¡Dios Santo! —exclamó Rojo cuando contempló la escena que tenía ante sus ojos.

A la altura de la plaza de España, una cola humana que rodeaba la plaza de toros. Los decibelios de las pantallas sonaban como truenos desde el interior del recinto. Había carteles, pancartas y fotografías llorando la pérdida de Ricardo Ribelles. Los agentes municipales redirigían el tráfico para evitar que se formaran atascos en la avenida. Los furgones policiales, estacionados a ambos lados del recinto, se preparaban para lo que pudiera ocurrir. Una entrada múltiple, tres controles de seguridad y una masa heterogénea que no quería perderse el evento de su vida. El rock and roll era aquello. Cientos de personas esperaban su turno, vestidas de negro, ebrias de alcohol y felicidad.

—No sé cómo vamos a convencer a toda esa gente para que nos deje pasar… —comenté, al ver la longitud de la fila.

La banda que abría el espectáculo se despedía con la última canción.

Aparcamos junto a la plaza, no muy lejos de la cola de espera, y un agente municipal no tardó en aparecer para advertirnos de que no podíamos estacionar ahí.

—Ya me encargo yo —dijo Blasco, dejando el vehículo con la expresión helada.

La superioridad del municipal desapareció en cuanto la agente y él intercambiaron unas palabras.

—Es hora de ponernos en pie —dije y me liberé del cinturón de seguridad.

Rojo se giró hacia mí.

—Acércate, Caballero. Hay algo que tengo que contarte.

—¿El qué? —pregunté y metí el cuerpo entre los dos asientos delanteros.

—Lo siento de veras… pero me temo que esta vez no.

Sentí el frío metal de las esposas en mi muñeca izquierda. Rojo tiró de mí y encajó la otra parte al volante del vehículo.

—No me fastidies, Rojo…

—Lo siento, pero no quiero que estés ahí —explicó y agarró las llaves del vehículo—. No te lo tomes como algo personal… Es parte de mi trabajo.

—¡Rojo! —exclamé. El policía me ignoró y golpeé la ventana—. ¡Eres un cretino!

La figura del inspector se acercó a la de su compañera, que ahora

hablaba con un agente del Cuerpo Nacional de la Policía. Los golpes llamaron la atención de Blasco, pero Rojo, con mucha calma me señaló en la distancia y, al parecer, les explicó la razón por la que estaba allí. Las expresiones de los agentes no cambiaron. Cesé en mi búsqueda de atención. Me sentí agotado, decepcionado con él, pero por encima de todo, conmigo.

La cola de asistentes apenas avanzaba.

Rojo y Blasco caminaron hacia la entrada principal y los perdí en cuanto cruzaron una fila de cuerpos que limitaba mi visibilidad. La música seguía sonando. Agaché la mirada de derrota y el reflejo de una farola de la calle se apiadó de mí, formando una luz amarilla sobre el asiento de la subinspectora Blasco.

Entonces vi algo que me abrió más los ojos.

Pestañeé dos veces. Seguía allí.

Oí una gran ovación procedente del interior.

La función estaba a punto de comenzar.

«No es nada personal, Rojo, pero yo también tengo un trabajo que terminar».

36

El clip de metal fue mi salvación.

Tantas horas de procrastinación en las redes por fin daban sus frutos. Tan sólo necesitaba un poco de maña, una habilidad ausente desde los comienzos de mi existencia.

Recordé todos esos vídeos que había encontrado sobre cómo abrir unas esposas y no tardé en deshacerme de ellas. Ejercí presión, doblé el alambre formando noventa grados con mi dedo y lo introduje en la ranura redonda que había junto a la cerradura.

La torpeza dificultó la apertura, pero finalmente lo logré.

Escuché el graznido, la presión se liberó y mi muñeca recuperó la movilidad.

Rojo me había subestimado y ahora me encontraba libre para abandonar aquel vehículo.

Los agentes que merodeaban el recinto se olvidaron de mí. Debía ser cauto si no quería que me descubrieran. Esperé unos segundos hasta que perdí de vista al personal de seguridad, abrí la puerta trasera y abandoné el coche con naturalidad. El calor de la noche me advirtió que el ambiente en la plaza sería aún más sofocante.

Sin la colaboración de los inspectores, tenía que averiguar la manera de entrar en ella sin esperar a que la larga cola desapareciera.

Caminé por los alrededores en busca de una alternativa que parecía no llegar, cuando mis ojos se cruzaron con los del guardia de seguridad.

Era mi única bala y estaba listo para gastarla.

Me acerqué a la puerta, expuesto a los comentarios de los asistentes que criticaban mi salto de la espera, y él advirtió mi llegada. En un ademán para que me diera paso, el hombre me detuvo con la mano.

—No puede pasar.

—¿No se acuerda de mí?

Él miró hacia ambos lados, demasiado preocupado en vigilar a los que entraban.

—Respete la cola como todo el mundo.

—¿Qué? ¡Soy de la prensa! —exclamé, llamando la atención de los que me rodeaban—. Voy a llamar ahora mismo a la organización.

—Llame a quien le dé la gana, pero póngase a la cola con los

demás.

—He venido hasta aquí desde Madrid para cubrir este reportaje, ¿qué clase de infamia es esta?

—¡A la cola, tío! —gritó un hombre desde la fila.

Saqué el teléfono de mi bolsillo, que seguía apagado y sin funcionar. Le di la espalda para que no advirtiera que me estaba echando un farol y fingí que marcaba el número de alguien. Después me lo pegué a la oreja y me acerqué a él.

—Se le va a caer el pelo, ya lo verá —dije y señalé al terminal—. Estoy llamando a Mariela Pardillos para comunicarle lo que está pasando.

La mención del nombre de la mánager le cambió el semblante.

La idea de perder su puesto de trabajo, le hizo cambiar de parecer.

Dudoso, comprobó a las personas que esperaban, atentas a su reacción.

El guardia jurado me agarró del hombro y me arrastró hasta el umbral de la entrada, a pesar de las quejas de quienes llevaban horas esperando para acceder.

—Venga, pasa y cállate de una vez —respondió y me empujó hacia el túnel—. No quiero volverte a ver en toda la noche, ¿me oyes?

—Escribiré sobre el trato que he recibido, que no le quepa la menor duda.

—Piérdete antes de que me arrepienta de haberte dejado pasar.

* * *

Lo que se presentó como una odisea a simple vista, se convirtió en un mero trámite burocrático.

Nunca había sido partidario de las amenazas. La mayor parte de mi vida profesional se había visto sometida a ellas, así que entendía cuáles eran las consecuencias al desatender a la persona equivocada.

Aquel caso fue diferente, pero el guardia jurado no me dejó una alternativa mejor. No disponía de tiempo para convencerlo de lo que estaba a punto de pasar, ni para contarle una historia que no le interesaba. Ese hombre sólo deseaba terminar con su jornada laboral y regresar a casa, para cobrar más tarde una mísera propina por haberse jugado el cuello delante de cientos de personas. Aguantar a tipos como yo, no se pagaba lo suficiente.

La primera parte de mi plan se había resuelto en cuestión de

minutos. La segunda, me llevaría algo más de tiempo.

Me abrumó la cantidad de personas que me rodeaban, el alboroto humano del entusiasmo mezclado con los vatios de potencia que llegaban desde el escenario. La música de transición en el intercambio de bandas amenizaba la cuenta atrás del inicio de un espectáculo inolvidable.

Seguí la marcha de los asistentes, que se movían con paso lento para alcanzar un sitio desde el que ver el escenario. Varias pantallas enormes, instaladas a ambos extremos de la plataforma, permitían ver de cerca lo que ocurría al otro lado. Descarté la opción de alcanzar a Rojo y a Blasco. Era como encontrar una aguja en un pajar. Comprobé las diferentes áreas desde mi posición, pero sólo vi cabezas que se movían de un lado a otro. La vigilancia rodeaba todas las salidas. Había guardias en cada rincón supervisando que no hubiera altercados. Abrirme paso entre esa multitud para situarme en la primera fila era un suicidio voluntario.

No saldría vivo, pero no podía rendirme, una vez que estaba dentro.

«Piensa, Gabriel, piensa… No queda mucho tiempo».

Una repentina ovación me sorprendió.

Todas las miradas se pusieron en un grupo de hombres que cruzaban un pasadizo y se acercaban al perímetro de seguridad que protegía el escenario. Los músicos subieron a la plataforma y se perdieron entre las sombras. Los primeros acordes de una guitarra retumbaron en el recinto. Los seguidores se apelmazaron en el centro de la pista, formando una masa indisoluble difícil de atravesar.

Me alejé de la multitud por uno de los laterales y comprobé que la contrabarrera de la plaza estaba desierta. Si lograba brincar y entrar en ella, podría llegar a los camerinos sin dificultad. Tan sólo necesitaba un poco de fortuna para que los dos guardias de vigilancia no me vieran.

Los músicos subieron al escenario, las luces se encendieron y el cantante de los Desmembrados saludó a la audiencia, provocando un estallido de emoción en forma de grito.

Era mi momento.

Salté la contrabarrera sin demasiado acierto, llamando la atención de los dos gorilas que comunicaron mi presencia por el pinganillo.

Las siluetas se movieron, eché a correr por la superficie circular, recortando la distancia con la entrada a los camerinos y noté cómo sus pasos se acercaban a gran velocidad para atraparme.

—¡Alto, no puedes entrar ahí! —gritó uno, entre la música y el ruido.

La adrenalina me propulsó. Ni el dolor, ni el cansancio me frenaron.

Entre las sombras y la algarabía, llegué a la puerta de arrastre. Una mano me alcanzó la camisa para detenerme. Moví el hombro, me deshice de ella y comprobé la altura que había entre el tendido y la pista. Al otro lado del tendido había un segundo hombre dispuesto a detenerme.

No dudé, consciente de que una mala caída podría provocarme más lesiones. Me abalancé, caí sobre la tierra y rodé por el suelo. Los dos hombres me siguieron con más acierto, acorralándome contra la entrada a los camerinos.

Estaba perdido.

Un *riff* de guitarra provocó la exaltación de un público que seguía atento a lo que pasaba en el escenario. Los focos iluminaron el centro de la plataforma y las pantallas lucieron la imagen de Cristóbal Aguado tocando las seis cuerdas, moviendo las manos como el mismísimo Keith Richards, gozando del protagonismo que tanto había echado de menos.

—¡Tú, cabrón! —exclamó uno de los guardias, antes de asestarme una patada.

Vi la punta de la bota y me protegí la cara, pero el zapato no llegó a golpearme.

—¡No lo hagas! —gritó una voz de mujer a escasos metros de mí—. ¡Detente!

—¡Este energúmeno ha burlado el perímetro de seguridad! ¡Va fuera!

Aparté los brazos para ver qué sucedía, corriendo el riesgo de recibir un puntapié en la cara.

Mariela Pardillos, con su inconfundible vestimenta oscura, me salvó de la desgracia.

Los dos hombres se alejaron un metro de mí.

Me puse en pie, antes de seguir dándoles la oportunidad de golpearme y retrocedí hacia ella. Comprobé los rostros de dos tipos, hambrientos por saciar su impotencia conmigo.

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó uno de ellos.

—Es de la prensa —dijo y los desalentó—. Yo me encargo de él, gracias.

Torciendo el morro, se ajustaron las camisetas y me dieron un último aviso con una mirada letal. Después los perdí de vista.

—Me has salvado de una buena… —comenté, sacudiéndome la tierra de los pantalones.

—Tendría que haber dejado que te patearan.

Desvié la atención a la parte trasera del escenario y vi a los inspectores interactuando con un guardia jurado.

Ella también los vio.

—¿Qué hacen ellos aquí?

—Tengo que hablar contigo, Mariela —expliqué, recuperando el aliento—. Hay algo importante que debo decirte…

Estudié la expresión de la mánager. No era necesario que le contara nada. Ella ya lo sabía.

—Es por Cristóbal, ¿verdad? —preguntó con el semblante encogido.

La preocupación era notable en su rostro.

—La policía lo ha averiguado todo.

—No, se equivocan. No me importa lo que hayan encontrado porque él no hizo nada —dijo con nerviosismo, rompiendo la fría coraza con la que cargaba durante años, asustada por perder el proyecto en el que tanto había trabajado, temerosa por conocer el final que le aventuraba a su pareja—. Cristóbal no tiene nada que ver con lo que ocurrió el jueves en el hotel. No lo pueden detener. Si lo intentan, me encargaré de difamarlos en todos los medios, créeme.

La sujeté por el brazo antes de que se desmoronara. Sus ojos sólo lo veían a él disfrutando sobre el escenario, regalando a su público guitarrazos cargados de distorsión.

—Sé lo del bebé, Mariela —dije, acercándome a su oído—. Cometiste un grave error la noche que mataron a Ricardo. Has intentado encubrir a Cristóbal para que la policía no sospechara… pero no debiste dejar el test de embarazo en la habitación.

Desconcertada, se giró cuando escuchó mis palabras, olvidándose por unos instantes de todo lo que acontecía a su alrededor.

—¿De qué coño estás hablando? ¡Deja de inventar mentiras!

—Estás embarazada de Ribelles —respondí, tajante—. No puedes seguir ocultándolo.

—¿Qué? ¡Nunca le enseñé el test! —bramó, desquiciada—. ¡Se lo iba a contar, pero no tuve ocasión para hacerlo!

—¿Entonces?

—Mierda… —lamentó, cerrando los ojos, deseando regresar al pasado para evitar el desastre—. Él debió de encontrarlo entre mis cosas…

—Cristóbal descubrió tu relación con Ricardo y eso fue el detonante para matarlo.

—¡No! —exclamó, angustiada, negando la evidencia que había en su vientre—. Estás equivocado.

—Lo sé todo, ¡por Dios! Las canciones, la rivalidad, las condiciones de la discográfica… Es inútil que lo niegues.

—Era su mejor amigo.

—Pero Ribelles tenía un concepto distinto de la amistad… Tú me lo dijiste. Sólo le importaba la música… Se lo iba a quitar todo… hasta la dignidad.

—Cristóbal es un buen muchacho.

—Y no lo niego… pero la rabia pudo con él.

—No, esto no puede estar pasando… Nadie lo sabía, nadie lo podía saber… ¡Nadie lo puede saber!

Una lágrima cargada de tristeza e impotencia empañó su rostro, dejando una estela mojada por la mejilla.

A lo lejos, desde el escenario, los ojos del guitarrista se clavaron en mí y después en ella, con una sonrisa que se apagó en las enormes pantallas que reproducían las imágenes del concierto.

La actuación siguió con normalidad, entre gritos de euforia y seguidores exaltados.

Busqué a Rojo y a Blasco, inconscientes de mi presencia y a la espera de que la fiesta llegara a su final.

Pero la velada no había hecho más que empezar para todos.

Mariela se soltó de mi mano, alzó la cabeza y le comunicó algo en silencio que sólo él pudo entender.

Mi interior me advirtió que lo peor aún estaba por llegar.

37

El espectáculo avivó al numeroso público que acompañaba a la banda dejándose la voz con cada canción. Nadie parecía echar de menos a una estrella que se había apagado para siempre.

Ricardo Ribelles era historia, un recuerdo que pronto desaparecería, tan rápido como el vapor de una bañera de agua caliente. Puse atención a lo que sucedía entre bambalinas, expectante por la reacción de los inspectores cuando terminara la función.

De pronto, tras las últimas notas de uno de sus temas más sonados, el cantante de la banda se acercó al micrófono para recitar unas palabras.

—Muchas gracias a todos los que habéis venido a compartir esta noche tan especial con nosotros —declaró, haciendo que su voz resonara en cada rincón de la plaza—. Estos días han sido muy tristes, pero no os dejaremos solos… Ricardo Ribelles, sigues en nuestros corazones y siempre lo harás. ¡Va por ti, amigo!

La ovación de gritos y aplausos me despistó. Mariela Pardillos se esfumó de mi lado sin que me diera cuenta. Aquel era un problema y me pregunté dónde diablos estaría. No podía permitir que Rojo perdiera la oportunidad de cazar a ese cretino.

Entonces vi a un técnico que se acercaba al oído del guitarrista para comunicarle algo. Debía moverme rápido antes de que abandonaran la superficie. Me abrí paso entre el personal que controlaba el juego de luces y la mesa de sonido, hasta que un agente municipal se interpuso en mi camino.

—¿A dónde cree que va? —preguntó hostil, cruzándose de brazos ante mi presencia—. Regrese a su sitio.

—¡Tengo que hablar con él! —exclamé, llamando la atención de mi amigo entre tanto decibelio—. ¡Es urgente!

Rojo no pareció escucharme, pero la subinspectora advirtió mi voceo. Antes de que el agente me echara a la fuerza, Blasco se acercó a nosotros.

—¿Qué está pasando?

—Este hombre intenta acceder a ustedes. Me lo llevo, agente.

—No, no —dijo y se adelantó al municipal—, déjelo. ¿Qué diablos haces aquí?

—¡Lo sabe! —contesté, agitado—. ¡Sabe que estamos aquí!

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó el policía municipal.

Blasco lo miró y guardó silencio.

—Disculpe…

Me agarró del brazo y me arrastró hacia su compañero.

La expresión de Rojo fue un poema.

—Antes de decirme nada, escúchame.

—Acabamos de recibir la orden de arresto del juez, Caballero —explicó sin dirigirme la mirada—. No me importas ahora.

El milagro sucedió, pero no sería suficiente.

—Rojo, espera…

—Apártate, vamos a proceder ya.

Rojo no llegó a oír mis palabras.

Los tres desviamos la atención hacia el escenario.

El concierto terminó, la banda se acercó al borde de la plataforma para despedirse y sucedió lo que ninguno de nosotros imaginó.

Cristóbal Aguado se quitó la guitarra de encima y la regaló al público. Después, en un acto de rebeldía, abrió los brazos y se preparó para entregarse como un ángel sobre la multitud de seguidores que esperaban su descenso.

—Lo va a hacer…

Y así fue.

Cristóbal saltó al vacío y su cuerpo quedó suspendido entre las manos que lo sujetaban, arrastrándolo como una fuerte marea, llevándolo al otro lado del recinto. En cuestión de segundos, el cuerpo del músico se hacía más y más pequeño, fundiéndose en el infinito océano de cabezas que se oscurecían a lo lejos, hasta desaparecer.

—Os lo he intentado decir…

—¡Cállate, idiota! —gritó Rojo y procedió disparado hacia la pista —. ¡Vamos, Blasco!

38

Abandonar la plaza en ese momento no era una buena idea.

La masa se movía con lentitud, obstruyendo las puertas del recinto, siguiendo el rastro del artista que había huido entre sus brazos, buscando la fotografía de aquel memorable recuerdo.

Salí de los bastidores y me encontré a Mariela, que venía a arropar al resto de la banda. Los miembros, sudados como si hubieran corrido una maratón, pasaron por delante de mí a toda prisa, escoltados por varios guardias para evitar las súplicas de los fans más obsesivos.

Enfadado, agarré por el antebrazo a esa mujer y la miré de frente.

—Has sido tú, ¿verdad? —pregunté, encendido y con un nudo en el estómago—. Esto te va a costar caro.

Su respuesta fue inminente.

Mariela me propinó un guantazo que me volteó la cara. No esperé la bofetada, pero quizá me había hecho demasiadas expectativas sobre su persona.

—¡No vuelvas a hablarme así! ¡Yo no he dicho nada!

—Podrías habérmelo explicado sin pegarme…

—Tienes que llevarme con él antes de que cometa una estupidez.

—Lo haría, si supiera cómo desaparecer sin enfrentarme a toda esa gente.

Ella me agarró de la mano.

Sentí su tacto frío y nervioso y tiró de mí hacia los camerinos.

* * *

Seguí a Mariela por los bajos de la plaza de toros y llegamos al exterior por la zona norte. Me costaba mantener el ritmo, pero no podía quedarme atrás. Rodeamos la plaza hasta la puerta principal, donde aún había mucha gente sorprendida por la guinda final del concierto.

Vi el coche de Rojo y a los dos policías entrando en él.

Una Mercedes Vito de color negro atravesó la plaza de España a

toda velocidad y tomó la subida de la larga avenida que se dirigía al norte de la ciudad.

—¡Es Cristóbal! —exclamó la mánager—. ¡Lleva la furgoneta del grupo!

—¿A dónde va?

—¡No lo sé, pero temo lo peor!

El coche policial arrancó y mis gritos no lo detendría.

Pensé rápido. Lo lamentaría más tarde, aunque era la única manera de pararlo.

Cerré los ojos y me puse delante del vehículo.

Rojo frenó en seco. Observé su semblante rabioso tras el cristal y comprendí que no estaba dispuesto a negociar.

—¡Déjanos ir con vosotros, es importante!

Con un gesto de mano, me indicó que subiera.

Mariela y yo nos metimos en la parte trasera, la subinspectora encendió la sirena y el coche persiguió el rastro de la furgoneta.

—Ya hablaremos más tarde, Caballero… —dijo el inspector, atento a la carretera, sujetando con precisión el volante—. ¿Sabes a dónde se dirige?

—No tengo la menor idea… —respondió la mánager, preocupada por la vida del guitarrista—. Ni siquiera conoce la ciudad…

—Yo no estaría tan seguro —comenté, recordando las imágenes de televisión que había visto días antes—. Sólo espero estar equivocado.

La furgoneta se alejaba de nosotros, enganchando los sucesivos semáforos en verde que encontraba en el trayecto.

—Blasco, avisa por radio del modelo y pide refuerzos.

—¡No le hagan daño! ¡Cristóbal es inocente, tan sólo está asustado!

—¡No, señora! —exclamó Rojo, enfadado como pocas veces lo había visto—. Ese hombre les arrebató la vida a dos personas. Tenemos una orden y vamos a detenerlo.

Un trágico final de película que nunca llegaría a las pantallas.

Pensé en los titulares de la mañana siguiente, en la cantidad de libros que rellenarían las páginas con las biografías de los de la banda. Si Aguado quería abrazar la fama, lo estaba consiguiendo.

Más sirenas se sumaron a la nuestra cuando alcanzamos lo más alto.

Blasco intercambiaba mensajes por radio para recibir noticias sobre la situación de sus compañeros. Rojo giró por la calle de Colombia y continuó en dirección Jiménez Díaz, otra larga avenida de dos carriles que pasaba por encima de las vías del tren. El motor del vehículo francés se quejaba de los bruscos cambios de marcha que hacía el inspector. Aguado nos sacaba más distancia, pero Rojo ponía la máquina al límite.

—¡Maldita mierda de coche!

—Tranquilo, inspector —dijo Blasco, más calmada que él—. Hay varias patrullas al otro lado del Puente Rojo. No tiene escapatoria.

—Por Dios, Cristóbal, por qué… —lamentaba la mujer a mi lado, entre lágrimas y sollozos de pavor—. ¿Por qué tenemos que acabar así?

«Porque todo lo que ansiaba, se lo llevó Ribelles a la tumba».

El Puente Rojo era una de las construcciones más denostadas y queridas a la vez por los alicantinos. El fruto de la expansión urbanística del siglo XX y un hito de la ciudad. Una cicatriz del paso que convirtió a Alicante en una urbe moderna. Una infraestructura que conectaba, por encima de las vías del tren, el distrito norte y el sur con una larga carretera de doble sentido, separada por un arco de metal rojo y protegida por una barrera rectangular de gran tamaño.

Una vez que entrara en él, su único escape sería el de colisionar con los coches patrulla que cortaban el paso al otro lado de la carretera.

O hacerlo contra nosotros.

La furgoneta redujo la velocidad cuando observamos en la lejanía, el inicio del puente. Los dos carriles estaban vacíos.

Tal y como la subinspectora había confirmado, al otro lado de la construcción, varios coches de policía bloqueaban la carretera. Una decena de agentes armados que apuntaban hacia nosotros, esperaban órdenes de sus superiores.

El músico frenó de golpe en cuanto advirtió el muro de personas y metralla, dando un trompo lateral con la furgoneta en medio de los dos carriles.

Rojo aminoró hasta detenerse y nos quitamos los cinturones de seguridad.

—¿Va armado? —preguntó el inspector a la mánager.

—¿Qué?

—Ya me ha oído… ¿Va armado o no?

—No, no que yo sepa —dijo con la voz temblorosa—. No disparen…

—Se lo he dicho antes. Lo vamos a detener.

—¿Entonces? ¿Por qué están todos esos hombres preparados para abrir fuego?

Rojo respiró hondo, harto de la situación, cansado de escuchar a esa mujer. Miró a su compañera para que esperara en el vehículo, abrió la puerta y se bajó del coche.

Blasco agarró la radio.

—Aquí la subinspectora Blasco —comunicó—. Retiren las armas, no va armado, pero mantengan la posición.

Después la miró a ella.

Mariela Pardillos no podía contener la congoja.

El guitarrista seguía en el interior de la furgoneta y ninguno de nosotros teníamos la menor certeza de lo que pensaba en esos momentos.

El inspector Rojo avanzó unos metros y se detuvo en medio de la carretera.

—¡Aguado, sal de una vez de la furgoneta! —gritó a viva voz—. ¡No seas imbécil! ¡Hay diez hombres esperando a que cometas un error para abrir fuego!

El músico no contestó a las amenazas.

—¿Era necesario que dijera eso? —pregunté a la subinspectora y ella se encogió de hombros—. Maldita sea, Rojo…

—¡No me obligues a ir a por ti! —insistió con más advertencias—. ¡Tengo una orden judicial para detenerte! ¡Estás acusado de matar a Ricardo Ribelles, así que será más fácil si te entregas!

Pero Aguado alargó su silencio.

—Maldito cabronazo… —murmuró Rojo y se giró hacia nosotros.

—No lo soporto más, me necesita… —dijo Mariela.

La puerta trasera se abrió y ella abandonó su asiento.

—¡Espera! —exclamé tarde—. Es peligroso…

La subinspectora me miró desdeñosa.

—¿Para qué estás ahí detrás, eh?

—¿Crees que puedo leer la mente de las personas?

—Bastante será si consigues entender la tuya…

La mujer corrió hacia el inspector para auxiliar al músico.

Blasco volvió a comunicar por radio.

—No os mováis, está con el sospechoso. Esperad la señal —dijo, colgó y se cruzó de brazos—. Que esta loca no nos arruine la velada…

—Nunca esperes demasiado de la gente… siempre terminan decepcionándote.

—Quédate ahí, ¿me oyes? —dijo y abrió—. El inspector necesita cobertura.

Blasco salió del vehículo despacio, se apoyó en el marco de la puerta y sacó el arma.

La situación empeoraba.

Me puse nervioso.

Estaba acobardado.

Y los disparos me provocaban mareos.

Por último, abandoné el coche y esperé atrás, vigilando en la distancia como un espectador, deseoso que aquella historia terminara con un final justo para todos.

Tras varios minutos de una agonizante espera, Cristóbal Aguado abrió la puerta del conductor de la furgoneta, manteniéndole el pulso al inspector y a la decena de agentes que custodiaban el otro extremo. La tensión era exorbitada, el cansancio inaguantable y sólo el músico

era consciente del poco tiempo que le quedaba de libertad.

—¡Cristóbal! —bramó Mariela, con una voz que se acercaba más al rechazo que a la pena—. ¡¿Cómo has podido?!

—¡Lo siento! —gritó, bajó de la furgoneta y corrió hacia la estructura que separaba la carretera del vacío y de las vías del tren.

—¡No, no lo hagas! —exclamó Rojo y se abalanzó tras él sin éxito. El guitarrista escaló hasta lo más alto. Los agentes del otro lado se aproximaron a los alrededores de la furgoneta—. ¡No cometas tal estupidez! ¡Aún puedes arreglarlo!

Aguado abrió los brazos para formar un ángel en el aire, por segunda vez esa noche. Sin embargo, ahora no había manos en alto dispuestas a abrazarlo, sino una profundidad que terminaba con raíles y rocas afiladas que sentenciarían el final de su vida y el inicio de un viaje sin regreso.

Mariela se plantó bajo la viga de hierro y miró al músico.

—No saltes, Cristóbal… —suplicó, ofreciéndole la mano—. Te lo ruego.

—Lo siento, Mariela… Es un poco tarde para cambiar el pasado…

—¡No lo es! —exclamó ella y se acercó para evitar que se saltara al vacío. Rápido, el músico se movió a un lado—. ¡Por favor, no me dejes sola!

Rojo estudiaba la situación, buscando el momento adecuado para abalanzarse sobre él, esperando el error que le diera la señal perfecta.

Por su parte, la agente Blasco seguía apoyada en la puerta del vehículo, aunque había bajado el arma y ahora miraba, como el resto de los presentes, una escena que podía terminar fatal.

Cristóbal Aguado giró la vista hacia las vías del tren y suspiró.

—¿Por qué él, Mariela? ¿Por qué tuvo que ser él? —preguntó repetidas veces, esperando una respuesta que no llegaba por parte de la mánager—. No existía persona a la que más odiara en esta vida…

—Fue un accidente…

Aguado sonrió y la miró a los ojos.

—Lo mío también. Nunca tuve la intención de matarlo… Adiós, Mariela.

—¡No!

Antes de que Aguado saltara, la mujer lo sujetó del pie. En un acto reflejo, el músico se agazapó sobre la estructura de hierro y el miedo se apoderó de su cuerpo. Un segundo que se sintió tan largo como un minuto infinito. Rojo se aproximó a la pareja, por un lado. Varios agentes lo hicieron por el otro. Antes de que reaccionaran, agarraron a los dos y los lanzaron al suelo para inmovilizarlos. El rostro de Mariela Pardillos, contra el asfalto, contemplaba apesadumbrada el de su compañero, a escasos centímetros de ella.

A lo lejos, el inspector nos alcanzó con la mirada, asintiendo con la

cabeza.

39

Nada pudo remediar el desastre, pero Rojo logró evitar la tragedia.

La reacción a tiempo permitió que Cristóbal Aguado no cayera contra las vías del tren, su vida quedara a salvo y también la del inspector.

Las imágenes sucesivas fueron rápidas.

Los agentes detuvieron al músico y a su pareja y los metieron en el interior de un coche patrulla. Pero esta vez no hubo lágrimas, ni gritos de desesperación.

El rumor sobre el suceso corrió como la pólvora.

La prensa no se molestó en acudir al lugar de la detención, sino que esperó en las inmediaciones de la comisaría para tomar la instantánea que llenaría las portadas de los diarios al día siguiente.

Cristóbal Aguado, el guitarrista de los Desmembrados y una de las futuras promesas del rock patrio, acabó detenido por la muerte de su compañero de banda.

A la llegada a la comisaría, los destellos de las cámaras alumbraron su rostro de decepción a través de la ventanilla. Cuatro policías lo sacaron del vehículo, impidiendo el acoso de los reporteros y de los seguidores que defendían su inocencia. Observé el espectáculo desde la barrera, alejado de la muchedumbre y con la sensación de desasosiego en el cuerpo. La historia no llegaba a su punto final en las escaleras que daban paso a la entrada de la fortaleza policial.

Más bien, aquel triste relato no había hecho más que comenzar.

Con un público expectante por un titular, Aguado no opuso resistencia para expresar su versión de los hechos y la razón por la que había matado a Ricardo Ribelles. Rojo se encargó de ello y la subinspectora Blasco me acompañó al pasillo desde el que se podía escuchar el interrogatorio.

El inspector entró en la sala y observó a un hombre destrozado, una estrella que ya no brillaba.

—Menuda has liado, pedazo de desgraciado… —espetó el inspector, con los brazos en jarras—. Sabías que íbamos a por ti, ¿verdad?

Aguado tenía la cabeza agachada, con los ojos clavados en la mesa y una cortina de pelo que ocultaba su rostro.

—No voy a decir nada sin…

—Sí, ya sé, tienes derecho a guardar silencio y a llamar a un abogado —dijo el inspector, mirándolo de reojo—, pero eso no te salvará de los años que te vas a comer en el trullo.

El músico levantó la vista hacia el hombre que tenía delante.

—Soy inocente. Es todo lo que tengo que decir.

—Entonces, ¿por qué huías?

—Tenía miedo.

—¡Venga, hombre! Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —preguntó el inspector—. Sabemos lo que sucedió y cómo lo mataste. Encontramos tu huella en el interior de la habitación.

—Quiero hablar con mi abogado.

—Te olvidaste de dos detalles —continuó Rojo, observando cómo alteraba al músico.

—¿Es que no me ha oído?

—Perdiste los estribos… El orgullo te comió por dentro.

—Eso no fue así.

—Claro que sí y no me importa lo que digas.

—No pienso hablar con usted.

—¿Eres consciente la que te va a caer? —preguntó. Las pupilas del músico se dilataron—. Homicidio, tráfico de drogas…

—No sé de lo que me habla. ¿Puedo llamar ya?

—Te dolió que le hubiera preferido a él, ¿cierto?

—¿Qué habría hecho en mi lugar?

—No habría matado un amigo, para empezar.

—¿Qué sabe usted de la amistad? Ya le he dicho que soy inocente.

—Será mejor que se lo expliques al juez.

—Ribelles fue a joder… Era el único que sabía de nuestra relación —explicó, con un fuerte dolor en su voz—. Mariela y yo lo llevábamos en secreto desde hacía tiempo.

—¿Se lo contaste?

—No, nos sorprendió una noche —dijo, recordando el momento—. Habíamos terminado un bolo en Barcelona y Mariela y yo estábamos hablando en la parte trasera de la sala de conciertos. Llevábamos tonteando un tiempo… Mis sentimientos eran puros, así que la besé. Ella me correspondió y Richi apareció por allí. Nos separamos al instante y fingimos que nada había ocurrido. Pensamos que no se habría dado cuenta, pero su forma de actuar conmigo cambió, hasta que un día me lo contó.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Lo típico que se dice en estas situaciones… Que no me enamorara de ella, que había cientos de tías detrás de mí y que fijarme en Mariela no nos iba a traer más que enfrentamientos.

—Y no le hiciste caso.

—No intuí que él vendría con esos problemas. En el fondo siempre

le molestó que fuera feliz. Él era incapaz de encontrar a alguien que lo amara por cómo era y no por lo que representaba.

—¿Hace cuánto que sabías lo del embarazo?

—Desde hace un mes —explicó, avergonzado—. Mariela empezó a sentir náuseas, mareos… Yo me daba cuenta de todo. Los demás pasaban de ella como siempre han hecho, pero a mí me preocupaba y no entendía las razones. Me dijo que estaba bien, que era algo que le ocurría desde joven… Excusas, mentiras… una detrás de otra… Al mismo tiempo, su actitud cambió hacia mí. La relación se enfrió y me dijo que no podíamos seguir con ella, que no era bueno para la banda y todo eso que te dicen cuando quieren dejarte y no saben cómo…

—Debiste haber aceptado la derrota en ese momento.

Aguado se quedó pensativo y en silencio unos segundos.

—Hace una semana fui yo quien los sorprendí a ellos —prosiguió —. Estaban hablando, ella parecía preocupada y a él le daba igual lo que dijera, ¿se puede ser más cretino? Después supe la razón.

—Y aprovechaste la excusa del viaje para deshacerte de él.

—Sólo fui a hablar con él. No ocurrió nada.

—Tenías motivos de sobra, sin mencionar las diferencias que existían entre los dos o la posibilidad de que Ribelles os dejara tirados e hiciera fortuna como músico, sin vosotros y sin Mariela Pardillos… ¿Qué te asustaba más? ¿El éxito o que te hubiera sido infiel?

—¡Esto es increíble! Era yo quien quería dejar la banda.

—Increíble es cómo has sepultado un futuro tan prometedor de esa manera.

—¿Me va a permitir que haga esa llamada?

—Ser visceral te convierte en alguien débil.

—¡Basta ya, joder! ¡Ya le he dicho que soy inocente! —exclamó y se frotó los ojos, apoyando los codos sobre la mesa—. Esto no es legal. Estoy agotado, llevo un buen rato pidiéndole que telefonee a un abogado y no me escucha.

—Una última pregunta y llamarás a quien te dé la gana.

—Pienso dar parte de su trato.

—¿Por qué mataste a la chica que estaba con Ribelles?

La expresión del músico se congeló. La pregunta le llegó por sorpresa.

—No sé de lo que me habla —contestó, con voz precavida—. Estábamos solos. No había nadie más en su habitación.

—Para no saberlo, te diste prisa en sacarla del hospital. No querías que hablara más de la cuenta, ¿cierto?

—Le juro que no tengo nada que ver con eso… ¿Ha terminado ya?

Rojo se dirigió al espejo y tensó la mandíbula, dándonos una orden silenciosa. Miré a la agente y leí en sus pupilas lo que pensaba.

—No fue él, dice la verdad —comentó Blasco—. Conozco esa

expresión.

—¿Entonces? Si él no lo sabía…

—Quizá ella sí.

40

Por la banda. Esa fue la razón por la que Mariela Pardillos justificó todo lo que hizo a lo largo de su carrera como mánager musical, incluido ahogar a Carla Lizón en la playa del Postiguet para que su secreto también se escondiera en el fondo del mar.

A diferencia de su amante y vencida por la presión, la representante no tuvo el menor reparo en asumir que ella había sido la persona que mató a la joven que estaba con Ribelles.

—La vi aquí, cuando vinimos a declarar —explicó en el interior de la sala, delante de los inspectores y con una frialdad que no pasaba desapercibida—. La seguí y la saqué de Urgencias. Era una yonqui y sabía que nos daría problemas en cuanto espabilara… Mi trabajo es proteger a la banda, incluso de las arpías. No podíamos permitirnos otro episodio así, después de todo el esfuerzo que habíamos hecho para sacar a Richi de la clínica y lograr que pisara un escenario.

—La llevaste a la playa para deshacerte de su cuerpo —añadió Rojo.

Ella lo miró, desafiante.

—No me confunda con Cristóbal —respondió con voz lineal—. Soy una profesional y no una imbécil… Pensé que sería una buena idea, después de todo, que le diera un poco el aire.

—Qué considerada…

—Le ofrecí dinero, pero pidió demasiado —continuó—. Amenazó con contarlo a la prensa antes del concierto.

—Otro escándalo más… Ribelles acumulaba unos cuantos.

—¿Acaso se hace una idea de cómo habrían reaccionado los seguidores del grupo? ¿Y las discográficas? —preguntó con desprecio —. No, lo siento. Estábamos a punto de firmar un contrato millonario, de hacer historia. Pensaba retirarme con los Desmembrados…

—Y no se equivocó —dijo Rojo y se acercó a la puerta de la sala, antes de abandonarla—, aunque no fuese como esperaba.

—Si esa desgraciada no hubiera aparecido, yo estaría ahora mismo de vuelta a mi casa.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Cree que me dejó otra opción? —preguntó con indignación—. Intenté llegar a un acuerdo con ella, hacerla entrar en razón, ¿me entiende? A veces, las cosas no salen como una espera.

La frialdad con la que hablaba era espeluznante. La ambición de Mariela Pardillos superaba a las de Ribelles y Aguado juntas.

Ella, más que ninguno, quería llegar a lo más alto.

—¿Estaba al corriente de lo que había hecho Aguado?

La mujer mantuvo la mirada firme, sin pestañear.

—Fue un accidente… Me limité a proteger a los chicos —declaró —. Richi habría muerto de igual manera. Era un cúmulo de tensiones y problemas.

—¿También el que lleva ahora mismo en su vientre?

La respiración se le cortó. Pardillos temblaba como una olla a presión a punto de estallar.

—Si Cristóbal no hubiese hablado con él esa noche, le habría dicho que era suyo… Si hubiera esperado tan sólo unos días más a que este concierto terminara… pero no pudo.

—¿Por qué esperar tanto? Ahora podría disfrutar de su vida en Madrid.

—Antes debía solucionar el problema que tiene con el alcohol —aclaró—. ¿Cómo cree que iba a afrontar la noticia? Es un buen tipo, pero demasiado inseguro y lo ha demostrado. El orgullo masculino, la necesidad de encontrar respuestas a todo, lo llevó al abismo.

—Estaba en su derecho de conocer la verdad, ¿no cree?

—Lo que sucedió con Richi fue un error del que me arrepentiré… No quería que él fuera el padre de mi hijo, ¿contento, inspector? Nadie es perfecto.

Rojo estiró los brazos y después se crujió los nudillos.

—Supongo que sí… Nadie lo es.

41

No esperábamos el testimonio de Mariela Pardillos.

Mi olfato periodístico falló desde el principio.

Me equivoqué con ella, creyendo ver una profundidad donde realmente no había nada.

Desperté desorientado en mi cama por el sonido del timbre de la puerta. Había dormido poco y me dolían hasta los pensamientos. Descarté la opción de levantarme, pero la insistencia me obligó a abandonar la habitación.

Despeinado y con un aspecto desolador, me vestí con lo primero que tuve a mano y me arrastré hacia la puerta.

Cuando abrí, di con un rostro desconocido, sudado y nervioso.

Tardé varios segundos en comprender que era él y que me había encontrado. Lo olvidé por completo.

—¿Es que no pensabas abrir? —preguntó, con esa voz histriónica que me avivaba una aguda migraña—. ¡Te dije que vendría hasta aquí si hacía falta!

Esteban Ricarte, el jefe de sección de la revista Rockódromo había viajado desde Madrid hasta mi domicilio para pedirme explicaciones, pero yo no estaba en predisposición de darle ninguna.

—¿Ricarte? ¿Cómo diablos me has encontrado?

El hombre, vestido con una camisa veraniega de flores que marcaba su panza y unos vaqueros desgastados, me apartó del umbral y entró en el apartamento sin mi permiso. Comprendí que fuera capaz de gestionar todos los problemas que rodeaban a la publicación que dirigía. Era lo más parecido a un matón.

—¡Por Dios! ¡Menuda pocilga! —exclamó, echando un vistazo, limpiándose el sudor de la frente con la mano y se dirigió a mí—. ¿Para esto te pago? ¿Por qué no me has cogido el maldito teléfono? ¡Te he estado llamando en las últimas horas!

Y tal vez lo hubiera hecho, pero mi terminal hacía días que se había convertido en un objeto inútil.

—¿Cómo has obtenido mi dirección?

—¡Maldita sea, idiota! ¡Estaba escrita en tu currículo!

No estaba preparado para un encuentro así.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí?

—¿Que si puedes preguntar? Me estás dando ganas de partirte la

cara, pero ya veo que alguien se me ha adelantado. ¿Dónde está el dichoso artículo, Caballero? Dame lo que es mío.

«Interesante cuestión».

—No lo tengo. ¿Qué clase de acoso es este?

El hombre infló el pecho como un pavo.

—¿Cómo que no lo tienes? —preguntó y se acercó a mí, arqueando una ceja y despertándome con su aliento amargo de café y cigarrillos. Me puso la mano en el hombro y me apretó con firmeza con el pulgar —. Tenemos un trato.

—¡Ah! Eso… duele… Ricardo…

El dedo presionaba el músculo malherido.

—Es Ricarte, ¿lo recuerdas o no, mequetrefe?

Miré de reojo su enorme mano que parecía una ristra de salchichas, y la aparté de mi cuerpo con sutileza. Pensé que no sería fácil echarlo de allí sin iniciar una discusión. Lo último que deseaba era que me propinara un golpe.

Sopesé la respuesta. A pesar de todo lo que podía conllevar el hecho de acabar mal con él, no estaba dispuesto a manchar la poca reputación que me quedaba, formando parte de las páginas de aquella revista. Tenía unos principios. Tal vez no fueran los mejores, pero no entraban en su línea editorial.

—Te devolveré el adelanto, si es lo que quieres, pero no voy a escribir nada para ti, ni para tu revista.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó, encogió el cuello y me clavó los ojos—. Piénsalo bien, chico, antes de que me enfade. Me diste tu palabra.

Y no le faltaba razón, pero el fin no siempre justifica los medios.

Nadie es perfecto, como dijo Mariela Pardillos. Yo no me acercaba a la perfección ni por asomo, aunque mi deuda se podía arreglar con el diálogo. Me di cuenta de que negociar con Ricarte había sido equívoco por mi parte. Un tropiezo que aún podía solucionar.

—Supongo que ambos nos confundimos con las expectativas… Tú me pediste un reportaje sobre la banda, pero lo cierto es que ya no queda nada de ella.

El puño de Ricarte cruzó el espacio que había entre mi cabeza y mi hombro y golpeó contra la pared como si fuera un muro de cartón, alertándome de que me estaba avisando y de que el siguiente iría directo a mi cara.

—Te pagué un adelanto para que escribieras una maldita página sobre ese grupo… ¿Y ahora me dices que no? ¿Que el capullo ese de la Rolling Stone se va a llevar la exclusiva? ¡No-no-no-no-no!

Movía la lengua como un AK-47.

—Respira un poco. Nadie ha mencionado nada de exclusivas…

—Mira, Caballero, he venido desde Madrid hasta aquí en un vuelo

comercial para que me digas otra cosa, no para que me infles las pelotas…

Entonces pensé en Picaporte. Sabía que hacía lo correcto, aunque me costara la vida.

—Te devolveré el dinero, hasta el último céntimo, si es lo que quieres.

—Lo que quiero es que te pongas a escribir ahora mismo. No me pienso ir hasta que lo hagas.

—Ya me has oído —dije y abrí la puerta de la entrada. Se estaba rifando un cate y yo tenía el boleto ganador—. Será mejor que te largues y que no vuelvas, Ricarte. No me obligues a llamar a la policía. Te has equivocado de persona.

Su rostro era la máxima expresión del enfado. Lo peor de todo era que no podía avecinar su reacción.

—No hará falta… Siento decirte que el que se ha equivocado has sido tú —respondió, chasqueó la lengua y me propinó un puñetazo en el estómago que me retorció las entrañas. Caí rendido al suelo y él se quedó parado unos segundos junto a la entrada—. Eso por los gastos del viaje. ¡Te arrepentirás, niñato de mierda! ¡Tu carrera está terminada!

Después cerró provocando un estrépito y sus pasos desaparecieron por el pasillo. El golpe de los mil quinientos euros. Nunca un puñetazo me había salido tan caro.

Tardé varios minutos en recuperarme de la sacudida, pero aquel momento tirado en el suelo de mi casa me llevó a reflexionar sobre todo lo que había acontecido en las últimas setenta y dos horas.

Puede que mi carrera ya estuviera acabada antes de que decidiera firmar aquel contrato. No tenía miedo a las represalias, ni a que mi nombre ya no figurara en ninguna publicación de renombre. En realidad, me importaba un carajo todo. Rojo estaba a salvo, Aguado y Pardillos en manos del juez y yo aún respiraba. La vida significaba más que el trabajo. Para mí, seguían existiendo algunos valores por los que merecía la pena renunciar a ciertas cosas.

Cuando me recuperé, esa mañana, me senté delante del ordenador para organizar las ideas y hacer lo que realmente trascendería.

Encendí el aparato de alta fidelidad, coloqué mi disco favorito de Coltrane y tecleé con furia, dejándome guiar por la verborrea mental y el fulgoroso sentimiento que llevaba dentro. Las palabras fluyeron hasta que me quedé sin ellas y la tarde se echó encima de mis ojos.

Después imprimí el documento, agarré las páginas y abandoné el domicilio.

42

Me apresuré lo que pude para llegar a tiempo, saltándome los límites de la legalidad y conduciendo como un forajido que escapa de su propia desgracia.

Aparqué en la entrada del hospital con la esperanza de encontrarlo todavía en él. Para mi infortunio, en la recepción me avisaron de que Jaime Picaporte había recibido el alta médica y se había marchado del hospital. Un guardia me llamó la atención para que retirara el vehículo si no deseaba un problema.

Miré las hojas, pensé en el artículo y entendí que todo mi esfuerzo no había servido para nada.

Regresé al coche desanimado hasta que alguien me sorprendió.

—¿Caballero? —preguntó Jaime Picaporte, reticente, a escasos metros de mí y junto a un taxi que esperaba su subida—. ¿Otra vez por aquí?

El sol de la tarde quemaba como un lanzallamas sobre el asfalto, pero el calor pasó a un segundo plano cuando vi el aspecto que tenía.

A decir verdad, su facha no era mejor que la mía. Se había recuperado parcialmente de las quemaduras. No volvería ser el mismo chico impoluto con olor a crema facial, que recordaba.

Las heridas, y no sólo las físicas, tardarían tiempo en sanar.

Me acerqué a él y Picaporte retrocedió con desconfianza.

Sin preámbulos ni explicaciones, le alcancé los folios arrugados que había escrito horas antes para él.

—Tenía que darte esto.

Él se quedó pensativo y agarró los papeles. Luego echó un vistazo por encima a los párrafos.

—¿Por qué? —cuestionó, sin entender mi cambio de parecer—. Esto es tuyo. Es tu trabajo.

—Lo era… pero he decidido que no sea así.

—Disculpa, no comprendo nada, ¿vas a dejar pasar la ocasión?

Me acerqué un poco más y esta vez no se movió.

Llené los pulmones y tragué saliva con dificultad.

—He estado pensando en lo que dijiste y tenías razón —reconocí. Las palabras se atascaban en mi lengua—. Esa revista es una basura y el dinero, en ocasiones, no es suficiente para borrar todo el daño que causan con lo que publican…

—¡Guau! Esto sí que es noticia. Gabriel Caballero sincerándose. Permíteme que lo grabe con el móvil.

—Sé que hemos tenido nuestras diferencias durante todos estos años, pero también sé que las personas cambian, en ocasiones a mejor, y tú me lo has demostrado.

—Si tú lo dices…

—Mira, está todo escrito ahí —expliqué, señalando los documentos —. Es lo mínimo que puedo hacer por ti, por mí y por todo lo que ha pasado… Yo sólo soy un impostor y tú eres una figura respetada en el círculo musical.

Picaporte apreció el gesto en silencio, sin manifestar demasiado delante de mí. Mi presencia había puesto en juego su vida, echando por tierra un encargo en el que tenía depositadas grandes ilusiones.

—Si lo que pretendes es que hable con mis jefes…

—No quiero nada a cambio.

—¿Nada, nada? No te creo.

—Sólo espero que seas justo con esa chica. Nada más.

Levantó los documentos a modo de agradecimiento y regresó a la puerta trasera del vehículo. El conductor parecía desesperarse por segundos.

—Así será… Gracias.

—Este no es tu sitio, aunque estoy seguro de que nuestros caminos se cruzarán algún día —dije y me despedí con un gesto de mano—. Buen viaje a la capital, Javier Peralta.

—Suerte, Caballero. Llámame si vas por Madrid.

Ese fue nuestro último adiós.

El crítico subió al taxi, cerró la puerta y el vehículo blanco tomó rumbo hacia la carretera que lo llevaba a la estación de ferrocarril.

No me importó que Picaporte fuera tan parco en palabras, ni que apenas reconociera lo que tenía entre manos. Lo hice por mí, por esa joven y por la necesidad de poner en su altavoz lo que todo el mundo necesitaba oír sobre lo ocurrido esos días.

Jaime Picaporte poseía el tacto, la destreza, el respeto y la sensibilidad adecuada para que el reportaje no se convirtiera en un panfleto amarillista.

Y yo no conocía mejor articulista que él para escribir aquella pieza.

43

Conduje desairado, sin ánimo de regresar a casa, con la capota bajada, sintiendo la cálida brisa en mi rostro y la luminosidad del atardecer en mis gafas de sol. El verano continuaba para todos, menos para mí.

Poco a poco, sentí que me despedía de aquella historia y de todos sus personajes como quien deshoja una margarita, advirtiendo que llega a su último pétalo. La vanidad seguía siendo mi asignatura pendiente, pero, como tantas veces, la vida me ponía en mi sitio regalándome una lección que jamás olvidaría.

Desear ser el centro de las miradas también tenía sus sombras. La obsesión por la fama, en una compleja sociedad llena de envidias y de traiciones, no acarreaba más que disgustos. La ambición desmesurada guardaba un alto precio. Pisotear a otros para alcanzar la cima, era el camino más rápido para morir de éxito, solo y sin nadie con quien disfrutarlo.

Acepté mi presente como también el pasado del que tanto había gozado y me prometí reflexionar sobre ello, ajeno a distracciones externas, hasta que el periodo estival se convirtiera en esa transición estacional, lúgubre y gris, a la que llamaban otoño.

Como Ribelles y su banda, antes de que me diera cuenta, lo vivido quedaría en un recuerdo lejano, anecdótico y diluido en el tiempo, que todos olvidaríamos.

Antes de desaparecer por completo y recluirme en mi exilio particular, decidí visitar la comisaría. Rojo siempre se las arreglaba para encontrarme, pero esta vez sería yo quien pusiera un poco de distancia en nuestra relación. Alejarme de él, me ayudaría a reconciliarme con una parte de mi persona que llevaba años esperando una conversación a solas.

Todos tenemos derecho a hacer un alto en el camino, a pensar en silencio y a no estar para nadie, aunque sea durante un breve periodo de tiempo.

Aparqué frente al bar de la comisaría. Vi el Peugeot aparcado en batería, junto a los otros coches patrulla y supe que estaba allí.

Entré en el edificio, echando ya de menos aquel olor a desinfectante y cansancio, y pregunté por el inspector.

Rojo tenía buen aspecto, agotado pero tranquilo. La subinspectora Blasco lo seguía con respeto, manteniendo una distancia oficial que

marcaba la jerarquía que había entre ellos.

Pese a nuestros roces del principio, Blasco me agradaba como compañera para Rojo. Hacían un buen tándem, sin involucrarse demasiado el uno en los asuntos del otro.

Y esa era una ventaja para los dos.

—Dichosos los ojos que te ven… —comentó, con una mueca de satisfacción en su rostro. Estaba de buen humor y eso me alegró—. Si has venido a sacarme algo para tu reportaje, lamento decirte que no soltaré prenda.

—Descuida, no voy a preguntaros nada sobre la investigación —contesté tranquilo, provocando una reacción de sorpresa en sus rostros —. He venido a despedirme.

—¿A despedirte? —repitió Rojo y se rascó el mentón. Por la espesura de su barba, noté que necesitaba un afeitado con urgencia—. No me digas que te marchas, ahora que vamos a tener a los medios rondando por aquí como carroña… Es tu momento de gloria, Caballero.

—Hablo en serio, Rojo. Necesito parar un tiempo, pensar en el futuro, averiguar qué quiero hacer con mi vida y con quién.

No parecía tomarme en serio.

—¿Y a dónde vas a ir, a meditar a la India? ¿O a un convento de clausura? —preguntó con soberbia—. Venga, no seas mamón, Caballero… Tú sitio es esta ciudad, rodeado de lo que conoces, metiendo las narices donde no te llaman… Hasta yo mismo lo he asumido. Hay cosas que nunca cambian porque están en nuestra naturaleza. Acéptalo, no aguantarás ni un minuto, donde sea que vayas…

—Precisamente, es algo sobre lo que quiero reflexionar. Tal vez haya otro sitio para mí, otro que no sea éste… Tengo la sensación de que, cada vez que doy un paso al frente, alguien muere por mi culpa.

Él me observó unos minutos en silencio.

—Ese es tu problema, que sigues creyendo que todo lo que has experimentado tiene un porqué —contestó, serio y precavido con sus palabras—, pero no es así. Darle la espalda a la realidad, no te hace menos cómplice de ella.

—Gracias por la opinión que no he pedido. La tendré en cuenta.

—Que sepas que la vida continúa, aunque tú no estés presente, y las desgracias y los problemas también. Por eso alguien debe resolverlos para que este infierno sea más llevadero.

—Y ese alguien sois vosotros, ¿no? Fuiste tú quien lo dijo.

—En efecto —contestó y se cruzó de brazos—. Supongo que has terminado, ¿verdad?

La aparente frialdad de su actitud no me cogió desprevenido.

Rojo tenía dificultades para expresar los sentimientos. Estaba

seguro de que me echaría de menos, como yo a él, pero era el momento de despedirnos por un tiempo.

Me acerqué a Blasco y le ofrecí la mano.

Ella me correspondió.

—Ha sido un placer, subinspectora. Te deseo lo mejor, de corazón.

—Lo mismo digo, Gabriel.

Después me acerqué a Rojo y lo miré de frente.

—Suerte con todo, amigo. Algún día escribiré una novela sobre ti.

Él frunció el ceño y sonrió.

—Ni se te ocurra… Ya conoces mi manera de cerrar los casos… Sabes demasiado como para dejarte con vida.

Después me estrechó la mano y dio una fuerte palmada en la espalda. Apreté la mandíbula y fingí soportar el dolor.

Me giré hacia el coche, metí las manos en los bolsillos y alcé los talones, quedándome sin palabras, alargando el final unos segundos más.

—Así que esto es un adiós… Será mejor que os deje trabajar.

—El adiós se les da a los muertos en el cementerio, *amic meu*. Cuida tu espalda siempre, te estaré vigilando.

—No lo dudo.

Los dos inspectores se quedaron observándome desde los peldaños de la entrada. Con el estómago cerrado y un profundo sentimiento de tristeza, me subí al Porsche, arranqué y tomé el desvío que me llevaba a la avenida.

En un ligero vacile, atendí al espejo retrovisor y encontré la cara del inspector Rojo a lo lejos, estática, clavándome su mirada, recordándome su última frase.

44

Una corriente arenosa, procedente de las dunas de la playa se coló en el interior de la tapicería de cuero del deportivo cuando crucé el camino que me llevaba a la puerta de mi destino.

Devolver el adelanto de Ricarte, me había dejado con la cuenta corriente tiritando, pero las regalías de algunos libros pagaron la última semana de agosto en mi escondite particular.

El Hostal Maruja, ubicado en la playa del Pinet, entre Santa Pola y Guardamar, me esperaba con los brazos abiertos. Un lugar al que no regresaba desde hacía años, cuando Rojo era un completo desconocido y yo aún seguía siendo aquel muchacho que quemaba las horas en la redacción de un periódico provincial. Era como viajar al pasado.

Eché un vistazo a mi alrededor antes de bajar del coche y comprobé que nada había cambiado. Antiguo pero mágico, construido en la segunda década del franquismo, aquel recóndito lugar de descanso se había convertido en mi escondite.

Observé con nostalgia la casa de persianas de madera y fachadas blancas desgastadas, la pintura desconchada por la humedad. Los bañistas tomaban el sol frente a escasos metros de las terrazas del hostal, las sombrillas de marcas de cerveza se mantenían en primera línea de playa y las barcas atracaban en la orilla.

Sentí que aquella era una señal para reencontrarme con la persona que había dejado atrás.

Abrí el maletero, recogí mi equipaje y agarré el ejemplar de la revista Rolling Stone que había comprado antes de partir.

En la portada aparecía una imagen de los Desmembrados anunciando su ruptura y el reportaje que Jaime Picaporte había escrito en exclusiva.

Recordé el aura de Ricardo Ribelles, la última expresión de Cristóbal Aguado antes de ser detenido y la crudeza de las palabras de Mariela Pardillos confesando el asesinato de Carla Lizón.

Pensé en la sonrisa de Claudia Miramontes, en nuestro desafortunado, aunque fortuito encuentro en el avión, y en sus labios acariciando los de aquel director de cine con aires de grandeza. Rememoré todas las imágenes como si formaran parte de una película en tecnicolor que había visto décadas atrás.

Después revisé la portada, suspiré y me hice la promesa de no

pasar las páginas sin antes acomodarme en la estancia.

Entré en la vivienda, me registré y subí las escaleras hasta la primera planta, donde se encontraba mi habitación. El jaleo de los comedores pasó a un segundo plano en cuanto crucé la puerta del cuarto. El olor del Mediterráneo y el cantar de las gaviotas se colaba por el ventanal de madera carcomida que daba a la playa. El cielo estaba despejado, tenía un color azul claro y los barcos zarpaban hacia la isla de Tabarca desde Santa Pola. No había prisa alguna por comenzar a trabajar. Tenía una vista de lujo, increíble. Tan sólo debía esperar a que llegara la musa de la inspiración.

Tal vez el inspector Rojo tuviera razón y que, por mucho que lo intentara, no pudiera irme demasiado lejos. Quizá el final de esa vida hedonista, pendenciera y libertina que yo mismo me había inventado, también formara parte de una idiosincrasia única y cultivada con el tiempo.

Aceptar lo que somos es el primer paso para ser libres.

Por primera vez en muchos años, asumí que Gabriel Caballero era yo, con mis virtudes y mis defectos, y que no necesitaba que nadie me recordara los hitos marcados en el camino. La vida no sería la misma sin la sucesión de victorias y derrotas que amontonamos. Unas dan el sabor a las otras y, juntas nos ayudan a entender mejor el sinsentido que nos rodea.

Feliz por estar allí, a pesar de hacerlo sin compañía, me asomé a la ventana, apoyé los brazos y me dejé cautivar por el paisaje mundano y perfecto en ese momento.

Quizá aquel paraje no fuera la costa Amalfitana y puede que sólo hubiera recorrido treinta kilómetros por una carretera secundaria, pero no me importaba en absoluto. No necesitaba más para sentirme pleno.

El viento me trajo hasta la ventana las ondas de un transistor portátil de radio que sonaba a orillas de la playa. Por ella, el locutor daba paso a la canción que había puesto en España la banda sonora a aquel verano.

Y aunque tú no lo sepas,
Hace tiempo que vengo pensando,
Que todas las historias llegan a su fin,
Y aunque hablen de nosotros en el futuro,
Me temo que este es el último adiós.

En ese instante comprendí las intenciones de Ricardo Ribelles, visionario de un futuro negro que estaba por llegar, y que plasmó en cinco frases que se repetirían hasta la saciedad en todas las verbenas de los pueblos de aquel y de los futuros veranos.

Porque, a pesar de los errores que cometamos hasta que el tiempo nos calle para siempre, habrá quien nos recuerde por lo que dejamos para los demás.

¿Te ha gustado?

Si has disfrutado con este libro, te animo a que descubras *Caballero*, la primera entrega de la serie de misterio más mediterránea. Ahora de manera gratuita por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo y nadie quiere saber por qué. Todo apunta a un homicidio, pero Gabriel tendrá que averiguar la verdad: su vida y trabajo dependen de ello, aunque no lo tendrá nada fácil.

Suscríbete a mi lista privada de lectores para conocerme un poco mejor y recibir todas las novedades que lanzo. Además, llévate este libro totalmente GRATIS.

DESCARGAR CABALLERO

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Ha escrito otras obras como:

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós
Todos los libros…

Serie Don

Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible

Origen

Serie Dana Laine

Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir

Serie Rojo

Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal
Una Apuesta Mortal

Trilogía El Profesor

El Profesor
El Aprendiz
El Maestro

Otros:

Motel Malibu
Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo
Perseguido
El misterio de la familia Fonseca

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Elescritorfantasma.com